This volume was digitized through a collaborative effort by/ este fondo fue digitalizado a través de un acuerdo entre:

Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras

www.raha.es

and/y

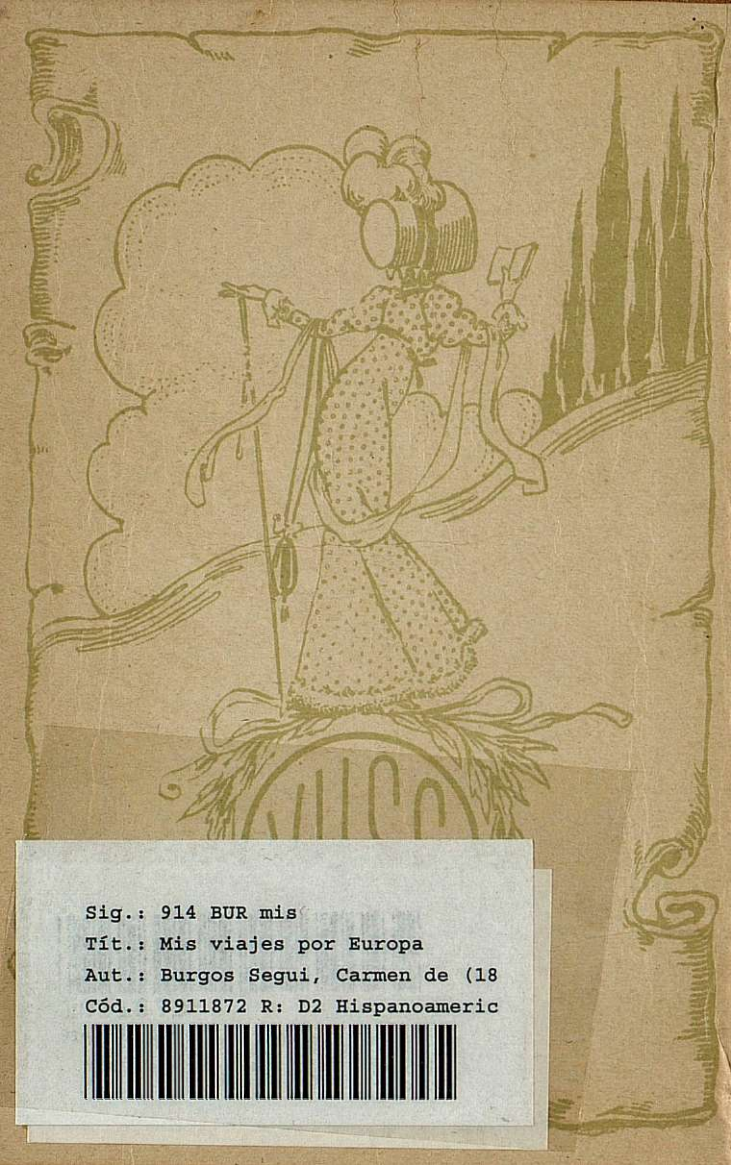
Joseph P. Healey Library at the University of Massachusetts Boston

www.umb.edu

CARMEN DE BURGOS

MIS VIAJES POR EUROPA

COLECCIÓN SANZ BALLESTA



Sig.: 914 BUR mis
Tít.: Mis viajes por Europa
Aut.: Burgos Segui, Carmen de (18
Cód.: 8911872 R: D2 Hispanoameric

11.872

gust/ebr

ACADÉMIA HISPANO AMERICANA DE CIENCIAS Y ARTES
CADIZ

R.103305

MIS VIAJES POR EUROPA

REAL ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE CIENCIAS Y ARTES
CADIZ

OBRAS

DE

CARMEN DE BURGOS SEGUI

(COLOMBINE)

ACADEMIA DE CIENCIAS Y ARTES

Novelas.

Alucinación (agotada).—El Tesoro del Castillo.—Senderos de Vida.—El Honor de la Familia.—El veneno del Arte.—Siempre en tierra.—Frasca la Tonta.—La Travesía.—Los Inadaptados.—Cuentos de Colombine.—En la guerra.—La Justicia del Mar.—La Indecisa.—Las inseparables.—Sorpresas.—El Abogado.—Los Usureros.—Ellas y Ellos o Ellos y Ellas.—El Perseguidor.—«Villa María».—El hombre negro.—Los Míseros.—La Divorciada.—Salvación.—Secretos.

Viajes.

Por Europa (Francia, Italia y Mónaco, ilustrada con 234 grabados).—Cartas sin destinatario (Bélgica, Holanda y Luxemburgo).—Mis viajes por Europa (Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Portugal).

Literatura.

Notas del alma (versos) (agotada).—Ensayos literarios (agotada).—El Divorcio en España.—La Protección y la Higiene de los Niños.—La voz de los Muertos.—Al Balcón.—Giacomo Leopardi (su vida y sus obras, dos tomos en 4.°).—Memorias de una Emperatriz.—El arte de ser mujer (alta y pintoresca estética).

Conferencias.

La Mujer en España (Asociación de la Prensa, Roma).—Misión Social de la Mujer (El Sitio, Bilbao).—Influencias recíprosas entre la mujer y la literatura (Centro de Cultura, Logroño).—El Alma Pasional de España (El Parthenon, París).

Traducciones.

Los Evangelios (dos tomos), Renán.—La Iglesia Cristiana, Renán.—Diez y seis años en Siberia (dos tomos), León Deutsch. La Guerra Ruso-Japonesa, Tolstoi.—El Rey sin Corona, Jeorges de Bouhelier.—Cuentistas italianos.—Fisiología del Placer, Mantegaza (dos tomos).—Loca por razón de Estado (*La Princesa Luisa de Bélgica*), memorias del Conde de Mattachich.—Dafnis y Cloe, Longo.—En el Mundo de las Mujeres, Roberto Bracco.—La inferioridad mental de la mujer, P. J. Moebius.—Las Piedras de Venecia (dos tomos), J. Ruskin.—Las mañanas de Florencia, ídem.—Las siete lámparas de la Arquitectura, ídem.—La Corona del Olivo Silvestre, ídem.—El Reposo de San Marcos, ídem.—Los Pintores Modernos, ídem.—La Biblia de Amiens, ídem.—Los recuerdos de mi juventud, ídem.—El Valle del Arno, ídem.—Sorda, Muda y Ciega, Hellen Keller.—El tío Geromo (Crainqueville), drama en tres cuadros, Anatole France.—Cuentos a Maxa, Max Nordau (y numerosos arreglos de obras prácticas para la mujer, como el «Tesoro de la belleza», «Vademécum femenino», «Salud y Belleza», «Las artes de la mujer», «El arte de la elegancia», etc., etc., etc.

En prensa.

Los últimos contrabandistas (novela grande).—El cáncer (novela grande).—Fígaro (su vida, sus amores y su suicidio).

Últimas obras publicadas.

Confesiones de Artistas, 4 ptas.—El Tesoro de la belleza, (arreglo), 4 ptas.—El arte de ser mujer (alta y pintoresca estética, 4 ptas. Mis viajes por Europa (Suiza, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Portugal, 3,50 ptas.—Secretos (Novela grande), 3,50 ptas.

MIS VIAJES POR EUROPA

CARMEN DE BURGOS
(COLOMBINE)

MIS VIAJES POR EUROPA

(ALEMANIA, INGLATERRA
Y PORTUGAL)

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
V. H. DE SANZ CALLEJA.—EDITORES
Casa Central: Montera, 31.-Talleres: R. de Atocha, 23.

Derechos reservados de reproducción y traducción.

R-100.040

PARTE QUINTA

ALEMANIA

CAPITULO XLI

REAL ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE CIENCIAS Y ARTES
CADIZ

A través de Alemania.

Cruzar la Alemania entrando por el gran Ducado de Baden para seguir el curso del Rhin, es tener una evocación completa de la Edad Media.

El río parece ir sembrando la vida; se abre paso en las misteriosas soledades de la Selva Negra; rompe entre montañas, se desliza en la llanura, y en todas partes va creando ciudades y pueblos en su ribera. Crecen los árboles corpulentos y la vegetación es lujuriante y magnífica.

Pero se nota el cambio de vegetación. Aquí es una vegetación práctica, por decirlo así. Pasados los pinos de la Selva Negra, empiezan trigales, terrenos cultivados, hortalizas, árboles frutales. Cubren las laderas las viñas que dan los famosos vinos del Rhin. Vinos que tendrán la virtud de crear ensueños poéticos en la mente del que se embriague con ellos. Despojando su borrachera de la grosería de los vinos vulgares. Las cepas forman su labor simétrica como si bordaran la falda de los montes; los frutales, cargados de cerezas y manzanas, se ofrecen ubérrimos al viajero. El Rhin, bello siempre, no es ya el río juguetón de su nacimiento. Aquí es el río adulto, vigoroso, en la plenitud de su fuerza. El río a cuyas orillas se alzan ciudades tan poulosas como Coblenza y Colonia. Su cauce se ha ensanchado; sus aguas se han abierto alrededor de islas preciosas, y los vapores lo surcan llevando movimiento y vida a todas estas regiones.

Al lado de esta vida moderna, activa, está el recuerdo de la vida ancestral. Todas las montañas que se alzan a la orilla del Rhin están coronadas de castillos, de una arquitectura militar, almenados, formidables. Castillos antiguos, en ruinas muchos, inaccesibles, ocultos entre los árboles; verdaderas moradas de águilas y lo-

bos. Es la Alemania feudal que aún vive en ellos. Esa Alemania de las obras de Schiller y de los cuentos de Hoffmann. Esa Alemania trágica y romántica que se extingue en brazos de la nación poderosa, comercial y utilitaria de hoy.

Cada castillo tiene diferente arquitectura; todos son muy altos y están ocultos entre bosques. Se duda de cómo se podría subir hasta esas moradas, y se comprende cómo los nobles dominadores de esos feudos podrían ser arbitrarios, absolutos, temibles.

Estos castillos y este río tienen el poder sugestivo de las leyendas. Caben en este medio, en este paisaje, todos los romanticismos, todos los amores. Es ésta la Alemania de las baladas, de los lieders, de los ensueños. Parece que el Rhin marca esta frontera idealista y separa esta parte del «Outre Rhin», donde empieza otra Alemania soberbia y positivista.

Me he detenido sólo unas horas en Colonia, a la que ya conocía, para volver a ver su Catedral.

Colonia es sólo una Catedral. Todo su espíritu se sintetiza en ella. Es una Catedral gótica, simétrica, terminada con dos torres que se alzan paralelas. Es una joya del gótico alemán; se decir, una joya cara y pesante. La más pesante de las Catedrales góticas que he visto. La contemplo esta

noche a la luz de la luna; en esta penumbra se pierden los detalles de la ornamentación, y sólo queda la línea, severa, augusta, grandiosa, pero que tiene algo que agobia: dogma, religión positiva, inquisición, cárcel..., no sé. Ideas así flotan en el ambiente ante esta mole de piedra de una terrible grandeza. Colonia está animada, alegre en esta noche de verano. El gran parque de recreo del Rhin ofrece toda clase de diversiones: conciertos, bailes, *atracciones*. Un gran barco, todo el casco formado de luces, que imita al Bucentauro, pasea a los excursionistas sobre las aguas sagradas. Dentro del barco se ve un magnífico restaurante y un salón de baile; pasa lentamente dejando detrás de sí un reguero de luz y un eco de armonía, y se pierde río arriba. Es algo como una visión de un cuento persa.

Toda la ciudad ofrece un aspecto de satisfacción, de bienestar que hace agradables las pocas horas que permanecemos aquí.

El tren no se detiene más que breves minutos en Dulserdoff; es media noche; estoy cansada y dejo para el regreso mi proyecto de visitar la casa en que nació Henri Heine, con la misma devoción con que he visitado su tumba en París. Esta población alemana es para mí la más interesante de todo el imperio, por ser la patria de mi poeta bien amado.

¡Cuántas admiraciones se han ido deshaciendo y desvaneciendo en nuestros corazones al través de los años! Vemos que el pedestal de muchos ídolos fué sólo nuestra insuficiencia, la imagen se rompe y no viene otra a sustituirla; la luz del entusiasmo se apaga y nos queda en el alma olor de pavesa, que casi nos hace disgustarnos del adelanto que supone en nosotros la pérdida de nuestra ilusión.

Henri Heine resiste a todos los análisis. Cada vez que se le estudia se halla una nueva belleza. Se debería aprender el alemán sólo para leer a Heine. El ha sido el creador de su idioma, el que le ha dado plasticidad. Todos antes que él, hasta Goethe, el gigante, grabaron su pensamiento a martillazos sobre bronce; sólo el genio de Heine logró modelar como cera el áspero hablar alemán y pudo expresar con él los matices más delicados del pensamiento.

Heine, entre los alemanes, fué el *Patito Feo* de los cuentos de Andersen. Las torpes avutardas no podían comprender al ruiseñor. Lo atormentaron en todos los órdenes; su sensibilidad chocaba con la sensiblería de sus conterráneos. Su espíritu genial y creador con la modalidad especulativa de sus sabios; su verdadero romanticismo liberal y desinteresado, con el romanticismo dulzón y utilitario de sus

mujeres; su espontaneidad justa en el obrar, con el espíritu de subordinación y acomodamiento de los demás. Heine fué un Cristo en Alemania; desconocido, vejado, incomprendido. Su corazón buscó otro ambiente. Amó a Cervantes, a Racine y a Shakespeare; admiró a Napoleón. ¡El mayor delito de un alemán! Al fin tuvo que escaparse, que huir, que maldecir, no la tierra, siempre amorosa y nostálgicamente recordada, sino el ambiente artificial que la envolvía. Heine, por lo mismo que la amaba, abominó de Alemania y descorrió los velos de la hipocresía para mostrar su verdadero espíritu, sus vicios, sus hombres.

No se ha perdonado a Heine. El kaiser, ensoberbecido, tiene envidia de los que valen más que él, con un valor más positivo, más eterno. Aborrecía a Bismarck; detesta a todos los grandes hombres, que soporta, persigue embozadamente el talento que no se revela en construcción de cañones y máquinas de guerra. Odia a Heine, porque él es el verdadero emperador.

Heine, nombre de gloria que será, unido al de sus escasos grandes poetas, lo único que legará esta tierra a la posteridad cuando ya se hayan perdido sus monarcas y sus cañones; la verdadera gloria de Alemania, su Homero, ha sido insultado

en efigie por la soldadesca de Guillermo II, que se ha negado a recibir esa estatua del poeta que se ha alzado en otro mundo nuevo, el cual hará justicia al viejo mundo en Nueva York.

Mi vagón va lleno de soldados y de veteranos que se dirigen a Kiel, donde se verifica una fiesta militar presidida por su emperador. Los soldados, que deben pertenecer a buenas familias según el confort con que viajan, son mozos rubios, colorados, fornidos; parecen de otra raza distinta a la de esos viejos que van mezclados con ellos. Al ser de día se desayuna cada uno con una docena de panecillos con jamón y manteca, con un ansia que me causa asco. ¡Si se alimentaran así nuestros soldados. En seguida se cepillan unos a otros y se dan brillo a los botones del uniforme. Uno de ellos que habla francés nos cuenta que estos ancianos van a ser honrados por el emperador, porque son héroes supervivientes de la batalla de Sedán y de otras batallas de la guerra franco-prusiana. Todos esos hombres, ruinas humanas ya, llevan un brazal en que se lee la fecha de las batallas célebres, con grandes caracteres, y los pechos cubiertos de cruces y medallas. No me inspiran ya simpatía estos viejos que no tienen las manos puras, limpias de sangre humana. Honrar a los que mataron me parece una

cosa perjudicial; la Humanidad no podrá llegar a una mayor perfección ética mientras admire la gloria de los héroes.

Experimento el mismo disgusto que cuando veo conmemorar el Dos de Mayo. Me parece que es ya ofender a un país amigo mantener abierta esa herida de épocas lejanas.

Comunico mi impresión a mi interlocutor, que la recibe con una sonrisa en la que leo que le parece un absurdo lo que digo y que Francia y Alemania no serán jamás países amigos.

CAPITULO XLII

La ciudad del Elba.

No tardo en convencerme de lo verdadero de mi observación. Al llegar a Hamburgo nos cuesta trabajo encontrar hospedaje en los hoteles, llenos de viajeros con motivo de las fiestas, mientras que otras personas vemos que se colocan con relativa facilidad. Pensamos que no nos entienden bien, y trato de explicarme.

—Entren ustedes, que son franceses, y un viajero de otra nación, es natural que ellos tengan la preferencia—me dicen.

Al fin encuentro un hotel cuyo dueño es francés, el hotel Malman, y nos da albergue en una pintoresca habitación de su torre octógona, cuyas ochavas, formadas por cristaleras, dan paso a una luz espléndida y me dejan ver una gran extensión de la ciudad. Estamos mucho más altos

que la copa de los grandes árboles de la plaza, frente a la estación central, en uno de los puntos de más tránsito de Hamburgo; y me encuentro bien en esta atalaya, que me aisla un tanto de la multitud.

Hay un criadito bohemio que habla algunas palabras de español, un chiquillo de unos doce años, que nos ruega que le hablemos siempre en nuestro idioma para acabar de aprenderlo, y que repite graciosamente nuestras palabras, una a una, con un acento de loro.

Pero Hamburgo nos cansa pronto. Es en verdad una ciudad hermosísima, pero que no atrae, más bien repele; es fría, le falta espíritu. Se nota en ella una mezcla de gran ciudad y ciudad pueblerina; parece una mujer de pueblo vestida de gran señora.

La ciudad vieja presenta un aspecto renegrido, triste, pesante; pero la ciudad nueva es amplia, llena de vida, con hermosas calles, cortadas por parques y jardines. La entrecruzan canales, y el arbolado ríe en toda ella. No hay que salir a las afueras para buscar aire y reposo; en su centro mismo, el Alster se abre como un verdadero mar prestando toda su alegría y su belleza a la población; es el mayor encanto de Hamburgo.

A una de sus orillas se alzan los palacios suntuosos, los jardines; al otro,

la población que trabaja. Sus orillas se unen por la red de vaporcillos-tranvías que van y vienen incesantemente.

No se encuentran monumentos notables, desde el punto de vista artístico. El estilo hamburgués, que se trata de conservar construyendo en ladrillo rojo, es más práctico que bello. El Ayuntamiento es el edificio más monumental; está construído en piedra, pero resulta demasiado recargado y pesante. El conjunto agobia, fatiga; grandes moles de casas de piedras ennegrecidas, entre las que se mezclan, como brochazos de bermellón, las casas de ladrillo.

Abundan iglesias de ladrillo rojo con la torre de alcuza cubierta de chapas de metal, que son de un gusto deplorable; no se han preocupado gran cosa de ellas. Aquí, los edificios principales son las casas de comercio que se destinan a oficinas. En éstas, el utilitario espíritu alemán hace las paredes con muchos huecos, mucha cristalería, para que dejen pasar la luz, y esto da un aspecto riente a la fachada.

Cada una de estas casas ocupa una manzana entera; son monumentales, modernas, las que vienen a sustituir a las viejas catedrales góticas.

Tienen escrito en la puerta el nombre de la Compañía que la ocupa, y se cono-

cen más por el nombre que por los números. Dentro se pierde uno en el dédalo de oficinas que existen. No hay en estos edificios una parte destinada a la intimidad de la familia; propietarios y empleados viven fuera de allí; son palacios, como nuestros ministerios, sólo para llevar cuentas; no se escucha más ruido que el de monedas y papeles; ni siquiera los visitantes hablan, porque todas las direcciones están indicadas por letreros. Los ascensores suben y bajan incesantemente, sin perder el tiempo en detenerlos y hacerlos andar.

En este país está todo preparado para no perder el tiempo y bastarse cada uno a sí mismo. Se ve cómo van por la calle de prisa, callados, por sus aceras, llevando siempre la derecha. Está todo reglamentado con un orden perfecto. A mí me asusta tanto orden, quizás por la falta de costumbre. La vida es aquí una máquina que nos hace girar a todos entre el engranaje de su gran rueda. Hay automáticos para todo. Máquinas automáticas nos dan los sellos, los billetes de tren, los de tranvía, y nos dan la vuelta de las monedas. Si nos pasamos de una estación, un automático nos ofrece el suplemento. Todo lo que se puede preguntar está previsto por un letrero. La mayoría de los restaurantes populares son automáticos, en los que uno

mismo toma el plato que desea y lo lleva a su mesa.

Asombra tanto método, tanto orden. Subo a un tranvía, y un empleado me invita a bajar o a comprarle un cubre-punta para mi alfiler de sombrero, que es obligatorio llevar cubierto.

El enorme tráfico del gran túnel del Elba se lleva a cabo sin que se escuche un grito ni una voz. Llegan coches y automóviles, entran en el enorme ascensor, en uno de cuyos compartimientos caben doscientas personas; descienden bajo el río, cruzan su cauce hasta el otro extremo, donde un nuevo ascensor los lleva a la calle, y no se molesta a nadie ni se ha cambiado una palabra. Esta organización de vida debe obrar sobre el carácter alemán y hacerlo tan disciplinado. En un medio así se engendran más sabios y filósofos que grandes artistas.

Lo más admirable es la limpieza. Un puerto limpio es algo incomprensible para nosotros. Aquí, además de limpiarlo, se cuida de no ensuciarlo; están los malecones, los muelles y las calles donde vive la marinería, limpias como espejos. Ni desperdicios de comida, ni cáscaras de fruta.

Con el mismo celo se cuida el ornato de las calles. Todos los balcones tienen flores. Esto nos extraña a los que tenemos la

idea de que nuestros países meridionales son los países de más flores. Cuanto más vamos hacia el Norte, mayor abundancia hay de ellas, más cuidado en su cultivo.

Es cierto que nuestras flores tan varias y delicadas no se dan en estos países; pero su esfuerzo sabe sacar mejor partido de su escasa flora y de sus geranios que nosotros de las nuestras. Son tan aficionados a las flores, que todos los años hay concursos en los que se conceden premios a los balcones mejor decorados de flores, y los propietarios cuidan de renovarlos, mientras que los de España prohiben poner tiestos en los balcones.

En las escuelas dan a cada niño una planta para que la cultive en su casa y la presente en los exámenes; lástima que esta bondad que dan las flores la destruyan luego con esa exagerada educación militarista que inculca la escuela en el corazón de los niños y de las niñas y que es la sombra que no deja brillar su cultura.

Una de las cosas más notables de Hamburgo es el Parque Zoológico, más extenso y poblado que el de Roma, pero que no produce tanta impresión de dejar las fieras en libertad. Al lado, unido a él, hay un magnífico parque de recreo. Ambos están bastante lejos de la población, y para ir a ellos hay que pasar por uno de los cementerios. Me sorprende cómo los carrua-

jes corren entre los sepulcros, que no están rodeados de ninguna tapia; se ha enterrado a los muertos en el bosque que cruza el tranvía, y las gentes pasean sin preocuparse de ellos.

El puerto es verdaderamente magnífico, soberbio. Un laberinto de canales, de grúas, de Aduanas, de docks y de almacenes monumentales. Es un puerto franco, rival del de Londres, al que se parece por la gran selva de mástiles de sus buques, en tan gran extensión, el túnel que cruza bajo sus aguas y la neblina densa que lo envuelve siempre.

Frente al puerto está la colosal estatua de Bismarck, que no falta en ninguna ciudad alemana. El gran canciller es el ídolo del pueblo alemán, que lo considera como el fundador de su imperio, porque él dió fuerza y cohesión a sus diferentes Estados y supo engrandecerlo y hacerlo respetable. Se dice que el kaiser, celoso de su gloria, lo detesta; pero no puede exteriorizar este sentimiento. Ahora, hace pocos días, se ha visto obligado a asistir a la botadura, que se ha verificado aquí, de uno de los barcos más grandes de Alemania, del que ha sido madrina una nieta del gran canciller. Hamburgo rivaliza con Kiel en construir grandes barcos, y funda todo su orgullo en sus arsenales, su puerto, su comercio y su grandeza naviera.

La estatua que le han levantado a Bismarck es una enorme mole de piedra, en la que se le representa de pie, apoyado en su sable, con un aspecto de guerrero vencedor. Está colocada en alto, frente al puerto, y de noche se ilumina con un potente foco eléctrico. Así, las naves que se acercan al puerto del Elba divisan desde lejos la figura de Bismarck, como los griegos que navegaban hacia Atenas distinguían el tirso de oro de la Minerva crisilefantina del Parthenón.

A otras razas, otros dioses.

CAPITULO XLIII

A las orillas del Alster.

Como todas las ciudades muy trabajadoras y muy cosmopolitas, Hamburgo gusta de divertirse. Además del Parque, del Jardín Zoológico y de otros muchos parques y teatros, está el barrio de San Paúl, destinado a una perpetua fiesta; por todas partes músicas, bailes y diversiones; las excursiones a los diversos puntos de la ribera del río son numerosas los días festivos.

De noche, Hamburgo no está desierto y desanimado. La gente transita por las calles, y los escaparates, cafés y teatros continúan abiertos hasta hora muy avanzada. La buena sociedad hamburguesa hace una activa vida de diversión, emulando la vida de París.

El lugar más animado son siempre las

orillas del Alster. A todas horas hay gente que pasea a sus orillas, bajo los árboles, y gentes que se entregan al placer de la navegación. Muchas jóvenes llevan solas sus barquillas, y las guían y las impulsan con un arrojo masculino.

Las alemanas son fuertes; se educan al aire libre desde pequeñas, y la gimnasia es para ellas como el Catecismo. Como el respeto a la mujer está bien garantido, se acostumbran desde niñas a usar de toda su libertad.

Observo que son menos bellas que las inglesas; éstas suelen tener una juventud breve, pero durante su juventud son bellísimas, delicadas, de una carnación ideal; las alemanas no tienen juventud ni vejez; están siempre lo mismo; ni tienen esa idealidad juvenil ni se acartonan. Comparadas con las latinas, encontraríamos el parecido que existe entre los potros árabes y los caballos normandos. Su tipo es lo que en general llamamos una buena moza; fuertes, fornidas, de caderas anchas y pies y manos grandes.

Jamás he visto pies tan *kolosales* como los de las hamburguesas. Parece que les ha de costar trabajo moverlos. Las botas y las medias expuestas en los escaparates, asustan por su tamaño descomunal. Se comprende que Heine dudara de poder encontrar papel bastante grande para sacar

el patrón, en tamaño natural, de los pies de las damas de Gotinga. No sé cómo con estas mujeres se preocupa Alemania de la despoblación.

Tan fuertes son ellas y tan rubios y delicados ellos, que a veces, cuando los veo remar juntos en las barquillas, no sé distinguir bien el sexo. Van vestidos casi iguales, con sus blusas blancas, marineras, y sus cabezas de rizos rubios y recortados.

Por cierto que los que hablan de la inmoralidad de Francia y de nuestras viejas ciudades latinas, no deben haber venido nunca aquí. Es el sitio donde he visto cuadros más naturalistas.

De noche, las fiestas en el Alster son preciosas. Los pabellones que hay en sus orillas están iluminados, así como los hoteles y los palacios, lo rodea una guirnalda de luz, y en dos o tres sitios a un tiempo se queman fuegos de artificio, manojos de cohetes de luces que van a caer como lluvia de estrellas en el agua.

El Alster Pabellón deja oir la música, y en sus comedores y sus terrazas se baila, se canta y se apuran las botellas de Champagne. En vez de coches se agrupan cerca de sus múltiples embarcaderos centenares de barquillas blancas, las cuales sirven de refugio a las parejas que abandonan los salones para pasear por el lago.

Pero el lago tiene canales profundos y

obscuros que se pierden entre el follaje; a su entrada o en sus recovecos es frecuente ver las barquillas con los remos abandonados, que se mecen a merced de las aguas. No miréis a su interior. ¡Encantadora moralidad alemana! Los españoles que viven aquí saben a qué atenerse respecto de ella, y aseguran que para divertirse no cambiarían esto por París. No tienen el «chic», la gracia, el espíritu que ponen los franceses hasta en sus aventuras fáciles; no hay ese elemento de mujer ligera, de mariposa de amor que no oculta su condición, pero que sabe revestirla de idealidad. Aquí no son más virtuosos, pero se prescinde de la coquetería y el galanteo. No se suprime lo repugnante, sino lo agradable. Aparece todo sin velos; la parte práctica, lo material, el contrato, el espíritu comerciante y el placer sensual y grosero.

CAPITULO XLIV

Hacia el Norte.

El paso de Hamburgo a Altona es verdaderamente notable. Hamburgo es, como sabemos, una ciudad libre del Imperio alemán; es decir, una ciudad que se gobierna por sí sola y que únicamente para la unidad de Alemania reconoce la autoridad del kaiser; Altona es una ciudad prusiana, y Hamburgo y Altona confunden sus calles y sus plazas de tal modo, que el extranjero que no lo sabe no distingue el paso de frontera. En algunas calles, una acera es de Altona y la otra de Hamburgo. Una columna, una línea en el enlosado de la calle y el diferente color de los uniformes de los guardias que hay a ambos lados, es lo único que lo indica.

Ya, sabiéndolo, nos fijamos en las ligeras diferencias. Es como si Alto-

na fuese un barrio de Hamburgo, más pequeño, más cuidado, más elegante, sin tráfico comercial.

Los edificios son más bajos; las calles, amplias y limpias; tiene muchas plazas con flores, un lindo Museo y surtidores de agua por todas partes. Su fisonomía es más sencilla, más acogedora; en algunos momentos diría más española. Es como uno de esos barrios predilectos de la gente rica, donde no viven pobres, y que están compuestos de hoteles y jardines enarenados.

Hay en toda ella un gran silencio; pocos transeuntes y escasos coches; las casas cerradas, con las persianas corridas en un reposo de siesta. Al paso del extranjero se entreabre una ventana, con ese recato curioso de las ciudades de provincia.

Parece una ciudad recién construída, tan blanca es la piedra de sus casas; las calles tienen también un blancor calizo, y las plazas, con sus flores rojas y sus surtidores de agua, dan la sensación de que nadie pisa alrededor de ellas.

No concebía yo así una ciudad prusiana. Me parecía que hubiera de estar poblada de esos terribles crueles guerreros, azote de la Humanidad, que arrastran detrás de ellos con sus odios y su ferocidad todo el Imperio.

Donde he visto más claro el poder guerrero de Alemania ha sido en Kiel, el famoso canal, célebre por sus fiestas y regatas mundiales, donde están los más famosos astilleros y donde se admiran, anclados, una fila interminable de navíos de guerra, de todas clases y formas, que constituyen la imponente escuadra del kaiser. Sus astilleros son, quizás, los primeros del mundo.

Hemos embarcado en Kiel a bordo del vaporcito *Prinz Waldemar*, que hace la travesía a Korsor, para ir a Copenhague. Esta pintoresca travesía hemos tenido la desgracia de hacerla de noche. Me dicen que los horarios están combinados de manera que ningún extranjero pueda ver de día desde el mar este canal, tan amplio y tan bello, por el que navegamos más de una hora viendo las luces y los reflectores de los barcos de la Marina imperial. Hemos tomado un camarote para nosotras solas; pero a la hora de ir a acostarnos lo hallamos cerrado, y sin lograr que nos quieran entender tenemos que buscar sitio en una especie de bodega, donde hay quince camas, ocupadas por señoras, que una lee, otra reza, la de más allá cuchichea y alguna ronca sin que interrumpan su sueño las que sufren de mareo, con todas sus consecuencias.

Es imposible pegar los ojos, como ha

sido imposible comer, a pesar de pagar repetidos suplementos. Si esto nos pasara en un barco español, habría para poner el grito en el cielo; pero como sucede en un barco extranjero, alemán, acabamos por convencernos de que debe ser así, puesto que estamos en la soberbia y famosa nación de la *kultur*.

A la vuelta, entrando por Rusia, conocemos mejor toda Alemania, y podré afirmar o rectificar mi impresión sobre ella, ya que ahora, a pesar de su grandeza y de la favorable disposición de mi ánimo, no he podido lograr que me sea simpática.

No tengo tiempo para detenerme; la Naturaleza misma marca de modo inflexible las fechas de la visita al país de *el soleil a minutt* y de la *crosserie*, y no se puede perder ni una hora si hemos de recorrer Dinamarca, Suecia y Noruega, para entrar luego en Rusia, país que aún nos ofrece un misterio romántico, algo oriental, como un sabor de leyendas de Bagdad y de la India. Estos países en que aún se puede satisfacer nuestro deseo de hallar algo exótico, suyo, original y primitivo, sin necesidad de salir de Europa.

CAPITULO XLV

Al volver.

Muy lejos estaba ya el día que vi en el pintoresco Balholm, ese lugar encantado del Sognefjord, salir precipitadamente a Guillermo II, seguido de sus acorazados, dejando la paz de su tranquilo veraneo, que de modo tan peligroso me iba a ver envuelta en la terrible guerra europea que se preparaba.

Al Cabo Norte no llegaron los ecos de estas desdichas, de estas luchas, de estas miserias. Allí nos encantaba la Naturaleza solemne, grandiosa, noble, con toda su poética melancolía; pero a mi regreso a Bergen he hallado cambiada por completo la faz de aquella honrada y trabajadora población.

Las gentes se agrupaban ansiosas a

leer los telegramas que se exponían ante la redacción de uno de sus principales periódicos, y se retiraban llorando. Se veía bien la nobleza de sentimientos de este buen pueblo noruego, en cómo se afectaba con las noticias de las luchas y las muertes. Era un espectáculo de desolación y de tristeza, el presentimiento de los días de luto que esta guerra prepara a la Humanidad.

Apenas anunciada la guerra, sus daños se dejan sentir; han subido de un modo extraordinario el precio de los artículos de primera necesidad. Me apena lo que este país, cuyas producciones no pueden bastar a su sostenimiento, va a tener que sufrir.

He querido apresurar mi viaje a España, prescindiendo de mi viaje a Rusia. Mis amigos de Noruega tratan de disuadirme de que vuelva por Alemania, pero yo pienso que hay menos peligro por tierra que en cruzar el mar; se habla de combates navales, y yo evoco todos aquellos barcos grandes, color acero, que he visto en el canal de Kiel y en la escolta del yatch del kaiser. Prefiero regresar por tierra. En estos momentos, la casa y la patria toman un valor de refugio y deseamos unirnos a los nuestros. Mi itinerario está marcado en el billete que tomé en una agencia de Bergen: Cristianía, Malmo,

Trelleborg, Sassnitz, Bremen, Colonia, Lieja, Namur, París; lo emprendemos confiadas, pensando que tal vez tengamos que sufrir algún retardo, pero que nada puede sucederle a dos mujeres, súbditas de un país neutral, en una nación civilizada, en regiones alejadas del teatro de la guerra.

El calor del verano nos incita a comprar muchas frutas para el viaje; llenamos una gran cesta de melones, plátanos, uvas y unas frutillas salvajes, parecidas a las uvas del torvisco, rojas y agridulces como los granos de granada, que son propias del país. Volvemos a disfrutar el incomparable panorama de la línea de Bergen a Cristianía, pero lo vemos con pena. Se quedarán tan lejos de nosotros estos fiords, estas montañas, que se hará difícil volver, y no nos resignamos fácilmente a perder para siempre esta grandiosa Naturaleza, esta belleza plena, sana, fundamental, que tan bien rima con mi espíritu y tan plenamente lo satisface. La nieve, en Agosto es como un lujo, un refinamiento que nos ofrece cerca de Finse, en el punto más alto del camino, esta tierra incomparable.

Conforme vamos descendiendo, las maravillas quedan atrás; vamos a entrar pronto en los paisajes de siempre, y pensando en esto apenas nos ocupamos de la

guerra, cuya gravedad no alcanza mi optimismo a concebir.

En Cristianía nos miran con cierto asombro, que nos hace sonreir, cuando decimos que atravesaremos Alemania para ir a Bélgica, frontera neutral, y desde allí nos dirigiremos a nuestra patria. Al fin, las advertencias de aquellas buenas gentes logran inquietarnos un poco, y cuando tomamos el tren que ha de llevarnos a Suecia sentimos verdaderos deseos de poder enterarnos de lo que hablan todas aquellas gentes, que gesticulan con calor desusado y que no se ocupan más que de un solo tema. Pero no pudiendo lograrlo nos refugiamos otra vez en las bellezas del paisaje. Va en nuestro vagón una dama anciana, de noventa años, que se dirige a Malmo. Es una ancianita delgada, acartonada, alta, que conserva una gran nobleza en las facciones y unos ojos claros y dulces, que no se le han hundido en la órbita. Es una ancianita ágil, vivaracha, de espíritu alegre, de esas que saben dar un encanto de simpatía y placidez a su ancianidad para despertar la ternura. Lleva muchas flores campestres, que nos ofrece, y nosotras le cedemos el asiento de la ventanilla.

Se la ve gozar de tal manera con la contemplación de la Naturaleza, que nos distraemos viendo el gozo de sus fac-

ciones, bañadas de una emoción pura, casi infantil.

Un milagro de simpatía nos hace entendernos conversando en idiomas tan diversos. Ella nos llama con grititos de admiración, cuando ante la ventanilla del tren, que parece el lienzo blanco de un cinematógrafo, pasan las visiones mágicas de las caídas de Trollhaettan, con su sistema de esclusas gigantes, que han partido toda Suecia en una maravillosa red de navegación, una especie de escalera que suben y bajan los barcos de alto bordo. Para nosotros, a quienes se lo da todo hecho la Naturaleza, es algo incomprensible estas obras gigantes de Suecia, esos diques y esos canales de Holanda, todo eso que supone un esfuerzo titánico del hombre, una obstinación para vencer a la Naturaleza, nos admira y casi aun viéndolo se nos hace increible. A nuestra izquierda se ven las orillas del lago Vener, el mayor de todos los de Escandinavia, y que, como el Vetter, es resto de un brazo de mar. Toda la ribera está cubierta de vegetación; comienza ese florecimiento del suelo de la Scania, que hace un vergel de esta parte de Suecia. A la caída de la tarde aparece, a la derecha, la encantada y agreste costa del Kategat, con su gran extensión de arena y su arrecife de rocas desnudas. El Cabo Kullen avanza su cuerpo

de granito en las olas, y aparece con una gallardía y un atrevimiento singular, tan largo, tan estrecho, tan audazmente avanzado en las aguas tormentosas.

En Gotemborg, la ciudad comercial por excelencia, han subido a nuestro vagón dos señoras alemanas que hablan francés; y como la inefable viejecita pone una nota cordial en el vagón, todas hablamos. Estas señoras me dicen que van a Hamburgo, y que tienen miedo de que con la movilización de las tropas no circulen los trenes. Yo les manifiesto la dificultad que hay para mí en este tiempo anormal, no poseyendo el idioma, y se ofrecen amables a servirme de intérpretes. En la estación de Malmo compro periódicos ilustrados, y me entretengo en ver los grabados, todos bélicos, de guerreros, de cañones, de barcos. Las damas me hacen muchas preguntas acerca de mi viaje. Tenían la idea de que las españolas no viajaban solas. Uno de los caballeros interviene en la conversación y me dice que hago mal en aventurarme por estos sitios, que la guerra promete ser algo terrible, y añade:

—Ya, de buenas a primeras, ha sido destruída la escuadra rusa en el mar Báltico; no ha quedado ni un solo barco.

No retengo una exclamación dolorosa, y siento el alma invadida de una gran pie-

dad; compadezco la suerte de los vencidos, sin que influya para nada la nacionalidad, y noto como un sentimiento de hostilidad, en el que no me fijo.

De pronto, el tren se detiene y advierto un movimiento desusado en los viajeros. Pregunto en vano si hemos llegado y vamos a trasladarnos al barco en que debemos continuar el viaje. Cada uno, preocupado con sus cosas, no atiende a los demás; todos bajan y suben a los coches, pero nadie baja los equipajes.

Al fin logro enterarme. El barco que debía enlazar con nuestro tren, no ha llegado; estamos en Trelleborg, y nos abandonan los coches, marchándose todos los empleados. Hay que pasar la noche, como se pueda, en un vagón o a «la belle ettoile», en medio del campo. Cada uno se acomoda como puede; los vagones de primera se ven asaltados de pasajeros de las otras clases, que se valen de la ocasión para introducirse en ellos. Hay que ocupar los sitios. Las dos alemanas y otra señora que ha permanecido silenciosa todo el tiempo, se tienden a la larga, y en el sitio que nos dejan nos acostamos, abrazadas, mi hija y yo. Estamos tan cansadas, que el sueño no se hace esperar, y dormimos con una tranquilidad sorprendente, hasta que la luz viva de la mañana nos despierta. ¡Estamos solas! Todos nuestros com-

pañeros de viaje se han marchado; aquellos que dormían en nuestro vagón, no sólo no nos han despertado, sino que parecen haber puesto especial empeño en dejarnos allí.

Después de un largo rato de desorientación logramos que un mozo de estación atienda nuestras voces y nos guíe hasta la estación central, para poder sacar nuestros equipajes. Nos dice que el vapor va a llegar, y vemos a todos los pasajeros esperando, frente al mar. Las damas que han sido nuestras compañeras, vuelven la espalda, esquivando el saludo.

Yo me miro, y miro a mi hija, y no comprendo que haya nada en nuestro atavío que pueda intranquilizar a esas señoras.

Son las cinco de la mañana; está todo cerrado en Trelleborg, y el hambre se deja ya sentir, pues la noche antes hemos tenido que consumir, para cenar, los restos de nuestra provisión de frutas.

A las seis se abre un café frente a la estación. Deben estar también hambrientos los otros viajeros, según se precipitan todos en él. Cuando entramos, ya está todo lleno, y tenemos que servirnos de pie, entre una muchedumbre ávida que se disputa los panecillos y las tazas de café, arrebatándolas de manos de los mozos o del mostrador. Cuando llegan estos momentos se ve qué superficial es ese baño

de buena educación de que todos nos revestimos. Cada uno se ocupa de sí, egoístamente, casi brutalmente; y creo que esta lucha va a durar ya todo el viaje, hasta salir de estos países en que con tanta imprudencia nos hemos metido.

Aun podríamos retroceder, volver a Malmo, a Dinamarca, de la que tenemos tan buenos recuerdos; pero el deseo de volver nos acosa con vehemencia; hay un ansia de vernos en España, de oir hablar otro idioma en torno nuestro, y esto nos hace seguir el viaje.

El vapor que ha de conducirnos está ya atracado al muelle; es un vapor extraño; le falta la popa, como si la hubieran partido de un hachazo, y deja ver, por su hueco negro, el interior, la bodega. Estos vapores atracan así al muelle, y dentro de ellos penetra el tren de manera que se hace el viaje por mar sin necesidad de movernos de nuestros vagones; pero en esta ocasión no se sigue la costumbre, sino que los pasajeros vamos embarcando uno a uno, después de un detenido registro de los equipajes y hasta de los saquitos de mano.

Desde la cubierta contemplo la gran superficie de mar que se extiende ante mis ojos, y la apacible costa sueca, verdeante y bella, entre los celajes de la mañana. En los largos malecones, frente al barco,

está agrupada una gran multitud; son, en su mayor parte, alemanes, que acuden llamados por el peligro de su patria; se suben sobre una eminencia y entonan a voz en grito, como un orfeón, el antipático himno nacional «Uber Kaiser».

Abren mucho la boca, gesticulan y gritan como demonios; sus caras grasas y rubicundas parece que van a reventar en la excitación sanguínea que les produce su entusiasmo. Cada vez que hacen una pausa, la multitud, que les escucha de pie, con respeto, prorrumpe en un aplauso. Yo contemplo todo esto con cierta curiosidad, y oigo su himno con el desagrado que todos estos alardes patrioteros me causan siempre. Por fortuna, el vaporcito da la señal de marcha y todas aquellas gentes se apresuran a entrar en él. Lo invaden todo: cámara, cubierta, comedor. Noto que todos nos miran con una expectación nada benévola, que no acierto a explicar, pero que me molesta, y mi hija y yo nos retiramos hacia al camarote, donde han agrupado los equipajes; nos sentamos en un ángulo y no tardamos en dormirnos. Así pasamos las cuatro horas de travesía, y nos despierta, al fin, la sacudida del barco al atracar en el puerto de Saisnitz, en la isla de Rügen. Es un despertar poco grato, frente a la ciudad de casas rojas que se ve al fondo de un puerto desguar-

necido de construcciones, entre las voces que gritan en el barco su «Uber», y las que les responden en la playa: «kaiser».

Mi hija y yo nos estrechamos más una contra otra, y decimos a un tiempo:

—¡Ya estamos de nuevo en Alemania!

CAPITULO XLVI

El peligro de los cabellos negros.

Es un momento de apuro el del desembarco. Ninguno de los mozos que pasan por nuestro lado quiere cargar los equipajes; noto cómo crece la hostilidad en torno nuestro; en cuanto nos acercamos a un grupo estalla el himno nacional, que toma para nosotras el valor de una de esas cencerradas con que se atormenta a los viudos que se casan; muchas personas se acercan y me hablan, mostrándome hojas impresas, que no entiendo. Vemos con angustia cómo todos van llevando sus equipajes al tren, y el apresuramiento que demuestran, y que nosotras nos vamos a quedar allí solas. Enérgicamente indico a un mozo mis baúles, y en las sencillas palabras que pronuncia tengo la clave del misterio.

—¿Rusas?—me pregunta con indecisión.

—Españolas—contesto.

Entonces el hombre se decide a prestarnos el servicio que reclamo.

No puedo menos de detenerme un momento, conmovida ante el brutal e inhumano espectáculo que presencio al saltar a tierra.

Se verificaba el embarque de los rusos que deseaban volver a su país; millares de familias se agrupaban en el muelle, entre soldados que paseaban con las bayonetas caladas, y al más leve tropiezo la emprendían a culatazos. Aquellas pobres gentes no cantaban, ni hablaban apenas; era un espectáculo humillante verlas temblorosas, encogidas, aterrorizadas, en medio de la soldadesca. Tal vez los pobres dejaban la casa, la industria, que constituía su manera de vivir, después de muchos años en esta tierra que habían creído amiga y à la que ya les ligaban intereses y afectos. Entonces se veía lo deleznable de esos lazos y la importancia que esas palabras, patria y raza, que idealmente hemos querido borrar, tienen para los hombres.

El mozo mira con recelo mi emoción ante el sufrimiento de los rusos. Noto que me cree rusa y que me hago sospechosa, y empiezo a percatarme del lujo de pre-

cauciones que toma Alemania con los extranjeros y me entero del atropello de Bélgica y de la guerra con Francia.

Subo al vagón, y como no llevo dinero alemán para pagar al mozo, le entrego un franco. El hombre lo mira y lo rechaza con indignación; creo que le parece poco, y le doy otro, y como sigue gritando y gesticulando le añado un tercero. Su patriotismo cede ante la suma, y se aleja en silencio. ¡No es caro este patriotismo!

Todo el día vemos pasar a nuestro lado trenes blindados y trenes ordinarios llenos de soldados. Van todos asomados a las portezuelas, alegres y contentos; más que gentes que van a matar, parecen alegres muchachos que van de romería; todos los trenes van enguirnaldados de follaje; en todos se escucha el mismo himno marcial y entusiasta, que, con ese poder de los himnos nacionales sobre el espíritu, los enardece y los arrebata hasta la locura.

No me fijo ya en el paisaje. Dos veces el tren penetra en el interior de vapores, que nos lleva al otro lado de grandes canales de agua, y sale de ellos para seguir su carrera sin que nos demos cuenta. Nos atormenta el hambre, y no encontramos medio de poder comprar nada.

En una estación del camino hay cambio de tren para los que no vamos a Berlín. La gente se precipita al nuevo tren que nos

señalan, sin orden ni concierto, porque nadie se preocupa de pedir ni revisar los billetes.

Al subir al vagón, un hombre rubicundo y rechoncho empuja con tal fuerza a mi hija, que le hace dar un grito de dolor. No puedo contenerme; me abalanzo a él, retirándolo con violencia por el cuello, con una fuerza que no esperaba. Desconcertado se vuelve hacia mí y grita:

—Una espía rusa.

Entonces sucede una cosa que aún me parece una pesadilla. La multitud se agrupa en torno mío; se alzan bastones; una mano me arranca el velo, y otra se lleva mi sombrero; mi hija llora, tendiéndome los brazos desde el vagón; hago un esfuerzo supremo y logro subir en el estribo; desde arriba, tira de mí una mano... El tren parte...

Como en las novelas, un joven oficial ha sido nuestro salvador. Es un oficialito de opereta alemana; parece que le han traído aquí desde un escenario. Me dice, en francés, que nos viene siguiendo con interés desde Trelleborg, porque ha visto que no nos damos cuenta del peligro que nos rodea. El es un hombre culto; a pesar de la consigna no puede sentir odio hacia Francia, donde ha pasado largas temporadas; me enseña una cigarrera de plata, en cuyas tapas han grabado su firma mu-

chas célebres artistas francesas. El es el primero en lamentar lo que sucede: ve cómo su patria exagera el temor a los espías, y me cuenta el caso, poco tranquilizador, de que han fusilado en Rostock, donde él debe quedarse, a un hombre y dos mujeres, quizás inocentes, sólo por meros indicios. Como nos ve asustadas ante el peligro que se nos aparece con toda claridad, nos escribe en una hoja de papel, con el fin de que en caso de apuro podamos hacernos entender: «Somos españolas, y rogamos que nos lleven ante nuestro cónsul»; esto nos tranquiliza un tanto al quedarnos solas.

Aún tenemos que sufrir otro cambio de tren, y no nos quedamos en el camino, gracias a una amable señora y una joven, hija suya, que la acompaña. Estas damas han escuchado nuestra conversación con el oficial; nos llaman, nos guían, y hasta nos ofrecen unos huevos y un panecillo. Pero la confusión es tal, que nos separa de ellas la ola de gente y nos vemos obligadas a subir en el departamento más próximo. ¡Un vagón de cuarta clase! Está todo lleno de cajas, de baúles, de maletas y de toda clase de bultos, encima de los que se sientan unos, mientras otros se ven obligados a permanecer de pie.

Bajamos en algunas estaciones del camino. Hace una noche serena, espléndida,

que forma contraste con el estado de zozobra y de inquietud que nos rodea. En todas las estaciones hay largas mesas, cargadas de grandes tazones blancos, y canastos llenos de panecillos, pero no nos quieren vender nada; todo está preparado para el desayuno de los soldados que han de pasar por allí. En cuanto nos retiramos un poco del tren, la bayoneta de un soldado nos obliga a no salir de la línea marcada.

Por fin al día siguiente llegamos a Lubeck. Estamos a un paso de Hamburgo y esto me tranquiliza, puesto que en esta capital el cónsul y otras muchas personas, nos conocen y pueden responder por nosotras.

Como el servicio de trenes no tiene ahora la regularidad que de costumbre, tenemos que permanecer en Lubeck todo el día y toda la noche, sin poder dejar la estación, esperando el momento de poder continuar el viaje.

En el restaurante de la estación veo a las tres señoras que tratan siempre de esquivarnos cuando las vemos y de señalarnos á las demás cuando no las miramos. Un policía se acerca a nosotras y nos hace una multitud de preguntas y nos dice que le mostremos los equipajes. Mi hija y yo nos hemos puesto de acuerdo para dejar que se pierda el baúl en el que van cartas que

serían bastante para que nos fusilasen estos salvajes.

Llevo nada menos que la guía de Rusia, una tarjeta con que me favoreció la Infanta Eulalia para nuestro Embajador en Petrogrado, dos libros franceses sobre el imperio moscovita y varias de esas cartas queridas en las que habla la voz de un amigo ausente, que comparte con nosotras las ansiedades literarias que engendra el viaje. Las hay de este teno:r

«No dejes de ir a Rusia antes de nada, es lo más interesante, fíjate bien en todo y aprovéchalo todo bien. Ve luego a Alemania, pero no dejes de estar en París en la fecha indicada. Escribe explicando bien todos tus planes».

El recuerdo de esas líneas escritas tan cariñosamente, me aterra. ¿Quién podría meter en estas cabezas, de testuz dura, que se trata sólo de románticas observaciones literarias?

Prefiero no mostrar más que los sacos de mano y dejar que se pierda el equipaje. En toda la noche podemos tomar nada, porque no se acepta el dinero francés.

Dos o tres veces salimos de la estación y vamos hasta la plaza cercana, sólo por el gusto de darnos cuenta de que estamos libres, de que podemos movernos, de que esos soldados que hacen centinela en la puerta de la estación, bayoneta al brazo,

como si estuviesen en la puerta de una cárcel no nos sujetan.

La mañana está lluviosa, fresca, frente a la estación se alza una fila de casas altas y se abre una explanada, que nos lleva a una plaza a cuyo fondo se ve una iglesia. Está todo desierto, cerrado, en los escaparates se ven todas esas baratijas que se exponen al paso del viajero. Hay preciosas reproducciones de la «Danza de la muerte», que se halla en esta capital; apenas nos alejamos un poco, divisamos detrás la silueta del polizonte que nos ha preguntado y que disimuladamente nos vigila. Guardo tal impresión de aquel momento en que el pueblo nos quiso agredir, que me es grata esta vigilancia de las autoridades, como una garantía de que nos protegerán, puesto que nuestra conducta no puede inspirar sospechas; y, sin embargo, nosotras mismas, por no vernos seguidas, disimulamos el haberlo notado y volvemos a meternos en la maloliente sala del restaurante, con esa especie de resignación de los pájaros cobardes, que vuelven a la jaula, después de un revolotear por la habitación.

CAPITULO XLVII

Prisioneras.

Camino de Hamburgo, libres del equipaje comprometedor, recoriendo un camino que, por haberlo pasado ya antes, parece que se nos hace amigo y familiar, nuestro ánimo se tranquiliza y creemos que ha pasado el mal momento en que la dirección que traemos y la cercanía del país enemigo nos han hecho sospechosas.

Apenas hemos pasado la primera estación vemos subir al tren tres soldados, bayoneta en mano, me dicen algo que no entiendo, pero como es para mí una especie de talismán o salvaguardia, respondo con la frase salvadora «españolas» y los veo pasar de largo.

—Parece que buscan a alguien—dice mi hija en francés.

—A una espía, que dicen que viene en el tren—contesta un señor.

Miramos con curiosidad, como espectadores, y bien pronto nos convencemos de que somos protagonistas. Los soldados vuelven, me rodean y me hacen señas de que los siga. Me levanto con prontitud, como lo requiere el ruego de los que ponen como razón suprema la bayoneta calada junto a mi pecho.

—¿Qué sucede?—pregunta mi hija.

—Cambiamos de tren—le respondo para tranquilizarla.

Un soldado me habla en alemán y aunque no entiendo su idioma, comprendo perfectamente que me pide los papeles y saco el escrito del oficial. Lo lee, pero no le convence, y comprendo que insiste. Abro mi saco de mano y le doy mis papeles oficiales. Los mira sin comprender lo que dicen, pero los sellos de los consulados, en los cuales campea el escudo de España, le hacen dudar.

Entretanto el tren está parado en medio del camino y las ventanillas llenas de rostros curiosos que miran y comentan.

Veo bajar del tren un oficial, viejo y gordo que se coloca a mi espalda, de modo que no pueda verlo, y dice lentamente:

—¿Usted entiende el español?

Me vuelvo como si me picase una víbora y en mis labios hay una interjección vio-

lenta y muy castellana antes de responderle indignada, con ímpetu:

—...Mejor que usted.

El hombre examina mis papeles y parece dudar aún. Me hace mil preguntas y me revela que pesa una acusación formulada por un viajero contra mí. Me acusan de saber alemán y fingir que no lo entiendo, fundándose en que he comprado, y visto con detención periódicos ilustrados alemanes, y en que he hablado con los mozos para que me lleven los bultos, etc. Se acumulan como cargos contra mí, el llevar dinero francés, no haber saludado los trenes de soldados, ni aplaudido el himno alemán. Además son indicios muy comprometedores mis sentimientos de compasión hacia los rusos.

Me indigno tanto al responder que el oficial empieza a convencerse y como mi hija llora y tiembla, asustada de verse entre dos soldados, me vuelvo y le digo:

—No eres hija mía si lloras delante de los alemanes.

Ella hace un esfuerzo y se domina y el oficial me dice galante:

—Verdaderamente tiene usted un espíritu esforzado.

Y yo, tocada ya de sus bravatas, respondo con orgullo:

—Soy española.

Entonces el hombre consiente en lle-

varnos al consulado general de España en Hamburgo y volvemos a subir al tren que se pone en marcha. Las gentes, que quizás habrían abrigado el deseo humanitario de vernos fusilar vuelven a sus sitios defraudadas, y nos miran con algo de rencor y descontento por no haberles dado el placer de ser rusas y de ser espías.

Me quejo al oficial, que es un buen comerciante hamburgués, al que la guerra ha obligado a dejar su tranquilo despacho y sus negocios, de la arbitrariedad que supone tratar así a dos mujeres súbditas de un país neutral, que van solas, confiadas en la cultura del país que cruzan y en su propia inocencia, y que por todo esto tienen derecho a esperar la protección noble y desinteresada, ya que de modo tan espontáneo creyeron en su caballerosidad.

—¡Las espías son tan listas y lo preparan todo tan bien!—me responde.

La contestación acaba de molestarme. ¿Qué podríamos hacer dos pobres mujeres solas y sin armas? ¿Seríamos más culpables si hubiéramos nacido en Rusia? Lo lógico sería vigilarnos y cerciorarse de nuestra conducta, dejando caer el peso de la ley, al convencerse de la culpabilidad, pero no molestándonos en caso contrario.

La fuerza de verdad de esta argumentación lo domina y trata de disculparse diciendo:

—Señora, en la guerra como en la guerra.

¡Bonita máxima absurda e inquisitorial para justificar todos los atropellos!

A la llegada a Hamburgo la estación ofrece un aspecto imponente; el gran balcón que se abre sobre ella está lleno de una multitud que grita y canta.

Tenemos que cruzar entre esa multitud, excitada por esa embriaguez que acomete a los pueblos y parece que los envenena y los enloquece, como una enfermedad contagiosa. Nos rodean varios oficiales, que aparentan bromear y reir y a los que nosotras contestamos «ya, ya» (sí, sí) de modo que no se aperciba el pueblo de que vamos prisioneras y nos quiera linchar por espías.

¡La justicia y la cultura de los pueblos! Estos son los que hablan de la inquisición española en el siglo xv y nos dan este ejemplo en pleno siglo xx.

Así nos llevan al puesto de policía cercano a la estación y dan orden de conducirnos en coche al Consulado de España.

Es entonces cuando siento la impaciencia, los minutos se me hacen siglos, el automóvil parece que no corre... Cuando paso aquella puertecita tan modesta, tan pobre, sobre la que luce el escudo de España, siento la alegría de haber llegado a un asilo inviolable; me siento fuerte, segura y no pue-

do menos de vengarme poniendo en ridículo a todo aquel valiente ejército que se ha inquietado por dos pobres mujeres indefensas, porque tienen los cabellos negros; y me vuelvo diciéndoles con despreciativo desdén a mis guardianes:

—¡Qué hazaña!

Pero en el fondo, la idea de continuar el viaje, de vernos de nuevo entre el populacho, nos aterra, y por primera vez de mi vida experimento repulsión y temor de la gente.

CAPITULO XLVIII

Días de guerra.

Dos días hemos pasado en Hamburgo sin encontrar la manera de irnos. Alemania expulsa de su territorio a los extranjeros y al mismo tiempo cierra las fronteras impidiéndoles salir.

La situación de nuestros representantes en Hamburgo no puede ser más difícil. El haberse hecho cargo de los consulados de Francia, Rusia y Bélgica los coloca en situación comprometida, y a pesar de su buena voluntad no pueden atender a todos los que demandan socorro. Es un espectáculo desgarrador el de la peregrinación de gente que acude pidiendo los medios para escapar de este país inhospitalario.

No merece la pena de llamarse gran nación para obrar como lo hace Alemania. Está llegando a crueldades terribles, ta-

les como hacer salir a los enfermos de los Sanatorios y apalear a los extranjeros.

Las españolas corremos peligro por este parecido tan grande, que yo ignoraba, que tuviéramos con las rusas, sobre todo en los cabellos negros, los ojos vivos, las facciones nobles. Los alemanes, son, en efecto, de una raza distinta, inferior si no miente la frenología. Esas frentes espesas, huesudas, cuadradas y todos esos rasgos macizos acusan animalidad, grosería, un pensamiento tardo, que se refleja en los ojos de cristal, sin mirada, con esa expresión vaga, incierta, desleal y sin fijeza.

Verdaderamente esta raza ha tenido que hacer un esfuerzo supremo para aparecer tan civilizada, pero con poco que nos fijemos en sus predilecciones guerreras, sus crueldades, su soberbia y su afición a los goces materiales más groseros, se ve cómo bajo el baño de civilización late su verdadero temperamento.

En el Consulado de España hemos visto a un joven español (1) con la cabeza vendada, el rostro herido y todo el cuerpo molido a palos. Venía de Gotha a Hamburgo, y en Northeim lo tomaron por espía, como a nosotras. Groseramente, un oficial le hizo bajar del tren, y, sin darle tiempo a que se explicase, el pueblo se precipitó sobre

---

(1) Alberto Ferrer Peris.

él, golpeándole brutalmente, a pesar de la intervención de los soldados.

Hemos presenciado escenas terribles. Entramos en un Banco, y de pronto vemos cerrar todas las puertas, mientras los policías se precipitaban sobre un caballero que se ha hecho sospechoso por cambiar una importante suma de dinero francés. Resulta ser un alemán que viene de París. Es de una inefable simplicidad creer que un verdadero espía pudiera delatarse así.

Desde el balcón del hotel Malman, al que hemos vuelto, contemplo un espectáculo que me horroriza. Tres rusos, agredidos por cinco alemanes, se defienden valientemente a puñetazos. No he visto valor más heroico y desesperado. Ya habían derribado a tres alemanes y los otros dos lo hubieran pasado mal de luchar solos; pero los alemanes no cesaban de gritar: «¡Favor, aquí hay rusos!»; y aunque los moscovitas trataban de imponerles silencio, la multitud acudió y nosotras nos escondimos aterrorizadas.

A la noche, los periódicos daban la noticia de la muerte de tres «espías»; eran, sin duda, aquellos tres bravos desconocidos, que han dejado un dolor en mi vida con su recuerdo. Ese dolor que deja el pueblo ruso, tan heroico y tan oprimido, al acabar de leer una novela de Gorky.

Camino del Consulado hemos encontrado hoy el cadáver de otro pobre ruso, muerto por los alemanes.

Una señorita española me cuenta que ha querido afiliarse a la Cruz Roja, y se ha dado el caso inaudito de que dentro del local mismo de esa institución se le amenazara y se le obligara a huir.

Nosotras no salimos a la calle más que lo indispensable, acompañadas de dependientes del Consulado, y sin hablar, para que no se escuche nuestro idioma extranjero, de un deje algo eslavo en el acento.

Para tomar un automóvil, el «chauffeur» nos pide el pasaporte; en una tienda nos preguntan la nacionalidad, y nunca falta alguien que nos siga receloso por la calle.

El aspecto de Hamburgo se ha hecho desolado; las agencias de viaje están cerradas, la mayoría de los Bancos han suspendido las operaciones; los teatros no funcionan; se han dado batallas en los cafés entre alemanes y extranjeros, y en una de ellas han destrozado el pabellón de recreo del Alster, que es sólo un montón de ruinas.

No se ven en la calle más que mujeres y chiquillos, y éstos se ofrecen para ir al campo a hacer la recolección de las mieses, de las frutas y todos los trabajos agrícolas. Los hombres de veinticinco a cincuenta años han sido llamados a las

filas. Alemania se propone realizar un alarde de su fuerza y movilizar en quince días seis millones de soldados. En la sesión histórica del 2 de este mes (1) se han votado, para empezar, cinco millones de marcos para la guerra.

Los pacifistas no pueden oponerse a esta corriente. La movilización se lleva a cabo reuniéndose los soldados a dos horas de distancia de la ciudad, para evitar las manifestaciones. Los periódicos excitan el patriotismo dando noticias de estupendas victorias, que en su mayoría deben ser falsas, pero que animan y sostienen el entusiasmo bélico de este pueblo fanatizado. Todo eran himnos, cantos, mapas expuestos en los escaparates con banderitas que marcan triunfos y conquistas. De creerlos, el kaiser estará en París antes de una semana. París es para estos prusianos el colmo de la victoria. Se ve cuánto lo admiran en cómo lo detestan y lo codician.

Esta mañana nos ha despertado el camarerito bohemio del hotel Malman, único con quien hablamos, porque desde el dueño a los criados ninguno responde ya en francés, dando un golpe en la puerta de mi cuarto y diciendo con emoción:

—Madama: Inglaterra, Hamburgo, ¡pum!

(1) Agosto 1914.

Me he levantado sobresaltada, creyendo en el primer momento que se trataba de un bombardeo, pero el muchacho ha aclarado:

—Hamburgo, Colonia, Berlín...

Dando con la enumeración de sus provincias la idea de que era de la guerra con Inglaterra de lo que se trataba.

Esto ha impresionado mucho a los alemanes. Se ve que no lo esperaban.

Hoy no ha habido tantas musiquitas, y las campanas llamaban plañideras al templo. Esto empeora nuestra situación, acrecienta la desconfianza, el miedo hace ver espías en todas partes; el aislamiento en que se encierra Alemania la excita más y la lleva hacia la intransigencia y la crueldad. Cuando empiecen las derrotas correrán a los extranjeros como a perros por las calles.

Lo que más me admira es este espíritu de las mujeres alemanas; tienen una ferocidad propia de Esparta. Están tranquilas, animosas; no comprenderé jamás estas mujeres que saben ocultar sus lágrimas. Acompañan a padres, maridos y hermanos que van a la guerra, como si los despidiesen para un viaje de placer; parecen estar hasta contentas de inmolarse por su kaiser, con ese fanatismo de la mujer hacia los ídolos. A veces me pregunto si no son ellas las culpables, por haber

inspirado esos sentimientos guerreros en el corazón de sus hijos. Ahora se forman esas asociaciones femeninas de beneficencia para que no les falte nada a los soldados en campaña; esos rebaños de borregos, empujados por todo y por todos, que van al matadero.

Siento una desesperación violenta de no poder salir de Hamburgo; se nos han cerrado todas las fronteras; no he podido seguir por Bremen a Holanda ni conseguir pase para Suiza; todo es inútil. No quiero pensar en la situación que se nos crea si no logramos salir de aquí. Mi tormento mayor es la incomunicación, la falta de noticias de España; el no poder escribir ni telegrafiar para tranquilidad de los nuestros.

Numerosas comisiones de nuestra colonia han venido a visitarme, para ver si podía influir en la Prensa a fin de que el Gobierno envíe un barco con bandera neutral que saque de Hamburgo a los españoles.

¿A los españoles, sólo?, me pregunto yo. ¿Y esos pobres rusos, franceses, belgas...? ¿No habrá un momento en que se sobreponga a todo el sentimiento humanitario y se asegure la suerte de tantas pobres gentes pacíficas que sufren las crueldades de la guerra? ¡Qué incomprensible es todo esto!

CAPITULO XLIX

A bordo del «Ciscar».

La noticia de que hay un vapor mercante español atracado al muelle de Hamburgo, es un rayo de esperanza para los que logramos enterarnos.

No poco trabajo nos cuesta llegar hasta él, a pesar de ir provistas de pasaporte y de pase del Consulado. Cuatro veces detienen nuestro automóvil los soldados, ya otras tantas registran nuestros sacos de mano y nuestros bolsillos. El dinero francés lo llevamos escondido, como una cosa comprometedora.

Cuando logramos, al fin, llegar al muelle y divisamos la bandera de España, corremos hacia ella, y jamás podré describir la emoción que nos embarga al pisar la cubierta del *Ciscar*. Su tripulación nos acoge cariñosamente, y el modesto vapor mer-

cante, de la matrícula de Barcelona, que no llega a dos mil toneladas y no tiene comodidad para pasajeros, me parece el más hermoso de los transatlánticos.

Somos treinta y nueve los refugiados, la mayoría gentes distinguidas que se acogen allí, sin dinero, sin equipaje y sin ropas. Entre ellos figuran los condes de San Juan de Violada y el explorador español Sr. Gisbert, que descubrió la isla de Medinaceli, acompañado de una jovencita hija suya. Este señor y los condes tenían fletado el vapor *Fönix*, que los espera en Tronso para ir a cazar osos a la tierra de Francisco José; pero sorprendidos por los acontecimientos, han tenido que refugiarse en el barco, así como varios comerciantes y un médico, deseosos de volver a España.

No hay camas ni sillas, pero se compran butacas de lona y colchonetas; el capitán y el primer oficial nos ceden sus camarotes a la condesa y a nosotras, y las demás señoras hacen su cama en el comedor del buque, mientras los hombres se posesionan de la bodega.

Pronto fraternizamos todos y se forman dos grandes grupos. En el que yo estoy tenemos predilección por la proa, y siempre estamos sobre cubierta y en el puente del capitán; los otros se reúnen en la popa.

Durante tres interminables días permanecemos anclados en el puerto, sin lograr permiso de salir. Algunos españoles nos envían libros y regalos, en nuestra calidad casi de náufragos.

Aunque el Gobierno trata de regular los precios de las mercancías y la guerra no está más que en sus comienzos, ya no se venden en Hamburgo sal, harina, arroz y judías; empieza a escasear la carne, y nos dicen que en muchos restaurantes no hay comida. ¿Hasta dónde llegaría este pueblo, aguijoneado por el hambre? Yo no he visto un carácter más duro y más seco. Uno de los oficiales del barco tiene una novia alemana, una de esas novias de ocasión que tienen los marinos en cada puerto que llegan. Parece una buena muchacha; y como ahora él no puede desembarcar, viene a visitarlo a bordo. Una noche llovía cuando se retiró, y al cabo de más de una hora tuvo que volver a llamar desde el puerto; había olvidado el portamonedas, y a pesar de los muchos amigos que encontró, ninguno le había dado los veinte céntimos para volver a la ciudad en tranvía, pues la larga distancia no permite ir a pie. Esto se llama un pueblo práctico, con condiciones para enriquecerse.

El puerto está muerto, sin su bullicio habitual; no se mueve nada, no trabaja

nadie; todo está sumido en un sopor y una pereza grandes.

Cerca de nosotros hay un vaporcito inglés, el *Campeador*, de la misma Compañía que el *Ciscar*, pero de matrícula inglesa, y vemos con pena cómo le hacen arriar su bandera, se incautan de su cargamento y arrojan de él a su tripulación. Apena ver quitar su bandera a un barco; es como si a un sér vivo se le mutilase. Hay una tristeza en esos pobres buques abandonados, que impresiona. Ansiamos escapar pronto de aquí; pero el permiso de las autoridades no llega y las noticias no son tranquilizadoras. Un barco que ha salido del puerto ha tropezado con una mina y ha volado en mil pedazos, a pesar de llevar práctico. Algunos de nuestros compañeros desembarcan asustados, pero la mayoría nos quedamos. De todos los peligros, el más temible es el de que no nos dejen marchar y estar por tiempo indefinido aislados de todo, sin poder dar nuestras noticias.

Por fin, al cabo de tres días se recibe la orden de marchar, a las once y media de la mañana. Es preciso pasar Cuxhaven, a la desembocadura del Elba, antes de las seis de la tarde, hora en que volverá a cerrarse la salida, que se abre para que pase el *Imperator*, que viene a refugiarse en el puerto.

El *Ciscar* está pronto a partir; todos los días ha tenido *las aguas calientes* esperando la deseada orden, y, sin embargo, ésta nos sorprende. El mayordomo está en tierra, y de no llegar a tiempo será preciso abandonarlo. La sirena pita en una llamada afectuosa, y pasamos verdadera angustia hasta verlo aparecer, casi en el momento preciso. La policía se opone a que se reciban a bordo varios españoles que acuden a última hora. Uno se esconde en la máquina; pero la policía tiene certeza de que ha entrado, y esto retrasa la salida; alguien, más egoísta que piadoso, lo delata, y lo sacan a viva fuerza. Al fin pita la máquina y el barco emprende la marcha.

Contemplamos el aspecto desolado de este puerto, antes tan alegre y activo; la selva de mástiles y cordaje de los barcos, que no pueden salir y que parece que se van a pudrir en el agua. El *Imperator* y un *Cap* pasan, desiertos y abandonados, a remolque, como dos pontones viejos.

Los alemanes han destruído ellos mismos los edificios y los faros de Cuxhaven, para que no puedan servir de guía, y han quitado todas las *chatas*.

Un práctico militar viene a bordo, y durante cinco mortales horas el *Ciscar* corre a toda máquina por el Elba. Al llegar al final llega un barco alemán, y después

de pasarnos revista manda encerrarnos en la cámara y en la bodega.

Algunos nos encerramos en los camarotes, y al través de las cortinillas vemos la escuadra alemana: torpederos, cruceros y submarinos. Estos últimos parecen, a primera vista, una larga fila de palos clavados en el fondo que sobresalen del agua; fijándose, se ven los grandes cuerpos de ballenas sobre los que suelen aparecer algunos hombres.

Dura más de una hora el paso de las minas. Deben efectuar una operación difícil. Echan el ancla y hacen virar el barco sobre la cadena, dando vueltas y revueltas que tan pronto ponen la proa al Norte como al Sur. Delante de nosotros va un barco holandés, y el no oir su estallido nos consuela algún tanto. En estos solemnes momentos de tanto peligro, el cocinero de a bordo, un gallista que se pasa el tiempo hablando de los méritos del *Gallo* y de sus célebres *espantás*, aparece vestido de mujer, cantando la eterna canción que está todo el día sobre sus labios:

«En París, todas las muchachas
son muy alegres y muy vivarachas.»

Lo acogemos con una carcajada general; no hay nadie que demuestre temor, aunque todos saben el peligro que corren.

Cuando nos dan orden de volver a su-

bir a cubierta, el oficial alemán y dos soldados, revólver en mano, nos cuentan de nuevo como a cabezas de ganado y al fin abandonan el *Ciscar* dándonos orden de seguir.

¡El mar libre! Es acogido con un grito de entusiasmo, aunque está sembrado de peligros y aunque el ánimo se sobrecoge al pensar en lo imprevisto de esas minas flotantes, contra las que no se puede luchar, y de hallarnos en el lugar de la posible batalla que se cree que habrá en estas aguas; como el cielo está sereno, el mar hecho un espejo y la Naturaleza tan apacible, nos inspira confianza y nos retiramos a descansar.

A las doce de la noche me despierta la voz potente del oficial de guardia, con un grito: «A babor», y casi instantáneamente suena un cañonazo y siento un golpe seco que hace crujir las tablas. Creo que el barco va a hundirse, y en vez de la rebelión que incita a la lucha, me siento invadida de una conformidad fatalista. Miro a mi hija sin querer despertarla, como si pudiese pasar dormida de una vida a otra. La idea de que no hay tierra para correr me quita el aliento de intentar salvarnos. Pero esto dura sólo un momento; llamo a mi hija, nos vestimos rápidamente y subimos a cubierta, que está iluminada con claridad solar por la luz

de los reflectores de un crucero próximo.

Es un buque alemán que nos ha dado orden de detenernos, y aunque se le ha obedecido, nuestro barco siguió avanzando por la velocidad de su carrera, lo que hizo al crucero dispararnos un cañonazo. Gracias a la presteza de la maniobra, ordenada por el oficial de guardia, de echar atrás toda la máquina, el *Ciscar* dió un brinco como caballo que se encabrita y quedó parado en seco, evitando el ser alcanzado.

Veo aproximarse al crucero alemán, y con el acento estridente de esas bocinas que refuerzan su voz, grita de un modo hosco y desagradable:

«Ihre papiere!» (los papeles). Es preciso enviarle la documentación envuelta en una goma, mediante un cable, y al cabo de media hora nos la devuelven, gritando con su bocina:

«Das Schiff kann weiter-fahren». (Este barco puede seguir).

Al cabo de dos horas otro crucero nos detiene, y se repite la misma escena de inspección. Está todo el mar lleno de barcos de guerra, y vemos algunos zeppelines cerniéndose en el aire. Esperamos con ansia la mañana, temiendo ser víctimas de alguna equivocación. La luz del amanecer es como un conjuro, y ya no volvemos a ver más barcos alemanes ni a escuchar sus gritos groseros y antipáticos.

CAPITULO L

El mar del Norte.

El mar del Norte está silencioso, desierto; es el nuestro quizás el único vapor mercante que lo surca; todo el día navega el *Ciscar* sin encontrar a nadie, cosa que en verdad no nos pesa; hasta que nos acercamos a la altura de Holanda, cuyas costas se divisan a lo lejos, y me hacen recordar sus plácidos panoramas y sus encantadoras islillas.

Desde que entramos en aguas de Inglaterra, los encuentros con barcos de guerra son muy frecuentes, pero éstos no nos causan miedo. La mayoría de ellos no nos detienen. Si es de noche, nos examinan con sus reflectores; si es de día, los vemos aparecer como un punto en el horizonte; parece que vuelan sobre las aguas, según cortan el agua con su proa puntiaguda y afi-

lada, que la divide en dos bandas de espuma blanca. Dan la impresión de que nos partirán en llegando a nosotros; pero bien pronto maniobran y dan la vuelta, con un círculo vertiginoso, a nuestro alrededor.

La exquisita galantería de los ingleses forma contraste con la manera de tratarnos que han tenido los alemanes. Cuando ven a las mujeres que nos agrupamos sobre el puente del capitán, sus bocinas y sus banderitas de colores nos transmiten frases agradables: «Animo». «Buen viaje». Un vapor nos encarga de dar noticias suyas, y se las transmitimos al aviso *Lady Brasse*, que hallamos a la entrada del canal, antes de llegar a Dower.

En esta parte del viaje tenemos un nuevo peligro. Avanza del Sur una niebla densa, espesa, como una montaña de nieve blanca, llega hasta nosotros y bien pronto nos rodea una niebla tan densa, que parece que estamos envueltos en cielo. La máquina pita sin cesar, y a lo lejos se oyen los cañonazos de aviso de la costa y las bocinas de los otros barcos. Estamos como ciegos, perdidos, sin orientación durante más de tres horas; la niebla blanca no se deshace; es una nube baja que sigue su viaje, y la vemos caminar hacia el Norte, compacta y unida, dejándonos otra vez a la luz, detrás de ella.

No es descriptible la alegría que expe-

rimentamos al detenernos ante la isla de Wight, donde hay que esperar órdenes de los armadores del *Ciscar*. Hemos salido del mar del Norte, del Estrecho; estamos lejos del peligro alemán, frente a España.

El mar está blanco y brillante como un lago; el cielo no tiene una sola nube; las gaviotas revuelan en torno nuestro, y una paloma mensajera viene a pararse, cansada, en las jarcias del buque.

La vida de a bordo es curiosa; en estos días se puede decir que se ha formado toda una organización social en nuestro pequeño mundo. El grupo de proa es levantisco, descontentadizo; protesta de todo y se queja de todo, como si fuesen en un trasatlántico. Nuestro grupo ha tomado la vida de un modo filósofo; siempre sobre el puente, siguiendo con emoción la belleza trágica y grandiosa de este viaje, único; nos entretenemos, infantilmente, jugando al «Kaiser», nombre con que ha bautizado la condesa el clásico juego de la «Mona». El explorador, que a fuerza de ir al Polo a cazar osos tiene algo de oso él, ronca como un bendito todo el día, o arropa y cuida a la hija, una muchachota alemana de ojos claros, que mira sin expresión y no habla jamás.

Un gallo inglés, de carne colorada, zanquilargo y desplumado que lleva el coci-

nero, está mimado por todos como un niño pequeño.

Frente a la isla de Wight ha tenido un acceso de «splin», y se ha arrojado al agua; por fortuna se ha logrado salvarlo en una nasa; le han dado una copa de coñac y lo han puesto al calor, de modo que el animal ha revivido aunque sintiendo los efectos de su borrachera, que le hacía tener movimientos y rasgos de hombre mareado.

El telegrama de los armadores da al traste con esta placidez de nuestros ánimos.

«Vaya a Newcastle—dicen las banderitas al capitán—, y no entre de noche en el puerto».

Volver a Newcastle es volver a cruzar ese terrible mar que hemos pasado, sembrado de minas, lleno de barcos de guerra, donde se tiene el temor de un combate. ¡Y nos habíamos creído ya en España! Un armador, por no renunciar a su ganancia, no duda en comprometer la vida de un centenar de personas.

Hay que obedecer. Otra vez vuelve a empezar la peligrosa ruta. Un amable crucero inglés nos provee de un pase y nos traza el itinerario que nos ha de librar de las minas. Es un itinerario tan costoso, que hemos de pasar constantemente entre bancos y escollos; el capitán vela sin cesar sobre el puente. Es un viaje lleno de emo-

ción; cada vez que se ve un barco todos queremos ayudar para entender con prontitud las señales. Los Zeiss de 16 centímetros exploran sin cesar el horizonte. En medio del peligro sentimos la alegría de contemplar los magníficos espectáculos que nos ofrece la escuadra inglesa, viendo maniobrar sus cruceros, sus cañoneros y sus submarinos. Los dirigibles parecen peces voladores, de plata, cerniéndose en el aire; cruzan sin cesar los aeroplanos. En algunos momentos la belleza de todo esto es tan grande, que se olvida el peligro y nos arranca gritos de entusiasmo. Seguramente somos nosotros los únicos que gozamos el sport de estar dando paseítos en el mar del Norte.

Toda la escuadra inglesa nos conoce ya, nos protege, se ríe de nuestra aventura y nos trata cordialmente. Como la amable condesa de San Juan de Violada es inglesa de nacimiento, sus compatriotas le dan periódicos que nos traen un eco de vida, después de tantos días de aislamiento.

Cerca ya de Newcastle, la pericia del capitán nos libra de que el *Ciscar* tope con una mina mientras almorzábamos tranquilamente. Un barco de guerra nos da la orden alarmante: «Pare en seguida»; y después, colocándose delante, añade: «Seguidme». Sigue el *Ciscar* la estela que deja en

las aguas, y al fin nos vemos dentro del Tyne. ¡Estamos a salvo!

Sin embargo, no han cesado aún nuestras penalidades. Durante dos días no podemos desembarcar. Los ingleses hallan raro que, viniendo de Hamburgo, hayamos ido al canal para volver aquí, y se toman tiempo para enterarse.

Llegada la hora de desembarcar, nadie está tan contento como nos hacía creer nuestro deseo. Todos hemos tomado cariño a estas tablas acogedoras, que han sido durante tantos días nuestro refugio en el peligro. Nos entristece la idea de la separación de los amigos con quienes nos ha unido una amistad fraterna, sentimos una inquietud de lo desconocido que nos espera, y nos apena el riesgo que han de correr los que aún permanecen en el *Ciscar* para volver a España.

Nuestros marinos mercantes no son bien conocidos; se ha hecho de ellos un tipo de rudeza, del cual están lejos. Es preciso conocerlos y estudiarlos en la realidad, apartándose del convencionalismo novelesco, para apreciar todo el dolor de estas vidas llenas de abnegación y de renunciaciones. Son caracteres interesantes, vidas que forman un mundo aparte y en el cual hallo tipos como este viejo timonel del *Ciscar*, que ha sido actor y periodista; este viejecito marinero, Salvador, que dió su amor

al mar, que es un amante pérfido que acapara y consume tantas existencias, inspirándolas una extraordinaria ternura y una extraña fidelidad. El mar los inutiliza para toda otra vida; los hace suyos; si los viésemos fuera de este medio los encontraríamos inferiores.

Nos apartamos con pena de la orilla; el mar es ahora más piadoso que los hombres; ofrece menos peligros, mayor paz.

Todos los ojos se vuelven hacia el *Ciscar*, y envío mentalmente un saludo y un beso a su viejo casco ennegrecido.

PARTE SEXTA

INGLATERRA

CAPITULO LI

Superioridad inglesa.

Newcastle es poco agradable. A nuestra llegada y en los días que permanecemos a bordo, hemos tenido ocasión de ver el grandioso movimiento de los astilleros en que se construyen buques gigantescos, y que no tiene nada que envidiar a Kiel. Durante más de cinco horas hemos navegado Tyne arriba, entre buques, chimeneas de fábricas, astilleros, arsenales. Buques gigantes, más grandes aún en apariencia, con la mole de su casco sin palos ni cordaje,

aparecían sobre los andamiajes de madera desde los que se habían de deslizar al agua, con ese resbalar indeciso que tiene algo de los primeros pasos de los niños, a los que se ampara con los brazos a distancia para que no se caigan.

El movimiento de los docks es enorme. Miles de toneladas de carga caen en los barcos carboneros con las máquinas, a propósito para el embarque, y las grúas trabajan con sus brazos titánicos que prenden o entregan las mercancías.

He realizado aquí la más romántica de las interviús. Un periodista inglés ha llegado en su lancha hasta la borda del barco, y ha rogado que me avisaran. Al saber nuestra llegada y mi condición de escritora, ha querido detalles de nuestro viaje. Ha sido una entrevista graciosísima. Él, desde su lancha, tomando notas a la luz de un farolillo, entre las sombras que no me dejaban distinguir su silueta; nosotras apoyadas en la borda del buque, que por estar en lastre se elevaba sobre las olas como un gran transatlántico; así hemos hablado, y nos hemos cambiado las tarjetas mediante una cajita de cartón amarrada al extremo de un bramante. Los periodistas hemos burlado, una vez más, la vigilancia para conseguir la información.

Newcastle es poco acogedor. Hemos hecho un pequeño viaje en tren desde el mue-

lle a la ciudad, y hemos llegado a ella de noche.

Me ha dado una impresión triste, pesante. Es monumental y silenciosa. Tiene grandes edificios de piedra y está como ennegrecida por el humo de sus fábricas y el polvo de la hulla. En la puerta del hotel dan guardia soldados ingleses, con la bayoneta calada. Hay un fenómeno por el cual estas bayonetas, destinadas a garantir el orden, nos inquietan como si fuesen una amenaza. Nos sentimos mal. A pesar de la amabilidad de los representantes de España, no nos queremos detener; tenemos prisa de llegar a Londres. Londres es ya algo como la propia patria, se aparece familiar en el recuerdo, por haber estado ya allí otras veces. Tenemos amigos, hoteles conocidos, medios de defensa hasta poder volver a España.

Nuestro gran apuro estriba en el dinero. En Alemania constituía casi un delito tener francos; aquí, los marcos no sirven para nada. Se ve el valor convencional del dinero, cómo estos papeles y estas monedas no tienen, en realidad, valor ninguno, y cómo han vuelto a la insignificante condición de su materia.

Apena estar tan cerca de Escocia y no penetrar en ese país de ensueños y de nieblas; no ver esas montañas poetizadas por Walter Scott, no llegar hasta la ro-

mántica Edimburgo y sorprender en el secreto de sus viejos palacios alguna escena grabada, invisible para los profanos, en sus piedras, como en la luna del mágico espejo de Edgard Poe.

Cuando el tren corre hacia Londres, nuestro espíritu se tranquiliza. La vida recobra su aspecto ordinario. No se ven trenes militares, no nos miran con aire receloso. Las estaciones de las grandes ciudades que cruzamos no presentan esa agitación atosigante de la movilización; no hay soldados; parece que no se preocupan de la guerra. Sin saber cómo, se va infiltrando en nosotros el concepto de la superioridad inglesa. Vemos la Inglaterra firme, inconmovible como una montaña de roca que deja al descubierto la cumbre en medio de las aguas. Se siente la confianza, la serenidad, lo perdurable y recio de su poder. Recordamos la «Soga» de los Reyes, y vemos esta raza firme y tranquila como la heredera de los viejos Vikings; esforzada, algo nómada, y atenta siempre a velar por su poderío y su justicia de un modo digno, serio, fundamental, después de haber pasado los períodos borrascosos.

CAPITULO LII

La ciudad grandiosa.

Ya en Londres, nos sentimos seguras y tranquilas. De todas las capitales de Europa es Londres la que causa mayor impresión de grandiosidad, de señorío, de magnificencia. Indudablemente es en esto la primera del mundo; pues Nueva York no tiene en su nueva creación, esta aristocracia de historia, de depuración, de arte que tiene Londres.

Se siente más su ambiente por su unidad. Tiene Londres un alma, un carácter bien definido que se hace sentir en conjunto. No es un conjunto de barrios yuxtapuestos, de diferente carácter, unidos sólo por la razón administrativa; forma un solo cuerpo; sus miembros, bien clasificados, unidos entre sí para formar el todo.

El espíritu de Londres es reposado, en-

volvente; nos acoge bien, nos encontramos a gusto, a pesar de la diferencia de historia, de carácter y de raza, más a gusto que en las ciudades advenedizas que hablan en otro hemisferio y de ideales nuestro mismo idioma y que carecen de historia y de ideales.

La antigüedad de Inglaterra parece adquirir en Londres mayor lejanía merced al aspecto de antigüedad de sus edificios, con piedras en las que el humo de la hulla colaboró con el tiempo para dar esa pátina obscura, que es como un pergamino de nobleza para las ciudades. La impresión es grande, noble, reposada; impresión ante todo de silueta. Las calles de Londres, sus monumentos, sus plazas, sus casas y sus chimeneas, tienen algo de original que no está en la masa, sino en la línea.

El ambiente es plácido, melancólico. Los viajeros y los escritores exageran mucho el lugar común de las «densas nieblas de Londres»; generalmente lo envuelve una neblina, que está lejos de ser esa bruma espesa y envolvente de que se habla.

Se diría que esta neblina es una coquetería de la ciudad, que merced a ella tiene ese tono de luz ceniza requemada, que necesita para recortarse con todo su esplendor. Viéndola desde la orilla del Támesis, desde ese punto central que forma el puente de Londres; contemplando a la izquier-

da el puente y las torres de Westminster y a la derecha el Puente y la Torre de Londres, se tiene toda la visión completa de Londres; su pasado y su presente; esa mole sombría de la fortaleza terrible de la Torre y esa risueña obra gótica de sus palacios y sus catedrales, y enfrente toda la gran ciudad con sus parques, sus jardines, sus plazas; toda esa vida plena y múltiple de la aristocracia y del comercio. Detrás, el mundo de los trabajadores, el tráfico de los suburbios, entre los que se abren plazas y jardines como atrayentes claros de luna; a los pies, el río; el río turbio, de color frío, como todos esos grandes ríos que al ganarse para la industria se han perdido para la poesía y que parecen dar la vida a la ciudad con detrimento de su propia vida.

Bajo este río cruzan varios túneles, más grandiosos que el que me sorprendió en Hamburgo. Aquel puerto del Elba no es comparable con éste, que en su extensión de 113 kilómetros ofrece una continuación de almacenes y de docks que forman ciudades enteras. Está aquí en el río, en estos barrios del Surrey, los barrios pobres, los de tráfico, los que en algunos trozos aparecen nauseabundos y enlodados, la imagen más real del poderío y de la riqueza de Inglaterra.

Es la ciudad interminable; en cualquier

dirección que se quiera recorrer no se acaba nunca; unas calles se enlazan con otras calles; pasan cementerios, iglesias, barrios que celebran fiestas, y luego otro barrio más, y otro, y otro. Es un vértigo de aglomeración, de extensión.

Y lo que más admira es que el ruido y el bullicio no son proporcionales al movimiento de la población y al perímetro que ocupa. Está todo tan bien organizado, que se hace claro y agradable.

Un paseo por Londres nos llevará de Witechapel a Witehall. Iremos del barrio pintoresco al barrio aristocrático, después de atravesar los del comercio y la aristocracia.

Witechapel es el barrio más pintoresco; barrio pobre, con esa pobreza de Londres que no deja ver la miseria. Parece un barrio tranquilo, comercial, y es un barrio peligroso. Se ha agrupado aquí toda la gente extranjera. Hay calles enteras habitadas por judíos, alemanes y rusos en su mayoría. Todos son comerciantes; cuelgan sus baratijas en las puertas de las casas o las sacan a una especie de feria al aire libre. Se ven esos tipos bíblicos de patriarcas de barba larga, nariz aguileña y ojos contemplativos, esos ancianos de perfil purísimo, esas Rebecas de ojos negros y esos mozos fornidos y algo angelotes. Todos tienen una tendencia a hacer la vida a la vista, en

medio de la calle, y en todos hay un gesto de amable timidez, hijo de los pueblos perseguidos.

De aquí pasamos a la City, punto obligado de los negociantes, que parece que queda deshabitada por las tardes. Por la mañana ofrece un aspecto animadísimo; toda la gente que transita nos parece banqueros o agentes de Bolsa. Es el sitio de los golpes de audacia, de las grandes fortunas. Ahí están la Banca y la Bolsa de las que depende medio mundo, y frente a ellas la histórica Mansión House, morada del alcalde de Londres. Parece que el alcalde de Londres es algo como un virrey, porque el tener autoridad en esa ciudad de Lords, de los cuales cada uno es más que un ministro, inviste de una autoridad fantástica.

Todos los billetes que entran en el día en las cajas de la Banca de Inglaterra, por nuevos que sean, no vuelven a salir más. Se guardan durante cinco años para caso de reclamación, y se queman después. Cuando nos enseñan el edificio, para darnos idea de la inmensa riqueza que todos los días se arroja al horno, nos dicen que construyendo con los billetes una larga serpentina llegaría a 1.750 millones de leguas. Esa riqueza insolente disgusta, y se concibe la tentación de esos hombres hábiles que han realizado robos novelescos e inve-

rosímiles en esta catedral del oro. Por eso están tan cerca de ella las oficinas de New Scotland Yard.

Aquí mismo están también las oficinas del «Lloyds», esa Sociedad naviera la más rica del mundo, la que parece señora de los mares, amenazada ahora en su poderío, y que fué en sus comienzos una simple reunión de café. Un café de estos viejos, tradicionales, de estos cafés de las grandes ciudades, como nuestro *Antiguo café y botillería de Pombo*, que parecen tener que cumplir una misión.

Al salir de aquí, por el viaducto de Holborn, para ir al Strand, vemos abrirse calles magníficas. Allí lejos está la magnífica Catedral de San Pablo, hacia allá, la novelesca Newgate; vemos esa confusión de edificios magníficos y casas pobres que se mezclan en la misma calle, y que dan a todas las calles la misma fisonomía. La construcción de madera y cristales de la casa en que estuvo un Inns of Court, nos hace detener el paso. Estos edificios eran en otro tiempo escuelas de Derecho que pertenecían a los abogados, y que ahora están convertidos en hoteles. No quedan más que cuatro de estos edificios en Londres, y ponen una nota romántica y pintoresca con su antigüedad y su originalidad en lo vulgar de la calle.

Al entrar en el Mercado de Convent Gar-

den, el enorme vientre de la más ventruda ciudad del Globo, nos sorprende ver la cantidad de vituallas que se han reunido allí.

Parece imposible que puedan reunirse tantas toneladas de frutas, de carnes, de aves... Entonces se explica el milagro de que pueda vivir tanta gente en una ciudad. La necesidad ha ido creando el depósito. Recuerdo los vapores que salen de nuestros puertos y de todos los puertos del mundo para Inglaterra. Todo es aquí grande, inmenso. Parece que es la nación tan grande, tan inmensa (hay que repetir las palabras), tan inconmovible, que ha de seguir existiendo hasta después de que todos los pueblos de la tierra hayan tenido su Juicio Final.

Luego, los barrios intermedios, ese centro brillante, luminoso de Oxford Street y Piccadilly, con sus grandes comercios, la constante animación de las gentes que van y vienen por las aceras, y el continuo barullo de ómnibus, de tranvías y de automóviles.

El punto de reunión de la gente *chic* es el Hyde Parck, por las tardes, para dar la vuelta al lago de la Serpentina. Es un desfile grandioso, digno de Londres. El lujo se extiende por Pall Mall, el brillante Piccadilly y el Parque de San James, construído por Le Notre, donde están el Palacio Real y los palacios de la nobleza. Todo

un barrio aristocrático que se prolonga y se extiende hacia Kensington.

En esta dirección encontramos Chelsea; es el barrio de las muchachas ligeras, bonitas, modestas, y de los estudiantes. Es a Londres lo que el barrio Latino es a París. Se hace tan agradable con sus casas rodeadas de verjas, sus jardines, sus árboles, que se comprende la predilección de los grandes hombres a tener aquí su morada. Generalmente lo llamamos el barrio de Carlyle, porque el sabio escritor que moró aquí ha perpetuado su memoria dejando su casa a la posteridad, tal como estaba en su vida. Se cree que él sigue aún habitándola.

Y, por último, la visión más grandiosa de Londres, se halla tomando como punto de partida el grandioso Trafalgar Square, donde está esa monumental estatua de Nelson, que ha costado 45.000 libras, para ir hasta Witehall.

Este barrio es el barrio histórico por excelencia. Aquí estuvo el histórico palacio; en que vivieron Ana Bolena e Isabel y María Tudor; de aquí fué llevado al cadalso Carlos I, y sirvió luego de morada a Oliverio Cromwell. Está aquí, también esa vieja Scotland Yard que nos han hecho famosas las novelas de los misterios de Londres. Todo lo que nos ha emocionado en la Historia o en la leyenda revive aquí. Todos esos personajes con substantividad en

nuestra imaginación se revisten de carne.

Se detiene siempre el paso al desembocar en la amplia plaza donde está la estatua ecuestre de Ricardo, Corazón de León. Esos maravillosos edificios góticos son el escudo de la ciudad, el verdadero corazón de Londres. Ahí está la alta torre de ese soberbio palacio del Parlamento, donde está la campana Big-Ben (el gran Benjamín) cuyos sonidos parecen tenderse como un manto protector sobre la ciudad. Su badajo, que hiere los 260 quintales de su bronce, lanza esa voz potente que en el tiempo sereno y seco suena en toda la ciudad.

Es más bella la perspectiva de los edificios que luego su investigación. Abruma tanta suntuosidad. No se recorre en un solo día las 1.100 estancias del palacio gótico, superior al Vaticano, ni se encuentran fuerzas para volver a subir sus cien escaleras.

La célebre Abadía de Westminster impone por su mole, aun en medio de toda esta grandeza que se ha hecho familiar. Verdadero templo de la gloria, en estilo ojival, terciario mezclado al principio gótico inglés, está tan recargada de riqueza en su ornamentación que llega a tener un valor decementerio suntuoso. Es un derroche de mármoles, de piedras preciosas y de ricos metales. Un pueblo de muertos que aspira a la inmortalidad. Todos los monarcas, todos los soberanos, todos los grandes hom-

bres están allí. Puede parodiarse a Zorrilla, pensando que si una gran mayoría de estos personajes perecieron a manos del verdugo o de muerte violenta, a lo menos se les ha dado espléndida sepultura. Es un consuelo.

Veo los monumentos de Juana Seymour y María Estuardo, única satisfacción que dió su hijo a los manes de la infortunada. Se mezclan cadáveres como objetos de museo: San Eduardo y Eduardo VIII, Ricardo II y Enrique V. Con razón se dice que la muerte lo iguala todo.

Y, sin embargo, no ha podido igualar la emoción que producen las tumbas. Hay un departamento en la Abadía, que es el *Rincón de los poetas*. Una legión de artistas ilustres: Thackenray, Ruskin, Thomson, Macpherson, Chaucer, Gray, Shakespeare... Son innumerables. ¿Para qué necesitaban ellos estos mausoleos, estos medallones, estos monumentos? Su solo nombre emociona más que todos ellos. Son estos grandes muertos los que vienen a dar prestigio a la Abadía, los que la adornan, los que revisten sus piedras de valor y aristocracia, los que la libran de ser un vulgar pudridero.

Entre todos ellos, como una alegre muchacha audaz que burlase las severas leyes de la aristocracia británica, un medallón indica la sepultura de la cantante Gen-

ny Lind-Glodschmit, compañera de los artistas, y que parece poner una nota femenina de galantería y de afecto en esas sombrías reuniones que concebimos de noche en la soledad de la Abadía, en la que los soberanos miraran curiosos hacia este rincón, donde lejos de ellos se refugian los artistas.

Después, el claustro ofrece un poco de descanso a los ojos fatigados de tanta talla y tanto cincelado. Me sorprende ver entre las losas polvorientas una losa negra, lustrosa, recién movida. La inscripción, que no descifro, es moderna. Hay sobre la losa un ramo con tres grandes azucenas blancas. Jamás me ha impresionado tanto una flor. La ofrenda sencilla de esas flores tiene más valor de afecto que esos mármoles recargados y soberbios. Esta muerte reciente viene como a traer algo de vida a la célebre y solemne Abadía. Son las únicas flores que hay en todo el monumento, y representan el único muerto a quien se llora todavía.

CAPITULO LIII

Observaciones.

He encontrado en la paz de Londres mi rincón de mayor paz.

Este barrio de Bloomsburg donde están el Colegio de la Universidad, el de la Facultad de Medicina y el Museo Británico, parece el barrio elegido por la gente estudiosa, reposada. En este barrio nació John Ruskin y habitó largos años Carlos Dickens. Parece que es el museo el que forma a su alrededor este pueblo pacífico, contemplativo, a pesar de estar cerca de St. Gilles, uno de los barrios más mal afamados de Londres. Hay muchas plazas, calles amplias, todas de casitas bajas de uno o dos pisos, con verja de hierro delante, que tienen algo de pueblerino y de distinguido a un tiempo mismo. Se desea morar, en ellas, disfrutar de su silencio, de su

limpieza, de su paz. Siempre con las puertas de la calle cerradas, las ventanas con cortinas blancas; todo tan apacible, tan dulce.

Torrigton Square es inefable; la plaza estrecha y larga, de altos árboles y de césped verde, toda rodeada de estas casitas bajas, cerrada a un lado por una romántica iglesia silenciosa, y al otro la gran explanada a cuyo fondo se ve la espalda del Museo Británico. Las aceras siempre limpias y desiertas; la calle que rodea la verja de la plaza está asfaltada y brillante como un salón encerado, y rara vez rueda por ella un automóvil. No se escucha ruido ninguno de tranvías ni de ómnibus, ni de vendedores.

Esta noche hacía luna, y como la plaza cerrada de Torrigton es como un parque propiedad de los vecinos, a los que se nos da la llave de la verja, hemos bajado a pasear en la plaza y jugar en el césped Nos reuníamos cinco españolas, y lo inefable del lugar, el silencio, al apartamiento, nos han hecho sentirnos infantiles y hemos jugado como niños, en pleno corazón de Londres, a los juegos de aldea españoles.

«Raticola,
que viene la zorra»; y
«—Yo estoy en tu luna
comiendo aceitunas.
—Yo estoy en tu sol
comiendo arrebol».

Hemos gritado como españoles, rompiendo este silencio de la noche de Londres, que duerme y reposa en apariencia desde antes de las diez, como si fuesen las altas horas de la madrugada. Me daba cierto remordimiento turbar esta paz, pues no sólo me parecía turbar el sueño de la ciudad, sino el sueño de las salas del Museo y la paz de su inmensa biblioteca. Pero los españoles somos chillones. En Bruselas, cuando nos reuníamos todos los pensionados en la «Rue du Nórte», las gentes se asomaban alarmadas de nuestras voces, y se retiraban diciendo: «Son los españoles».

Aquí se han abierto algunas ventanas muy discretamente, tan discretamente, que nos han impuesto la cordura para unirnos al concierto silencioso y contemplar la luna.

***

De día, Londres no es bullicioso, pero no es triste. Se habla en voz alta, los chicos juegan, se oyen cantos y músicas, especialmente los domingos por las mañanas. Es que hay un gran respeto para no molestar a los demás, que no se grita, que no se estorba, y que así cada uno tiene su independencia. El secreto es que se sabe andar; que las gentes no se distraen y no se empujan y atropellan.

En esta casita de Torrigton Square la pensión es idealmente económica y confortable; no se vive así en España por una suma cuadruplicada. Tenemos dos habitaciones grandes, lujosas, con piano y muebles cómodos, baño y un exceso de luces. Un departamento agradable en el que vivimos como en nuestra propia casa. Nos sirven la comida tres doncellitas vestidas de negro, y con gorras, delantales y puños blancos; muy rubias, muy sonrosadas, muy discretas. Un tipo distinto de nuestras criadas, que necesitan emporcarse ellas para limpiar lo demás. Estas lo hacen todo con tal pulcritud, con tal sabiduría, que ni levantan polvo, ni se manchan, ni se estropean los planchaditos encajes de los puños.

***

La comida es abundante, tal vez demasiado fuerte, y muy simple. Por la mañana, en un desayuno de huevos, jamón, pescado y carne, figura como primer plato el Poriche, una harina de avena tostada, como la polenta, con azúcar de palma y leche, que es el plato nacional escocés.

Las dos comidas principales varían poco una de otra. Carnes cocidas, legumbres cocidas, pescados cocidos y frutas. Siempre las acompaña el te, que si no se sale

nos sirven también a las cinco, con su acompañamiento de manteca y mermeladas.

***

El te es preciso tomarlo todas las tardes. Está todo lleno de casas de te; abundan más que los restaurantes, porque Londres no ha hecho como París un gran restaurante de toda la ciudad; no ha deshecho el *Home*; no vive sólo del extranjero; tiene vida propia. Es una ciudad distinguida, conservadora, rígida y absorbente, y está llena de romanticismos ideales, entre los que domina el culto al hogar. El hogar clásico inglés es una institución respetada; se acoge en él con reserva al huésped, y una vez dentro se le considera de la familia. Pero la familia inglesa no tiene jamás ese abandono, al que nosotros llamamos por eufemismo familiaridad.

***

Una dama inglesa hace siempre su *toilette* para ir a la mesa, como si tuviese convidados, y todo caballero se pone la corbata para comer con su familia. Se reúnen en visita en un salón, conversan, leen, hacen música, y dejan sentir la influencia verdaderamente acogedora y amistosa del hogar.

Cuesta trabajo pensar que Londres es esta ciudad, Roma moderna, en la que se cometen todos esos robos audaces y crímenes terroríficos que nos cuentan; cuando es tan cordial, tan íntima, tan campesina, que inspira completa confianza al viajero y le hace parecer buenas gentes a todos los que le rodean.

***

Lo más concurrido de noche es el Piccadilly y Regents Street, esa calle larga en forma de S que es la calle más bella de Londres, porque es la única que tiene una fisonomía especial que la distingue de las otras, sin esa mezcla de viejo y nuevo que tienen las demás.

Pero no se puede pasar de noche por esas calles, que forman el foco de la galantería. Es el sitio donde pasean las busconas que esperan ser buscadas. Se han dividido las aceras que cruzan las dos calles y se las han distribuído por nacionalidades: una, las italianas; otra, las inglesas; otra las francesas, y la otra las alemanas. Pasean las de cada nación sin mezclarse con las de la otra, mirándose con cierta hostilidad. Ahora, la acera de las alemanas está desierta.

La guerra trae una exaltación de patriotismo que repercute en todo.

Todos los cinematógrafos, en los que se dan interminables cintas, como novelas por entregas, que duran medio mes, acaban con la presentación de los retratos de los jefes de los Estados aliados. Grandes aplausos y ¡hurras! saludan al rey Alberto, al zar, al rey Jorge y al rey de Servia. En todos los cafés y restaurantes resuenan los himnos nacionales; las gentes se ponen de pie, vitorean y aplauden. Hay un entusiasmo indescriptible, y he notado que la que más entusiasma es la *Marsellesa*. Por cierto que hay *Marsellesa* por todos lados, se la oye a todas horas. A mí la que más me impresiona es la que toca todas las noches un pobre ciego en su trombón, en una de estas calles desiertas y solitarias. Ese himno de triunfo de guerra, tan genial, que hace circular más de prisa la sangre, que la agolpa al corazón, que mueve los nervios y la voluntad engendrando a la vez como un deseo de caminar y un ansia de justicia; es como una ironía tocada por el pobre ser, vencido, deshecho. Esa cascada, esa caída soberana y desbordante del himno de la libertad no pueden pedir e implorar. Parecen escaparse, fugarse, embrujarse para salir del tubo metálico y marcharse lejos de aquí. La *Marsellesa* es un canto de combate, un canto de triunfo que llora y gime como una rebeldía en la soledad de esa ca-

lle miserable y obscura. Y no doy mi limosna a ese pobre por compasión hacia él; se la doy para que se vaya; para libertar a la *Marsellesa*.

***

No se ven ahora en las calles a las sufragistas. Estas mujeres que ponían una nota pintoresca, han demostrado su patriotismo haciendo callar la voz de su interés para unirse a la aspiración común de patria que trae la guerra.

Ahora reclutan gente para el Ejército y se ocupan sólo de los soldados y de los hospitales. No se ve aparato ninguno guerrero en Londres; todo está tranquilo, normal. Ni se inquieta a los extranjeros, incluso a los alemanes, como en Hamburgo, ni se nota penuria en nada. En las calles hay más flores, más frutas, uvas, plátanos y naranjas, que en nuestra Andalucía.

***

Hyde Parck varía de aspecto según la hora. Por la mañana acuden los *oradores*, esos oradores y propagandistas de todas las ideas, de los que hay tantos en Londres. Ponen cátedra en cualquier plaza. Las orillas de la Serpentina son el lugar predilecto, y emprenden su peroración. Siempre

tienen público en torno, y hasta a veces se entablan polémicas que sin la intervención de los oyentes acabarían a puñetazos. Muchas veces los oradores son mujeres, y unos y otras ahora no predican más que la guerra. Son profetas modernos predicando su cruzada, su guerra Santa.

A mediodía son *nurses* y *babys* los que pueblan el parque; al caer la tarde lo llenan de esplendor los trenes aristocráticos, y por la noche vienen los burgueses a sentarse y oir la música, con un recogimiento y una tranquilidad admirables.

***

Apena ver en Londres tantos hombres-anuncio, porque parece que van despojados de su dignidad de hombres.

***

No hay que comprar los periódicos para leer las noticias; basta darse un paseo a todo lo largo de la acera de Oxford Circus. Los carteles anunciadores que llevan puestos los vendedores nos completan la lectura de esos interminables periódicos de tantas grandes páginas. Cada hombre es un telegrama. Al pasar vamos mirando. «Buque echado a pique en el mar del Norte.» Y el siguiente: «En el hundimiento

del X han perecido 100 hombres.» Otro. «Continúa la batalla de Z sin ventaja de ninguna parte»; el de más allá: «A las tres de la tarde tomamos al enemigo la posición.» «Esta noche, concierto en tal sitio.» «Mañana, tal cosa en tal otro», y todo eso con sus grandes cartelones, sus letras de a cuarta; un periódico en recortes.

***

Las entradas del *Tub* parecen agujeros negros que se tragan a las gentes; y las salidas, como vomitorium que lanzan por primera vez aquellas personas, un poco desconcertadas de volverse a ver sobre la superficie de la tierra.

Se duda si se podría andar por las calles si no existiese esa ciudad subterránea, cuyo tránsito es más numeroso que el de la verdadera ciudad.

Todos arriba, harían la vida insoportable.

***

Son de un tipo extraordinario estos polizontes; tan altos, que parecen hombres añadidos o con zancos. Están graves, serios, como si estuviesen solos. Siempre que se les pregunta contestan amables, con un gran laconismo, y al par que señalan

la dirección vuelven la espalda, como si no quisieran que los molestáramos más.

***

En todas las aceras están marcadas con flechas las direcciones de las estaciones de Correos y Telégrafos más próximas, y de las Casas de Socorro. Así se explica que pasen tantas gentes mirando al suelo, como si buscaran algo.

CAPITULO LIV

Museo viviente.

Ha sido un recuerdo de días pasados el que me ha traído a ver esta galería de figuras de cera: el recuerdo de mi hija niña. Pensando en el placer que ella experimentaba en el Museo Grevin, de París, he vestido mi alma de ingenuidad para entrar aquí; sólo de ese modo podemos aceptar todo lo ficticio de un Museo como el de Mme. Tussand.

Al entrar aquí adoptamos todos algo de la inmovilidad de estas figuras. Se hacen lentos los movimientos e instintivamente se habla en voz baja. No tienen esas figuras valor de retratos; en su forma tan real, en sus cabellos, en sus vestiduras se ha vinculado algo de su mismo espíritu; están como dormidas o, mejor aún, como sirviéndose de sepultura. Se recuerdan

las soberbias estatuas de piedra que representan a muchos de ellos en San Pablo o en la Abadía de Westminster, y parece que se han escapado de allí para cobijarse en estos cuerpos, más plásticos, más vivientes.

Conocemos a casi todas estas figuras históricas que han vulgarizado las estampas, los grabados y los lienzos, y todas las notabilidades modernas que han hecho familiares los periódicos ilustrados.

Cuando insistimos en contemplarlas nos pesa su inmovilidad; esa inmovilidad que ya hemos perdonado al retrato al que dejamos envejecer eternizando uno de sus momentos, porque la figura se ha hecho plana y ha dejado de ser real. En la figura de cera nos fatiga el gesto estereotipado, el rictus invariable de los labios, la figura siempre igual de la mirada, la actitud que no cambia jamás.

Por un momento se piensa en las ciudades encantadas de los cuentos persas, y la imaginación se abisma en los gestos extraños que animarían a todos estos personajes al encontrarse reunidos en este salón, en donde los contemplamos formando una sinalefa de siglos entre ellos.

Están reunidos Matilde de Flandes, la mujer del Conquistador, tan apacible bordando su tapicería, y Juana de Navarra, la Hechicera; las seis esposas de Enri-

que VIII, que aparece con su aspecto ventrudo y antipático; las hermanas rivales, María e Isabel; todos estos personajes que se odiaron, María Stuardo y John Knox, el que odiaba a las mujeres y tuvo dos esposas. Parece una profanación el tener a todos estos personajes juntos. Están todos en el momento culminante en que los ha inmovilizado la Historia, como un momento único, sin anterioridad de juventud ni posterioridad de vejez.

Hay un fenómeno curioso: las reinas actuales Guillermina de Holanda, Elena de Italia, Victoria de España, están más envejecidas y anticuadas que las soberanas de los pasados siglos; no tienen aún su momento, y los vestidos de la moda actual, esos vestidos de las reinas de hoy, hechos por el figurín común, se anticúan y no se salvan, como los tocados, los vestidos y los mantos de púrpura de las reinas antiguas. Para nosotros siguen vistiendo las reinas con esas largas colas como las que ostenta, en el centro del salón, la reina Mary, tan larga como si todo el reino fuese cola de su traje.

La reina Alejandra se salva, por su traje negro, por el misterio de su collar y por el prestigio de los azabaches negros que la enjoyan.

Se ha estudiado muy bien el modo de dar prestigio a las figuras regias; se abusa

del terciopelo obscuro o de tonos calientes adornado con encajes blancos. Por eso sin duda todas las reinas llevan pañuelos de encaje blanco en la mano, y todas tienen una mano bonita, fina, delicada. ¿Os habéis fijado bien en que siempre es la misma mano? Se ha cuidado el rostro, el cabello, la estatura, el tocado; pero se ha pensado poco en las manos, y eso las asemeja mucho a todas; falta el alma de sus manos.

En el centro del salón hay una bella mujer dormida; Mme. de St'Amaranthes; una máquina mueve los encajes de su pecho. Tiene traje negro, encajes blancos y una mano de cera. Si la leyenda no nos dijese que fué guillotinada a los veintidós años, la creeríamos viva. Inspira una simpatía dulce; su movimiento no es grotesco, como el de un ilustre miembro del Parlamento sentado a sus pies, que vuelve la cabeza con lentitud de un lado a otro. No sabemos distinguir ya bien entre los transeuntes y las figuras de cera; éstas toman carne y vida, mientras que aquéllos se hacen de cera también.

Con razón se ha dicho que la historia de Inglaterra debería estar escrita de manos del verdugo; la mayoría de estos personajes y de estas hermosas mujeres han muerto en el cadalso, en la guillotina o violentamente asesinados. No se ha perdo-

nado ni a los adolescentes. Se ve la escena trágica del asesinato en la Torre, de los hijos de Eduardo IV.

Hay muchas cabezas de guillotinados. Mme. Tussand, sobrina del célebre médico vienés Curtos, que el Príncipe de Conti hizo ir a París, fué la fundadora de este Museo y testigo presencial de la Revolución. Esa cabeza de María Antonieta, modelada por ella, es la auténtica máscara de la reina, y no la que estamos habituados a ver. Esta revela toda la angustia, la agonía, la descomposición; su nariz sangra, sus labios están hinchados; nos resistimos a aceptar esta imagen en vez de la María Antonieta de los cuadros de Versailles, con su gran peluca, sus cejas en arco y sus labios finos. Preferimos lo convencional a lo real.

A pesar de estar aquí mujeres tan bellas y desdichadas como Ana Bolena y Catalina Howard, las que más impresionan son María Antonieta y María Stuardo, tal vez porque en ellas se condensa y se simboliza el triunfo de una doctrina.

La una fué la víctima expiatoria de todos los errores de las Monarquías; la otra personifica la lucha de los calvinistas y los católicos. Bella, joven e inocente era también Juana Grey, sobre la que triunfó la injusticia. Se siente ante ellas el dolor de que estén muertas ya y no vean cómo

les hacemos una justicia que debieran presentir, lo mismo que el bonachón Luis XVI y el desdichado Carlos I, al que acusaban los puritanos del crimen de leer a Shakespeare.

Se perpetúa un gesto de dolor en todos los guillotinados. Se diría que estaban vivos, a no ser por esas gotas de sangre de la nariz y el cerco rojo del cuello, un rojo que anima como corales y da prestigio de collar. Los collares son la joya más de reina.

Saludamos con emoción a los grandes ingleses Tennyson, Walter Scott, Byron, con su belleza, algo diabólica; Shakespeare, con su figura de actor vestido de terciopelo negro como su Hamlet; Carlos Dickens. ¿Qué cuento estará pensando? Y Milton soñando en los Paraisos. En otro orden, Nelson, Pitt, Cromwell... y todos los genios de todos los países... naturalistas, músicos, poetas, políticos, guerreros. Se han reunido ahí todos los que de algún modo se han destacado de la vulgaridad.

Se les debe buscar sin mirar el catálogo, que los define tan graciosamente. «Lord Byron, poeta, amigo de los griegos.» «Zola, novelista e inmoral.» No he encontrado a Oscar Wilde. No le han reivindicado ni en cera.

En habitación aparte está la multitud desconocida. La mujer que mató a su hijo;

el hombre que envenenó tres esposas con antimonio; el que asesinó a una dama para robarle sus joyas. Sin estas leyendas del catálogo los tomaríamos por buenas gentes. Es hasta simpático el aspecto de esa mujer que mató más de cien niños. Este es el palacio de los que asesinaron, y no se hace distinción entre Orsini y los asesinos vulgares.

Los que sienten deseos de estremecimientos de nervios, esos que gozan en las catástrofes que les proporcionan el placer de la compasión, pueden hallar sensaciones fuertes en esta cámara de los horrores, donde se han reunido a peso de oro tantos objetos macabros avalorados por la autenticidad. Tormentos, cadalsos, guillotinas (la que sirvió para los reyes de Francia y más de 20.000 ciudadanos), la campana de Newgate y la llave de la Bastilla. Escenas de terror; antros de monederos falsos, prisiones terribles, el primer electrocutado, que prueba la civilización de los Estados Unidos; los fumadores de opio, como flor de refinamientos.

Los recuerdos de Napoleón, de los cuales hay varios salones llenos, molestan aquí. En Francia aparece como libertado de nuevo por sus recuerdos; aquí, permanece prisionero. Además, yo no creo en los recuerdos de Napoleón; tantos vasos, tantos zapatos, tantos sombreros, tantos

objetos se le atribuyen, que no cabrían en un bazar; es como el célebre cuento de la cruz de San Dimas, que se reunieron astillas para reconstruir una cruz de tres mil metros de alta. ¿Qué objetos de éstos serán los auténticos? ¡Qué más da! Por mucho que nos esforcemos no logran producir la emoción que sentimos ante la casita de Waterlóo o al ver la silueta de la Isla de Elba levantarse del mar. Esta clase de recuerdos suelen poner en ridículo una figura; las zapatillas de un Pontífice... los calcetines de Maximiliano...

En el curso de los siglos será igual haber sido un Cromwell, un Milton, un asesino célebre, o haber crecido unos cuantos centímetros más que los otros mortales, como ese gigante ruso Loushkin, que parece reirse de los reyes, de los nobles y de los artistas, a los que le igualan sus dos metros y cincuenta y cinco centímetros de estatura.

CAPÍTULO LV

La Torre de Londres.

De todos los edificios, de todos los museos, de todos los lugares históricos, el que más impresiona es la Torre de Londres.

En otros viajes he visitado todos los museos, y experimento ahora una gran alegría de que no me sean desconocidas las preciosidades del South Kensisngton, los mármoles griegos y las piedras asirias del Museo Británico y las maravillas de la colección Valace, la Galería Nacional y la Galería Tate, la más genuína inglesa, donde están todos esos tesoros de los prerrafaelistas: las mujeres de Rossetti, el Rey Cophetua de Burne Jones y las sinfonías de Whistler...

Muchas salas de estos museos empiezan a cerrarse. Se están cubriendo con láminas de metal las obras maestras y redes

metálicas cubren y protegen las techumbres contra las bombas de los zeppelines, con cuyas excursiones los alemanes prueban su deseo de hacer el mal por el mal sin esa finalidad práctica que quizás pudiera servirles de disculpa, y su desprecio por el arte. Destruir una de estas obras es matar toda la humanidad que vive aún en ellas, una humanidad insustituíble.

Las colecciones particulares, como la célebre de Lady Brassey, que reunió con su Yackt tesoros en todas las partes del mundo; la del pintor nacional y académico, que tiene sobre todos el mérito de ser el pintor aristocrático—el Lord-Pintor, no el Pintor-Lord. Estos méritos consagrados por orgullo de clase y por pedestales de gacetillas, a las que de modo inconsciente nos prestamos. Tengo un rencor artístico que aun no he perdonado a Inglaterra: su ingratitud con Lord Byron y Oscar Wilde. Le falta a esta nación para su grandeza olvidar un poco la moralidad en favor del Arte.

Pensé que estaría cerrada la Torre de Londres, y ha sido una sorpresa agradable ver que el museo y la fortaleza siguen abiertos con admirable tranquilidad.

De todos los viejos monumentos en donde la Historia ha grabado una página lúgubre, no hay ninguno que cause esta impresión de terror, de aplanamiento, de

angustia, de pesadilla, que se experimenta en la Torre de Londres.

Esta no es una sola torre, como su nombre hace creer; es toda una ciudadela, un conjunto de construcciones irregulares rodeadas de una muralla con almenas, un profundo foso y una potente batería de cañones. El Támesis, que lame sus muros por el lado Sur, es aquí más sombrío, más melancólico, como un fiel testigo de esa sangrienta historia de crímenes, de crueldades, de injusticias, entre la que se ha desenvuelto el pueblo ingles. Al Norte, una plazoleta de escasos árboles y negruzco césped, recuerda el sitio en que tenían lugar las ejecuciones, cuando no se verificaban en el mismo recinto de la fortaleza.

La sugestión del recuerdo se hace tan fuerte, tan invencible, que es inútil querer ver las cosas como son. Es el pasado el que nos interesa.

En vano la *Torre de Wakfield* nos muestra todos los esplendores de las joyas de la corona inglesa. Se miran con indiferencia, encerradas en la vitrina que rodea una fuerte reja con barrotes de hierro, todos los cetros, brazaletes y collares. El *Cullivian Diamant* y el soberbio *Koh-i-Noor* (montaña de luz) nos interesan hoy menos que aquel calabozo subterráneo de la misma torre, donde el sabio y virtuoso

sir Walter Ralaigh sufrió tantos años de martirio y escribió su *Historia del Mundo*.

No nos explicamos cómo los soberanos ingleses hicieran en un tiempo su morada en estas habitaciones de *Whiter Tower* (Torre blanca) que forma la principal construcción. Es incomprensible la vida en habitaciones cuyos muros tienen cuatro metros de espesor. En vez de darnos una impresión de solidez, parecen dirigirnos una amenaza; se espera que se desplomen sobre nosotros. Aquí se han asesinado reyes y se han cometido crímenes de todas clases. Bajo esa escalera cavada en el muro se han encontrado los restos de aquellos dos infelices niños hijos de Eduardo IV, asesinados por su tío Ricardo III, y de los cuales ha hecho sus héroes la leyenda.

Las viejas habitaciones, donde más de una vez gimió un príncipe prisionero, son hoy Armería Real. Guardan armaduras históricas, escudos, bronces y banderas; mezclado a todo eso los tajos y las hachas de los verdugos y los instrumentos de tortura.

Al salir encontramos los soldados ingleses que hacen el ejercicio en el patio interior de la fortaleza, frente a la *Torre Sangrienta*, lugar del asesinato de los príncipes, y la *Torre de Beauchamps*, la

que ha encerrado mayor número de prisioneros de Estado.

En sus evoluciones, los pies de los soldados pisan aquella losa sobre la cual se alzó el tajo que segó las cabezas de Ana Bolena, Catalina Howart, Juana Grey y Margarita Pole.

Los veo, al fin, desaparecer bajo el arco de la *Puerta de los Traidores*, y penetramos en la *Torre de Beauchamps*.

Aquí, la impresión de tristeza es mucho mayor. Las otras torres han tratado de borrar sus recuerdos de crueldad, mientras ésta pone empeño en conservarlos.

Se ven en la pared las inscripciones que grabaron con sus cadenas los infelices prisioneros. Se esfuma el tiempo transcurrido y se miran con terror las figuras siniestras de los guardianes vestidos a la usanza antigua (1), y las aspilleras, abiertas en el muro, que apenas dejan penetrar la luz del día.

Sería interminable la lista de los prisioneros ilustres que hubo en la Torre. La mayoría de ellos pertenecen al tiempo de la reina Isabel: católicos y partidarios de María Stuardo.

Las inscripciones admiran y conmueven. Las hay de personajes notables, como

---

(1) Estos guardias se llaman Beef-cateres porque es uso darles una porción de carne de la mesa real.

el nombre de *Janne* grabado por Juana Grey, y el de *Robert Dvdley*, que llegó después a las más altas dignidades como favorito de la reina Isabel, la cual le concedió el título de duque de Leicester.

Es de los pocos ejemplos de prisioneros de la torre que hayan logrado escapar. Su hermano Guildford, esposo de Juana Grey, salió para el cadalso, y su hermano Juan, el heredero del Ducado de Northumberland, sucumbió entre estos muros.

Hay varios dibujos firmados con el nombre de *Tomas Peverel;* interesantes por atribuirse al héroe que Walter Scott inmortaliza en sus novelas. Bajo el sencillo nombre de *Arundell* se encuentra una inscripción del duque de Norfolk, prisionero durante once años en la torre por no querer aceptar la libertad y la devolución de su fortuna, que le ofrecía la reina Isabel a cambio de abjurar de la religión católica. La inscripción dice así: «La mayor aflicción por causa de Cristo en este mundo, es mayor gloria con Cristo en el mundo futuro. Tú lo has coronado con honor y gloria, ¡oh, Señor! La memoria del Justo será eterna.—Junio, 22, 1573.»

Casi todas las inscripciones tienen el mismo espíritu de resignación, de filosofía, de esperanza en una vida futura. Algunas son verdaderamente notables:

«Más vale hallarse en la casa del duelo

que en la casa del banquete. El corazón de los sabios está en la casa del duelo; vale más sufrir que gozar demasiada libertad. Hay tiempo para todas las cosas: tiempo para nacer y tiempo para morir; y el día de la muerte es mejor que el día del nacimiento. Hay un fin para todas las cosas; y el fin de una cosa es mejor que el principio. Sed sabios y pacientes en la adversidad, porque la sabiduría es un arma de defensa más poderosa que el dinero. Haced buen uso del tiempo de prosperidad y acordáos del tiempo desdichado. XXII día de Abril 1599.—Willian Rance.»

Ningún historiador da noticias de este personaje ni su nombre se encuentra en los archivos. En el mismo caso está el autor de otra inscripción notabilísima, que dice: «T. C. Yo vivía en la esperanza y daba crédito a mi amigo en la época en que me era útil para mi interés. No quisiera obrar de esa suerte, a menos de estar seguro de que los demás hombres no sufrirían la misma pérdida que yo. Desdichado el hombre cuyas acciones le conducen a la miseria o le dan por morada esta prisión. 1576. Thomas Clortoe.»

El célebre doctor Girfford ha dejado dos inscripciones: «El dolor es vencido por la paciencia», dice la una. «Una mala conciencia roba al hombre la seguridad en sí mismo», añade en la otra.

Se cree que la inscripción que lleva el nombre de *T. Salomon* sea debida a los dos desdichados príncipes Arthur y Edmond Poole, sobrinos de Eduardo IV, prisioneros a la temprana edad de veintidós y veintiún años, respectivamente, bajo el reinado de Isabel. Los desdichados hermanos no fueron entregados al verdugo en consideración a su sangre real; pero pagaron su devoción a María Stuardo permaneciendo prisioneros en esta sombría torre hasta que el agotamiento y la languidez pusieron fin a su vida.

Sería interminable la reseña para recoger todo el dolor y la paciencia que esas paredes han conservado. «¡Qué desgraciado soy!», exclama uno que no firma, quizás avergonzado de expresar su desgracia.

«Como la virtud da la vida, así el pecado causa la muerte», dice otro.

Bajo el nombre de *Waldrat* se encuentra una inscripción del héroe de Irlanda, Thomas Fitkgerald, preso a la edad de veintiún años en unión de sus cinco tíos, que fueron conducidos a Inglaterra a bordo del navío *Vaca*, con lo cual se cumplió la profecía irlandesa de que cinco hijos de un conde irían un día a Inglaterra en el vientre de una vaca y no tornarían más.

Al salir de allí, fatigado el ánimo por

tantas miserias, tantos terrores y tantas torturas, más terribles y audaces que las de nuestra Inquisición, aun tengo que pasar ante las tapias del cementerio, unido a la vieja iglesia de *San Pedro en Cadenas*, y me doy exacta cuenta de la razón de las frases de Macaulay, cuando asegura que no existe comentario en el mundo capaz de evocar recuerdos tan tristes como este cementerio. Es verdad que aquí no aparece la muerte en compañía de las artes, la virtud o una agradecida piedad, como en los cementerios de Westminster o San Pablo; es cierto que aquí no se evoca un recuerdo de amor cerca de la tumba, como en los sencillos cementerios de aldea; es verdad que junto a esos sepulcros no se piensa más que en crímenes vergonzosos, en destinos sombríos, en el triunfo diabólico de enemigos implacables, «en todas las miserias infinitas de una grandeza caída o de una gloria eclipsada».

Ya fuera, lejos de la Torre, aun nos parece estar aprisionadas entre sus paredes... aun respiramos mal... Se vuelve la cabeza como si alguien nos persiguiera, y se ve la mole sombría, los paredones grises, los cañones que la rodean y un cuervo que grazna, un cuervo que no invento, un cuervo que citaba, un cuervo que no me perdonaría haber inventado para buscar un efecto retórico, posado en una de sus

tapias. El río arrastra pesadamente las aguas sin color bajo los muros, y una luna de un amarillo de cera de muerto rompe la niebla gris del cielo... Miramos hacia el Sur... ¡Por allí está España! Y pensamos en España como escapando a este ambiente excesivamente sombrío y amenazador.

CAPITULO LVI

Bichos.

Un Jardín Zoológico no se visita jamás en las capitales en que vivimos, a no ser cuando llega ese amigo forastero al que deseamos ver admirado; pero en toda capital extranjera donde hay un Parque Zoológico importante, la visita es obligada, tal vez porque la semejanza que tienen entre sí todos los parques zoológicos nos hace encontrarnos unas horas menos extranjeros.

Para ir a este Jardín hemos atravesado a pie el Regent Park, un enorme parque, desierto en estos días, que da la sensación de toda la majestad solemne y grandiosa de los parques ingleses. Las avenidas son amplias; el cielo tiene un tono rojizo, sobre el que se recortan las copas de los árboles, mientras que los troncos parecen

destacarse de un fondo cenizoso y la tierra adquiere mayor luminosidad.

Hay pocos transeuntes. Algunas mujeres solas, algunas *nurses* que empujan el cochecito de baby, alguna pareja de enamorados, algún pastor protestante, con su esposa o su novia, que parece poner en su amor algo de religiosidad bíblica en este paisaje tan simétrico, tan amplio y tan silencioso.

El Parque Zoológico tiene también pocos visitantes; ocupa una gran extensión y el paisaje es pintoresco; tiene un riachuelo que lo divide en dos partes y que puede pasarse por un puente o por un túnel. La colección de animales es grandísima, y están expuestos con orden para facilitar su estudio; en el antiguo sistema de estos parques, que no disimulan como los modernos hipócritamente, la prisión de las pobres bestias.

Vemos los animales de siempre: el león, con su fiereza un poco gascona; la pantera, con el lujo de su piel pintada y su paso de coqueta que gusta de hacerse admirar el traje; la vaguedad desdeñosa del tigre; los canguros, con su cuerpo grotesco, que parece añadido; la pesadez búdica del elefante; la tristeza y la miseria árabe del camello, y esa figura monstruosa de los hipopótamos, de cuerpo charolado y cabeza de cerdo, que parecen haber suge-

rido la idea de los submarinos, con sus siluetas informes.

Entre los pájaros nos impresionan las águilas. Las águilas son más fieras que el león; su garra es más garra, su ojo es más enérgico, sus músculos más tallados. Estas águilas de las montañas de Escocia son formidables; su aletazo debe hacer estremecerse, con ruido de viento, los ventanales de esos viejos castillos de Walter Scott. Quizá el águila es más representativa del escudo inglés que del de otras naciones.

El buho está cercano, fatídico; parece esperar los despojos de la presa de esas otras aves guerreras. Impresiona, por su ojo de mirar tan fijo y sin expresión. El buho parece siempre disecado y estilizado.

Son graciosos los pelícanos; tan graves, tan diplomáticos; su pluma roja en la espalda, su pechera blanca; su cuerpo erguido sobre sus patas cortas, que parece darles cierta superioridad sobre los otros, de lo que ellos se dan cuenta y se hacen más solemnes, y más enfatuados.

Es cierto que cada persona tiene un rasgo de animal. A veces, estos animales nos recuerdan a alguien: la persona felina, la persona canina, la persona ave. Dentro de una misma clase de animales varía la expresión de unos a otros. Tienen caras inteligentes y caras idiotas; los hay que tienen

viveza o inexpresión; águilas de picos caídos, ratas bobaliconas, ardillas pesadas.

El mono tiene tanto de humano, que no hace reir. Es un pobre hombre, un marinero inglés, un leñador, un hombre sin refinamiento, un hombre primitivo. Hay en sus ojos como un deseo de saber, de investigar; hay una interrogación en los ojos de los monos.

La serpiente es un prestigio indiscutible, de superioridad, de leyenda. Nada más decorativo que su piel de escamas, de cifras chinas, de flores de agua. Nada más felino, más gracioso, más estilizable que sus cuerpos largos, flexibles, lentos en el hincharse de sus anillos para avanzar, y herir, rastreando el suelo, con la cabecita inteligente y maligna, la lengua como una llama roja, amenazadora como una lanceta y los ojos de poder magnético, alucinantes. Hasta hay una enfermedad que consiste en soñar con serpientes.

Se quisieran descifrar, como revelaciones del destino, esos anagramas que escriben en el suelo. Se piensa que no es una ficción de Rudyard Kipling, el entender cómo su «cachorro de hombre» de las «Tierras vírgenes», el idioma de los animales y el lenguaje de la selva. El podría hablar con aquella víbora que me mira llameante, con esa boa de cola sonorosa, con aquella otra que alza su gran cabeza como un can-

delero de hierro indio. Descifraría sus silbidos y los misterios escritos en su piel. Quizás nos dirían algo bueno y amigo. Estamos acostumbrados sólo a leyendas de terror y de perfidia de serpientes.

Después de la sierpe, la araña. Yo he tenido una vez en Venecia una pesadilla con arañas y al despertar vi una sobre el tul del mosquitero de mi cama. ¿Por qué había influído sobre mi sueño? Ese animalucho que acude a la música, que teje su tela como los mediums espiritistas tejen sus visiones sacándolas de su mismo cuerpo, parece que va a envolvernos en ella. No hay sensación más desagradable que el contacto de esa tela húmeda y pegajosa. Nada más que verlas en su jaula nos aterra. Está ahí la gran araña negra, de patas fuertes, articuladas y cerdosas, que parece forjada en hierro. Esa otra araña zancona, cuyo cuerpecillo desnudo y blanco parece montado en una red de hebras de hilo y que se mueve con el ritmo de las muchachas que andan con zancos, nos hace temer el tacto de sus múltiples patas y un estremecimiento helado corre nuestra columna vertebral, con un cosquilleo ligero, de hebra de seda.

Esa otra arañita parece un botón de porcelana con más cuerpo que patas y en el dorso blanco del vientre una especie de mandolina.

Es la terrible *tarantuela* cuya picadura se cura bailando.

Esta pobre *tarantuela* del Parque Zoológico de Londres expía aquí, entre las nieblas, todos los atentados que cometen sus hermanas entre los cañaverales del mediodía, entre la tela que dora y quema el sol.

Temo más a los reptiles y a los insectos que a las fieras; es preferible el zarpazo del león a la picadura tenue que envenena. Sólo el ver estos animales, agobia, deprime y da una sensación como de falta de aire.

CAPITULO LVII

Vuelta a España.

Después de estos días de Londres, inesperados, como si por un naufragio hubiésemos arribado a las playas inglesas; después de haber visto Londres con un nuevo aspecto, de otro modo distinto de como lo habíamos visto siempre; como si hubiera despertado de pronto en él y obtenido por sorpresa un Londres más siluetado, más solemne, más nítido que nunca; hemos vuelto al Consulado de España; este Consulado, que está en una casa en que hay demasiadas oficinas bancarias y comerciales con nombres en inglés, cuando debieran ser los Consulados edificios de estilo español, con patios como las casas de Andalucía o Toledo, con jardines españoles, recordando fervientemente a España en una gran extensión, detrás de un gran,

tapia que los aislase, como jardines de aclimatación en medio de las grandes ciudades extranjeras.

—¿Está ya nuestro pasaporte? Ya hemos encontrado un barco que va a España.

La mano amable de este caballero del Greco, que es el cónsul, Sr. Congosto, nos ha alargado el pasaporte.

Tenemos ya en nuestro poder el gran pliego mágico, y lo guardamos como si se nos fuese a ir o nos lo fuesen a robar.

El pasaporte sigue siendo uno de aquellos salvoconductos, que en las novelas y en los dramas protegen al que ha de pasar por los campos encizañados por la guerra, donde lo fusilarían si no lo llevase y que con él lo saludan, lo agasajan, lo protegen, le ofrecen escolta y se abren numerosos ejércitos a su paso, dejándole un largo callejón libre por donde sólo él podrá pasar.

El pasaporte debía tener un estuche, un canuto de metal, algo ostentoso y fuerte que lo resguardase como él se merece. El pasaporte es nuestro escapulario, nuestro escapulario eficaz contra todos los riesgos del camino.

Este pasaporte de Inglaterra nos congratula, pero nos emocionó más el que nos dieron en Hamburgo. Este ya lo esperábamos. Inglaterra está serena, respetuosa;

correcta; produciéndose como se producía todos los días antes de la guerra; sus trenes corren vertiginosamente y llevan tantos viajeros civiles como antes. Por el contrario, en Hamburgo, entre la nerviosidad y la descomposición de la ciudad, temimos que no nos pudiesen dar el pasaporte o que no nos sirviese para nada.

Si para los alemanes fué sólo un *pedazo de papel* el Tratado por el cual se comprometieron a respetar á Bélgica, ¿qué consideración les iba a merecer un pasaporte personal?

Nuestro pasaporte estaba dado con toda autoridad, con todo prestigio, y su coletilla era la coletilla terminante de siempre:

«Por tanto, ruego a las autoridades civiles y militares de la Nación, le dejen transitar libremente; y ruego a los países extranjeros adonde se dirige no le pongan impedimento alguno en su viaje, antes bien, le dispensen todo el favor y auxilio que necesitare.» Bueno, bien, muy entonado; pero ¿y si no querían hacer caso? ¡Era tan sencillo y tan insignificante un atropello más! Las firmas, con su rúbrica de gran tono. Las formalidades del número del registro, del sello de caucho, que tanto contrasta un documento, todo daba seriedad a la orden. En medio de todo nos dió esperanza; lo sentimos como un es-

cudo; salimos a la calle con más denuedo, y nos lo hubiéramos colgado del pecho de buena gana.

Repasamos ese pasaporte con cuidado. ¡Oh! Una equivocación: una seña dudosa, equívoca, ambigua; cualquier incertidumbre, ¡qué conflicto!

—¿Son nuestros ojos pardos, como dice el pasaporte?—nos preguntamos.

Y nos respondimos:

—No, no acaban de ser pardos; son color tabaco, y tienen esos cambiantes que, según la hora que sea, aparentan otras tonalidades y llegan al negro intenso o a tomar tintes indecisos. Si nos mirasen a los ojos esos perros dogos de la Policía, nos sentiríamos como descubiertas, nos sentiríamos perdidas, como si fuesen a reconocer por los ojos—de otro color, de un color comprometedor e inesperado—que no éramos las reseñadas en el pasaporte.

Hubiéramos amontonado señas en aquel pasaporte; hubiéramos pegado en él distintos retratos, todos los retratos nuestros que, sin parecerse quizás entre sí, se parecen a nosotras y nos completan.

El pasaporte de Alemania lo guardaremos siempre, como si guardásemos la orden de indulto llegada cuando estábamos en capilla, después de una agonía que pudo ser tan larga. También guardare-

mos éste de Inglaterra, aunque es menos importante, porque sólo nos indulta de una pena de destierro. En los dos hay, fuera de su condición circunstancial, una galantería oficial muy amable. Agradecemos que hayan escrito que nuestro color es *bueno* o *blanco;* que nuestra boca es *pequeña* y que nuestra nariz es *regular.* Todo en el pasaporte es amable, todo se despide cariñosamente de nosotras, todo nos desea y nos prepara un feliz viaje.

—Muchas gracias, muchas gracias, hemos repetido al conseguir los pasaportes, y con ingratitud hemos huído, hemos partido inmediatamente, yendo a enseñar nuestros pasaportes a los capitanes de los barcos.

El de este barco en el que vamos a hacer nuestro viaje a España se nos aparece como un hombre valiente que nos sacrifica su vida. Ya la guerra ha avanzado, han sido torpedeados varios barcos, y, sin embargo, él va a emprender la ruta peligrosa. Se ve que estamos todos agradecidos y que amamos con gratitud al barco abnegado.

Por fortuna no nos ha hecho falta el pasaporte; el mar está solo como un desierto. Entre los pasajeros, de nacionalidades diferentes, entre los que hay algunos alemanes, no reina la confianza.

Los alemanes procuran ocultarse de

los otros; pero el capitán lo sabe todo; a todos nos denuncia y nos da a conocer el pasaporte.

Es un viaje monótono y triste. De noche se navega con las luces apagadas; parecemos contrabandistas que preparan en la noche su alijo y temen a la escampavía de los carabineros. La obscuridad es inmensa; y aunque nunca me ha parecido tan ancho el mar, prefiero esta sombra en que navega nuestra ansiedad, pues así hace que nos parezca el tiempo más corto y nos lleva por un inmenso túnel a la costa de España, la risueña costa de Galicia, donde surge esa población amable y riente de La Coruña, con sus casas de fachadas de cristal y sus jardines tendidos a la orilla del agua.

—¡España!

Sólo después de las emociones que hemos sufrido se comprende el valor de asilo que, como antiguamente los templos, tiene para los perseguidos la tierra de la patria.

Y todavía, después de estar entre los nuestros, cuando vamos a avisar por telégrafo nuestra llegada, al vernos solas en la calle, aun bajamos la voz medrosas y asustadas, como si temiéramos que nos oyesen hablar un idioma extranjero.

PARTE SEPTIMA

PORTUGAL

CAPITULO LVIII

La tristeza del mar.

A la admirable escritora D.ª Ana de Castro Osorio, gran espíritu, que tanto ha influído en el engrandecimiento y la libertad de Portugal.

Generalmente los españoles que van a Portugal conocen sólo sus playas. Se fija poco la atención en todo lo importante y digno de estudio que tiene la nación portuguesa. Es quizás que estar en Portugal no les parece a los españoles estar en el

extranjero. Se pasa la frontera sin darse cuenta; la lengua misma no es para nosotros una lengua desconocida; sus semejanzas con la nuestra, como derivadas de un tronco común, le hace conservar las mismas raíces en casi todas las palabras, hasta el punto de que escritas, sin ese acento dulce y suave que les dan los portugueses, se diferencian poco de nuestras palabras españolas.

Sin embargo, en cuanto se pasa la frontera se advierte que el suelo está más cuidado que el suelo español. El Tajo, que hemos visto en Toledo con un cauce tan pobre y un lecho tan rocoso, se ensancha aquí, se agranda y se convierte en el hermoso Tajo, cuyas orillas se pierden de vista. Se hace navegable y grandioso.

Toda su vega es un vergel, y en su extensión ofrece todos los paisajes más variados y más pintorescos de Europa. El Sur, que es tan desconocido para los españoles como los rincones inexplorados de Africa, es el más abrupto, pero de una savia fuerte, recia; con sus paisajes, en los que domina el frescor de la higuera y la blancura rosácea de la flor de almendro; los campos de mieses maduras, y las costas rocosas, imponentes, tal como deben ser las costas del Atlántico, bravías, salvajes, sin partirse en estos suaves remansos de las playas norteñas. En el Norte el

paisaje cambia; a las orillas del Mondego, ese río portugués que nace en su alta Sierra de la Estrella, última estribación de nuestra cordillera del Guadarrama, se encuentran trozos que recuerdan la placidez de Holanda: Busaco y entre Duero y Miño pueden competir con la Suiza; Setúbal no tiene que envidiar a la Costa Azul. Esta parte Oeste de la Península Ibérica es lo más privilegiado de ella y, por lo tanto, de Europa.

Es preciso ver Portugal para completar el paisaje total de nuestra península; para completar el alma nacional hay que atender a esta visión tan armónica y tan complementaria, que nos hace amar la península entera de una manera más fundamental y amplia, en un cuadro más perfecto.

Este año he escogido para veranear la más escondida de sus playas, la más occidental de todas; esta pequeña playita perdida, «La Playa de las Manzanas» (*Praia das Macas*). Aquí no hay esa multitud de bañistas que infestan y echan a perder estos lugares; no viene la muchedumbre de modestas gentes extremeñas y de empleados españoles de poco sueldo, que acuden buscando la economía en este verano. El año pasado estuve en Figueira da Foz, a la que llaman *el San Sebastián de Portugal*, y que no es más que una playa senci-

lla, pueblerina, demócrata, en la que ya hay Casino, ruleta y bailarinas, y donde se mezclan todas las buenas gentes que buscan descanso y economía con los elegantes de pantalón blanco y monóculo, que es el supremo lujo en las playas de moda, y señoritas con grandes sombreros y vestidos flotantes. Entre todos pululan «las Barquilleras», muchachas del pueblo que pasean la enorme caja de barquillos. Son unas muchachas muy morenas, que al segundo día llaman a cada bañista por su nombre y le comprometen a probar fortuna.

Tras ellas aparece un ejército de pobres, una verdadera «Corte de los Milagros», que explota su laceria; piernas secas, brazos colgando, llagas expuestas al aire y a las moscas, para excitar mejor la caridad; toda esa turba que persigue e implora, semejante a esos cuadros de lecciones de moral en los que al lado del goce se coloca la imagen de la muerte. Es el espectáculo que se halla en cualquiera de nuestras playas gallegas, que, como Figueira, ofrecen independencia y baratura. Aquí se alquilan casitas amuebladas a reducidos precios, y las criadas portuguesas sirven con fidelidad incomparable, dándose a los barrigudos boticarios el tratamiento de excelencia.

Aparte de ese mundo de los bañistas, que es un círculo aparte del mundo, divi-

diéndolo como Dante dividió su infierno, Figueira tiene una belleza real, en su playa tan tranquila, tan inmensa, siempre majestuosa e imponente, que hace necesario aun en los días serenos, la intervención de los bañeros.

Aquí, en las Macas, no hay bañistas de profesión ni bañeros continuamente metidos en el agua; no hay toldos, ni comerciantes endomingados, ni barquilleras procaces, ni mendigos; sólo el mar, sólo el cielo. Un mar más desierto que lo ha estado nunca; un mar en cuya lejanía no he visto cruzar ni un solo buque de vapor, manchando de humo el azul del aire. Es que ahora el mar está triste, los puertos desolados; es algo como si las aguas protestasen de que los hombres las domeñen, no para trazar en ellas caminos a la civilización, sino para hacer más cruel la guerra. Es un yugo de maldad el que sufren las aguas, surcadas por barcos mensajeros de muerte, profanadas en su misterio por traidores submarinos y obligadas a abrir su seno para servir de sepultura cuando el sol ríe en su tranquila superficie. La tempestad del mar es más noble, y parece que debía agitarse en una continua borrasca que lo purifica del paso de los hombres.

Se ha perdido la noble confianza con que los barcos de todo el mundo se salu-

daban en el mar. Ya no ocupan sus asientos en días fijos los barcos que parecían pueblos flotantes y fantásticos. Hoy todo eso se ha perdido; no resuenan en las bocinas ecos de simpatía y de saludo; los barcos caminan medrosos, ocultándose, con las luces apagadas; se ha perdido la noble confianza entre los hombres y su tristeza se comunica al mar. No hay ya en él el triunfo de la nave gallarda; muchas están prisioneras en los puertos y sus cascos ennegrecidos tienen algo de trágico y sombrío, como casas que se agrietan y se derrumban. Son como aves de alas cortadas; hay un corazón que sufre una tragedia sin palabras, en esos buques que languidecen y mueren amarrados en los puertos: prisioneros más lamentables que los hombres prisioneros.

Sólo, desde el restaurante *La Flor de la Playa*, cuyos cimientos baten las olas, veo algunos barquillos pesqueros con su vela latina. Esos son los barcos que no humillan a las olas con su navegación, los que saben sortear sus peligros con nobleza y los que ingenua y buenamente les piden un pedazo de pan.

La vela latina es la gracia de la navegación, cuando a lo lejos dejamos de ver el casco de los buques, su punta aguda, clavada en el cielo, le da un aspecto de gaviota que aletea y se pierde en la inmensidad.

Hacia la tierra, el paisaje de las Macas es incomparable. Le sirve de fondo la Sierra de Sintra, cubierta de bosques y sembrada de castillos y de palacios. A la izquierda, en el punto más avanzado del monte, el Castillo de la Pena deja ver su silueta, sobre la que flota constantemente un airón de nieblas grises.

Desde allí hasta el mar se extienden los famosos campos de Collares. Es un embruzamiento de ramas, de frutales, de viñedos, que parece que ha habido que romperlos con barrenos para que pase el tranvía. No hay un palmo de tierra sin vegetación; crecen plantas y flores hasta sobre las paredes de las casas.

Hay una clase de árboles que me dan pena; esos alcornoques despojados de su corteza, con el tronco desollado, en carne viva, que tienen color de carne. Creo en la sensibilidad de las plantas, y me parece que es someterlos a un martirio despojándolos así de su piel, como a esos pobres pinos, a los que se hiere para que salga la sangre de su resina. Esta impresión es aún más viva desde que he visto la savia de los Dragos, ese árbol tropical cuya sangre tiene color de sangre humana.

Los pinos que nacen en la arena cercana a las Macas se parecen algo a los mendigos de las otras playas. La blandura del suelo y la rudeza del viento del mar les

hizo inclinarse, y han crecido arrastrándose en forma de matorral, con el tronco torcido, descoyuntado. Son los inválidos, los mutilados, los jorobados y los cojos del reino vegetal; y dan la sensación de que sufren y de que pugnan para levantar su ramaje.

Delante del balcón del *Gran Hotel* en que habito, que es una casa de madera que pasó de la categoría de barracón, se detienen todos los tranvías que llegan de Sintra; vienen siempre repletos. De media en media hora aparecen nuevos visitantes: mujeres, niños, hombres; una concurrencia afable, burguesa, que merienda en el campo o en las mesillas de ventorro de estos restaurantes, y se vuelve en el tranvía a sus hogares. Me llama la atención la costumbre de las portuguesas de llevar las pieles y los abrigos de invierno en estos días de sol en los que nosotras apenas podemos soportar las blusas blancas de linón o de gasa. Hay en todo el ambiente sencillez, cordialidad; es grato, pueblerino, acogedor.

Las vendedoras de mariscos y legumbres tienen un tipo pintoresco. Van tocadas con un sombrerito redondo, como el de las campesinas de Tenerife, sobre el pañuelo, que cae suelto y flotante alrededor de la cabeza; la falda, recogida con un amarradero que corta el cuerpo a la altura de las caderas y deja fuera el vientre, les da

un aspecto de llevar vestidos con paniers. Llevan sobre la cabeza las enormes canastas de fruta, las nasas de pescado, los panzudos cántaros de barro en forma de ánforas, y todo se sostiene por un milagro de equilibrio, sin valerse de las manos.

Tal vez la altura que pone la carga sobre su cabeza, tal vez el equilibrio que obliga a guardar, tal vez el esfuerzo que el peso exige es lo que pone en estas pobres mujeres esa gracia de línea, de armonía, que, a pesar de sus pies descalzos y sucios y de sus vestidos astrosos, sugieren una asociación de ideas con las canéfaras griegas, con la portadora de agua del Incendio del Borgo de Rafael y con la mujer del cántaro en la puerta del batisterio de Florencia. Es que el escorzo a que están obligadas es tan gracioso, tan gallardo, que no se puede superar.

Los hombres, vestidos como nuestros campesinos, cubren la cabeza con esa larga *carapuca* doblada que parece una manga de colar el café.

Ahora, todos estos pueblecitos inmediatos arden en fiestas. Es la época de las ferias, de las romerías, a que se entrega el pueblo con ese placer de los pueblos sanos, que goza plenamente la vida. Me han hablado de una feria en la que se exponen en hileras, sentadas en un pretil, todas las muchachas casaderas sin novio, y los mo-

zos pasan, repasan, las miran y las eligen. En el fondo, es lo mismo que sucede en todas partes, que se practica aquí con más franqueza, con menos hipocresía.

Delante del hotel se detiene un comediante, que lleva a cuestas su teatro y sus actores. Arma el cucurucho triangular, dentro del cual se mete: y *Periquito* y *Marieta* representan su comedia de celos, en la que intervienen un compadre malintencionado y un cura socarrón. Hay palos en abundancia, y al final un torete y un perro ofician de Providencia para castigar al traidor.

Cuando acaba la representación, el hombre sale de su garita, pasea su plato, en el que algunos niños echan escasas monedas de cobre, y con todos sus bártulos a cuesta desaparece para volver al poco rato a colocarse en otro rincón y repetir la farsa, que es siempre la misma, con idénticas situaciones e iguales palabras.

Revestida de la ingenuidad del lugar, miro con gusto, casi con interés, la representación ingenua, y lamento que no tengamos algún estreno de otra farsa. Suelen ser más humanas y más cerca de la verdad estas farsas de polichinelas que las tragedias clásicas.

Aquí no tenemos otros espectáculos; no hay *cines*, ni teatros, ni bailes. As Macas es una playa encantadora, que no se ha

contaminado aún de la vulgaridad de las otras playas.

Se come pan casero, se pasea por caminos solitarios, donde los aldeanos que se encuentran dan la buena palabra de salutación, y no existe nada de común con la vida de las estaciones de baño.

Se está tan en la Naturaleza, que de noche asusta y da pesadilla esa voz del mar, ese rebramar de las olas que se introducen con la marea tierra adentro.

De día es delicioso el espectáculo de esas olas, que vienen henchiendo el seno del mar. Avanzan, se levantan, parecen amenazar con la destrucción; se piensa que van a seguir creciendo y atraer toda el agua del mar. De pronto se parten, enseñan su fondo negro de abismo, y se dejan caer, rugientes y mansas, por el plano de las arenas tostadas formando una red de encaje blanco, que se deshace en círculos y randas caprichosas. Pero el mar las llama con su potente atracción sinfónica, y vuelven a él, como chicuelas traviesas que han hecho una escapatoria. Con la marea baja, con el mar en calma, las aguas ríen y se rizan en una orla de espuma en torno de la orilla. Es de noche cuando asusta ese chocar, deshacerse, rebramar y chapotear de las aguas. Este ruido del mar no es como el murmullo apacible y cristalino del agua dulce corriente. Fin-

ge voces confusas, quejas, gemidos.. No es rara la concepción de los mitos y las leyendas del mar. Impresiona ese ruido monótono, acompasado, poderoso, que aleja el sueño o causa pesadillas.

CAPITULO LIX

El solar de Coimbra.

Coimbra es la ciudad madre, la ciudad tradicional, la que sirve de cimiento y fundamento a la nacionalidad; algo así como el solar en que se ha edificado un Estado.

El río Mondego, ese río portugués que la baña, fué la primera frontera histórica que separó a Portugal del resto de la Península. Ese río es el que vivifica a la vieja ciudad; la hace sonreir, renacer entre sus viejos palacios, sus antiguas iglesias y sus severos monasterios, los cedros y los áloes que la rejuvenecen y la libran del polvo de la vetustez. Gracias al Mondego, Coimbra no tiene un aspecto ruinoso, y oculta su valor histórico y su cualidad de ciudad sabia entre bosquecillos de verdura y jardines de flores y plantas tropicales. Es esta una

nota de los jardines portugueses, que distingue a esta parte de la Península y la hace algo colonial. Se conoce que han tenido especial empeño en aclimatar la flora exótica de América, de Asia y de Africa, y que lo han conseguido.

La fama de esta ciudad radica en la célebre y prestigiosa Universidad, por donde han pasado todos los grandes hombres.

Veo cruzar por las calles estudiantes, que se distinguen por su traje negro y por la costumbre de llevar descubierta la cabeza.

Hay una rebeldía simpática en ese gesto; el sombrero pugna contra la Naturaleza que dió una defensa a la cabeza en sus cabellos, y no hace más que humillarla como un signo de servidumbre. En los pueblos más progresivos se suprime el sombrero, como se ve en los norteamericanos.

Es que también yo veo a estos estudiantes con la impresión de saber cuántos grandes hombres hubo entre ellos y qué labor de libertad y regeneración han realizado. Está aquí en esta ciudad toda el alma del viejo Portugal en cuanto conserva de tradicional y de antiguo. Se la escucha palpitar en ese «Claustro del Silencio» del viejo Monasterio de *Santa Cruz*, panteón de reyes, en donde la extraña devoción del siglo XVI empleaba, aun para adornar la

Casa del Señor, las esculturas adquiridas en la lucha y la devastación de las otras naciones. Así, sobre la fachada, restaurada tantas veces que se hace difícil buscar su primitivo carácter, se ven unas interesantes esculturas normandas con su característica rigidez acética.

Al «Claustro del Silencio» no llega el ruido de la calle. Tiene una desnudez de piedra vieja que le hace parecerse al claustro de San Marcos en Florencia, y una suntuosidad rememorativa del de Santo Domingo en Toledo. Guarda todo el encanto de estos claustros viejos revestidos de un prestigio legendario, que yo gusto de visitar, porque después de pasear las calles entre monasterios, iglesias y portadas románicas, las más severas, las más bellas, las que representan el carácter de la fundación de Portugal, no hay nada como el reposo de este claustro para hacer entender el espíritu de la ciudad y descifrar sus secretos misterios en el susurro rumoroso de la fuente, que canta en su fondo con melancolía, y cuyas aguas toman un valor de aguas bautismales, castalias.

Pero la gran atracción romántica de Coimbra está en la *Quinta de las Lágrimas*, donde se recuerda siempre, con una impresión depresente, la historia de la desventurada esposa de Pedro I, asesinado en estos jardines.

Inés de Castro, *la de las bellas trenzas*, ha quedado como una de las grandes figuras femeninas en las que se inspiran la leyenda y la poesía. Su celebridad más que a su hermosura y su desdicha, se debe al amor impetuoso, firme y leal del Rey Don Pedro, que supo amarla después de su muerte. Es la fidelidad del amante la que coloca a Inés de Castro entre las amantes célebres como Isabel y Julieta. Si el Rey la hubiera olvidado, su historia hubiera sido una historia vulgar.

Merced a aquel gran amor que supo inspirar y compartir la figura de Inés de Castro, se aparece en estos bosques de la *Quinta de las lágrimas* y se comprenden todo el tormento, toda la angustia y toda la desesperación de ese alma enamorada entre la placidez, la calma y la poesía que parecen favorables a la exaltación de los amantes. Sin embargo, Inés de Castro fué dichosa; su vida breve terminó con toda la ilusión de su delirio, de su confianza, de sus ensueños.

Se ve aquí una pequeña corriente de agua que va del jardín al castillo, y donde los conjurados retenían a su amante; y esa corriente de agua era agua viva, mensajera de amor, que llevaba las tierras misivas escritas con sangre. Aquí, cerca de esa corriente de agua pura cayó Inés bajo el puñal del asesino, y la tradición dice que las

manchas obscuras que hay en la piedra son de su sangre inocente, que no se ha podido borrar.

El triunfo de Don Pedro fué tardío para sus amores. En su desesperación escribió la página más romántica de todos los amores, haciendo coronar a su esposa muerta. Bajo su mirada se esculpió la estatua de ella que está, desfigurada y borrosa, sobre su sepulcro en el monasterio de Santa María de Alcobaca, donde reposan los dos, colocados de «modo—reza la crónica—que al despertarse el día del Juicio su primera mirada sea una mirada de amor».

El ambiente de Coimbra no ha sido propicio a las preclaras mujeres. Aquí, donde reposan las cenizas de la reina Santa Isabel, murió también la infeliz doña Juana la Beltraneja, jurada heredera del trono de Castilla, y víctima de pasiones ambiciosas que no respetaron su corazón ni el honor de los suyos. Aquí sufrió el martirio doña María Téllez, por orden de su hermana Leonor, elevada al trono por el amor de un rey, y con cuya figura ha compuesto Marcelino Mezquita uno de los dramas históricos más interesantes. Está Coimbra llena de recuerdos de mujeres célebres y de tradiciones románticas, pero ninguna conmueve tanto como esa historia de amor desventurado, que recordada al lado de la Fuente de los Amores hace experimentar

ese escalofrío de pavor que se siente ante todo lo irremediable.

La poesía del lugar cautiva, y creemos que es ésta la misma agua mensajera de amor, y no aquélla que hace tantos siglos fué a perderse en el mar. Son los mismos árboles, las mismas piedras, las mismas plantas, para nuestro sentimiento. Es un milagro del amor borrar así la distancia de los siglos y aproximar a nosotros las figuras. Hay, indudablemente, una vida eternal para los que supieron apartar sus corazones de la vulgaridad y conquistar un puesto en el cielo de los amantes fieles.

CAPITULO LX

Eça de Queiroz.

Uno de los prestigios que me hicieron amar a Portugal fué el de Eça de Queiroz, el escritor moderno, galano, comparable sólo con Anatole France, el grande y puro ironista, descendiente directo de los grandes escritores castellanos del siglo de oro.

Es raro que de escritor tan cercano a nosotros se hayan suscitado dudas tan continuadas acerca del lugar de su nacimiento. El ha dicho, en una de sus obras: «No soy más que un pobre hombre, nacido en Povoa de Varzim». Parecía que debería bastar su testimonio, y sin duda por eso los habitantes de ese pintoresco pueblecito de pescadores, orgullosos de contar entre sus conterráneos uno de esos hombres que son gloria del país en que nacieron, trataron en 1906 de colocar una lápi-

da en la casa donde vió la luz el gran escritor.

Todo preparado para los festejos, otro cercano pueblecito portugués se alza reclamando la gloria de ser la cuna de Eça de Queiroz. Alega que el insigne novelista está bautizado en su *Matriz Collegiada*, y según la ley los niños se han de bautizar en el lugar donde nacen. La partida de bautismo sólo hace constar que nació el 25 de Noviembre de 1845, y los habitantes de Villa de Conde quieren, a su vez, ser los que se honren dedicándole sus homenajes.

Una lucha de investigación tiene lugar entre los dos pueblecitos, y todos los testimonios vienen a favorecer a Povoa de Varzim. Ramalgo Ortiga, el autor de *Holanda*, el que fué durante más de treinta años amigo, colaborador y compañero de Eça, atestigua que ha nacido en Povoa, en la Plaza de Almada; del mismo modo abonan el nacimiento del escritor en Povoa, su padre D. José María d'Almeida Texeira de Queiroz y la madre doña Carolina Pereira de Eça. Existe, además, la matrícula de la Universidad de Coimbra, que reza que D. José María d'Eca de Queiroz es natural de Povoa.

Esta disputa ha dado luz sobre la infancia de Eça de Queiroz, para poder seguir paso a paso su vida. A los pocos días de su nacimiento fué llevado a Villa de

Conde, donde lo amamantó una pobre mujer, casada con un marinero, y costurera de oficio. Así, pues, en cierto modo el pequeño pueblecillo puede vanagloriarse de haber sido la patria de Eça, porque en él se grabaron las impresiones primeras en el alma infantil.

Eça de Queiroz lleva, como vemos, el nombre de la madre en primer término, siguiendo la costumbre portuguesa de que los hijos lleven primero el nombre de la madre que el del padre, por más que en la adopción de los apellidos de familia reine una anarquía, que permite escoger a cada uno aquel de sus patronímicos que más le agrade, hasta el punto de que varios hermanos tienen cada cual un apellido diferente; pero lo que más domina es el nombre de la madre, costumbre enternecedora, que parece conservar el significado de la palabra *Matrimonio* (oficio de madre) y rendir así un homenaje a los desvelos maternos y al respeto que en este país gozan las mujeres, guardadoras del hogar y educadoras de los hijos, nientras los hombres de genio aventurero se lanzan a las conquistas.

El padre de Eça de Queiroz era juez y escritor discreto, que inculcó en el alma del hijo los primeros gérmenes de su afición a la literatura. Su hijo vivió a su lado en Oporto hasta los doce años, que se matriculó en Coimbra.

Era aquel tiempo de la adolescencia de Eça el tiempo de las célebres revoluciones de Coimbra, de las que había de salir una luz nueva para los espíritus y una nueva orientación para las inteligencias.

Eça pasó desconocido, perdido, en su primera época, en medio de la pléyade brillante de aquella generación de estudiantes, la más gloriosa de Portugal rebelde, la más revolucionaria; la que protesta contra la tiranía de su rector, el prelado Bazilio Alberto, y forma la sociedad *El Rayo*, logrando vencer la tiranía.

Viene luego la famosa Rolinada, del nombre del ministro que se negó a conceder las gracias que solicitaban los estudiantes con motivo del nacimiento de Don Carlos, y por último, la cuestión literaria que dió origen a la Escuela de Coimbra e hizo brotar una literatura nueva.

Eça pasaba entre todos tímido, atónito, siempre solo, con la capa muy enrollada al cuello y la cabellera revuelta y desmelenada; asistía a aquellas reuniones de Arriaga, Antero de Quental, Teófilo Braga, siempre silencioso y observador, encogido, aunque luego en la intimidad era amable y dicharachero.

El alma de esa generación, el que más influencia ejerció en ella era Antero. Eça ha retratado la emoción que le causó la vez primera que lo escuchó, predicando su doc-

trina de rebeldía en las gradas de la vieja Catedral a la luz de la luna. Era el Pontífice de una religión nueva; dotado de una gran simpatía, de extraordinaria fuerza de sugestión; una figura de leyenda, audaz e irreverente. El llevaba siempre la representación de sus camaradas; y cuando en nombre de ellos tuvo que saludar al rey de Italia, a su paso por Coimbra, le dijo: «Señor; yo no saludo en vos a un monarca, saludo al compañero de Garibaldi».

Antero, discípulo de Hegel, escribió sus *Odas modernas* rompiendo los viejos moldes y lleno de un panteísmo religioso.

La cuestión literaria los apasionó tanto, que llegaron a tener un duelo Quental y Ramalho Ortigao, el cual fué herido en una mano.

En este tiempo, Eça se deja llevar de sus sentimientos y entra en ese período literario que marca su primera manera romántica, sentimental y mística. Lee mucho, estudia, profesa una admiración grande a Polonia, cuyas desdichas hallan eco simpático en su corazón juvenil. Se enamora idealmente de una pobre titiritera, *la divina Gabriela*, que no sabe la pasión que inspira y que va acompañada de su amante, un buen mozo moreno y celoso que la domina. A esta mujer le dedica Eça bellos e ingenuos sonetos.

Mal estudiante dejó la carrera y se reti-

ró a Evora, donde su vida se deslizaba clara y serena. Dedicaba sus horas a tocar la guitarra, pues decía que «era una gran cosa saber desahogar el alma de las cosas confusas y sin nombre que la agitan, por medio de las cuerdas de una guitarra», pero lo dominaba una melancolía que acabó por hacerle insoportable aquella existencia.

Entonces fué a establecerse en Lisboa; escribiendo en la *Gaceta de Portugal* los folletines «Prosas bárbaras», en los que empieza ya su segunda manera, demoledora crítica, severa y mordaz contra los prejuicios de la familia y la sociedad portuguesa.

Abrió su bufete de abogado en la Plaza del Rocío, núm 26, piso cuarto; pero aquel bufete modesto, de un novel abogado al que nadie conocía, no tuvo apenas clientes.

Al fin cayó en sus manos una causa sensacional: el crimen de un marinero que mató a su mujer. Eça dejó volar su imaginación de novelista; una tragedia de celos, un estado de espíritu que él pintaría ante el Tribunal para sacar libre a su defendido. La declaración de éste hizo imposible que luciera la elocuencia del joven abogado, que al ver deshechos todos sus argumentos no pudo contenerse y exclamó:

—¡Bruto; ha estropeado mi defensa!

Esto dió por resultado que dejase en definitiva la carrera.

Desdichadamente en este tiempo, en el

que Eça fundó el *Cenáculo* de amigos, entre los que se cuentan hombres eminentes, intima con varios jóvenes desocupados, aristócratas, *fadistas*, los cuales cometen todo género de calaveradas y desafueros. Se renuevan las *cacerías* de mujeres en las calles de Lisboa, como una reminiscencia de los tiempos de Alfonso VI.

La crónica escandalosa registra hechos vergonzosos y tristes. Habla de jóvenes robadas de los brazos de sus madres en plena calle, y de la tragedia a que dió lugar el amor de una dama, esposa de un escritor notable, que se cree asesinada por su marido, al descubrir el adulterio y la traición de uno de sus amigos.

Indudablemente Eça de Queiroz no tomó parte en estos hechos, pero no estuvo lo bastante alejado de ellos. Su viaje a Oriente, en compañía de su íntimo amigo el conde de Rezende fué salvador. Juntos recorrieron España, estuvieron en Malta, en Egipto y en las legendarias tierras de Jerusalén.

Este viaje influye sobre toda la obra del gran escritor, que empieza a delinear su tercera manera, algo influído por la literatura francesa, especialmente por Zola, Flaubert y Balzac, hasta que llega a formar completamente su espíritu y aparece en el cuarto período de su evolución literaria, amplio, fuerte, definitivo y magnífico.

La visión de su viaje a Oriente está mezclada a todos sus libros. Su genio satírico, su gran humorismo ve la parte cómica de todos los países y la ridiculiza de esa manera excepcional que él sabe emplear tan serena y amablemente; pero al mismo tiempo su espíritu de artista se apodera de toda la belleza de las ciudades, de los paisajes, del mar y del ambiente; escribe las soberbias descripciones de *La Reliquia* y del *Epistolario de Don Fradique Méndez*.

Después de este viaje viene a encerrarse en una de esas ciudades provincianas, serenas, tranquilas, cuyo reposo alabamos siempre, pero en las cuales se hace insoportable la vida de quietud, que no rima con las tempestades, los anhelos y los deseos del espíritu del escritor. Eça se aburre en Leira, donde desempeñaba el cargo de administrador del Concejo, y trata de amenizar su vida con algunas aventuras de amor.

Una noche, en un baile de máscaras, es sorprendido por el dueño de la casa en amoroso coloquio con su esposa; es ésta una aventura que tiene el sabor de una página del Novellino italiano, de un cuento de Firensuola o del Aretino.

Eça se vió en medio de la calle con su traje de tirolés hecho jirones, molido a palos, hasta tal punto que tuvo que guardar cama, y se vió precisado a dejar la ciudad.

Su humor sacaba partido de su propia desventura.

—«Soy un Cupido al que le han cortado las alas—le decía a uno de sus amigos.»

Vuelve a Lisboa y figura entre la pléyade de intelectuales que dirigía la vida literaria, dando las célebres conferencias en el Casino lisbonense, que no tardó en ser clausurado.

Entonces Eça va a América, pero así como Oriente había despertado su fantasía, estos países nuevos y utilitarios lo llenan de aversión y repugnancia, hasta el punto de que confiesa que lo inutilizaban para escribir y pensar.

Regresó a Europa, y después de un viaje por Inglaterra halla en Oporto la mujer que ha de ser la compañera de su vida. En uno de esos castillos señoriales de las cercanías de la gran ciudad, contrae matrimonio con doña Emilia de Castro, de la familia de los condes de Rezende; y el mismo día de su casamiento sale con ella para Madrid.

Eça de Queiroz era alto, delgado, un poco encorvado, de aspecto algo enfermizo. Su frente era amplia, bella, despejada; la nariz curva; la barba aguda y el mirar dulce, que disimulaba su nobleza y su bondad con la impertinencia y la fachenda de un monóculo.

Tal vez Eça usaba el monóculo como un

uniforme de ironista, para ver la vida con esa altura que lo separa de los otros. Hay en él siempre una gran distinción, un espíritu señorial. Muy dandy, gustaba de todos los refinamientos de la *toilette*; usaba ropa blanca de un lujo inusitado, y el número de sus corbatas era tan extraordinario, que cuando estuvo en Nueva York llevaba un baúl lleno, y los aduaneros quisieron hacerle pagar derechos, «pues no comprendían que un hombre llevase tantas cintas de colores sólo para su uso».

Hay en Eça algo de Larra. Es el mismo espíritu satírico, demoledor, apasionado enamorado de todos los adelantos y de todos los refinamientos. Eça es más dichoso por el ambiente en que vive y por los afectos que hallan correspondencia. Sin embargo, él sufre el dolor de la vulgaridad que lo ròdea, y en pleno triunfo crea el «Club de los Vencidos de la Vida», en el que se agrupan todos los artistas portugueses que se encuentran un poco solitarios y aislados. Uno de estos *vencidos*, quizás el único que los sobrevive, ya, es Guerra Junqueiro.

En esta Sociedad, que por su nombre parece sombría y triste, reina la mayor alegría; se reúnen constantemente en comidas y fiestas; allí lucen su ingenio, se leen las primicias de sus trabajos; es algo que los alienta en la lucha y que los desquita

de las ingratitudes; que les proporciona una exaltación de su espíritu. Uno de estos cenáculos de artistas en los cuales las ironías son formidables y poderosas. Algo así como esa reunión de los *Fantasistas* que se agrupan al lado del gran dibujante Leal da Cámara, y que han exaltado las botas de charol frente a las botas de elástico, para dividir a los hombres por sus botas. Estos cenáculos que son comunes en todas las ciudades y que en España no pasaron de camarillas o vulgares reuniones, hasta que Gómez de la Serna, el original e íntegro *Iniciador*, ha reunido a los artistas más libres y notables en el antiguo café y botillería de Pombo.

Pero Eça, con su matrimonio pierde ya su carácter bohemio; se hace hombre de orden, político, es nombrado para un puesto diplomático y deja Portugal para vivir en Bristol, cuyas nieblas y clima desapacible lo mortifican, hasta que al fin es nombrado representante de su país en Francia.

Ir a vivir a París constituyó el colmo de las aspiraciones de Eça, enamorado de la literatura y del espíritu francés.. Alquiló una poética casita en Neuilly, y la convirtió en museo de obras artísticas.

La tuberculosis había hecho presa de ese organismo privilegiado, con la voluptuosidad con que esa enfermedad sabe elegir sus víctimas.

Fueron inútiles todos los cuidados y todos los viajes. Ortigao, que fué su enfermero y su compañero inseparable, estuvo con él en Suiza y pasaron el invierno en Berna e Interlaken; pero como se sentía peor quiso volver a París.

Pocos fueron los días que pasó en su ciudad querida. A pesar de la enfermedad que lo obligaba a guardar cama, se sentía animoso, fuerte de espíritu, con esa fuerza con que parece que la tisis reviste el espíritu mientras aniquila el cuerpo. El día 16 de Agosto de 1900 quiso que lo levantasen; se vistió cuidadosamente y se puso en el pecho la insignia de la Legión de Honor, empeñándose en ir a dar un paseo; pero de repente su enfermedad se agravó, y a las cuatro y media de la tarde exhaló el último suspiro este hombre que es gloria de la Península Ibérica.

Su cuerpo, embarcado en el Havre, fué conducido a Portugal en el vapor *Africa*, que fué recibido con grandes honores por todos los buques surtos en el Tajo.

Nada más dramático que esa conducción, por el mar, del cadáver de un hombre admirable. La proporción del gran hombre llevado en andas sobre el mar debe exagerarse y exaltarse de un modo refulgente. Todos los que fueron con él en el barco debieron sentir lo que de catafalco solemne tuvo el vapor convertido

en coche fúnebre. Ni los entierros en las góndolas negras de Venecia nos pueden hacer suponer la magnificencia de estos entierros que cruzan el desierto libre del mar. El gran hombre, más decidor que nunca, parece que debió ir sobre cubierta, soñando en sus grandes ansiedades de infinito, como los marinos que entienden tanto de eso, que han sentido tan grandes anhelos en las noches del mar y que se han llenado a su contacto de una gran dignidad y de una gran fortaleza. El muerto conducido por el ferrocarril, como en el furgón de los baúles, va de mala manera, sin la gran solemnidad con que es conducido por el mar. Es incomparable una cosa con otra. El espíritu de Eça de Queiroz habrá agradecido, indudablemente, a su patria ese último viaje durante el que pudo meditar tan a sus anchas, solitario, sin el ruido de las multitudes que acuden a los entierros, y en el que vió por última vez la noche y sus estrellas que lucen sobre el mar y que son más grandes, más magníficas, más numerosas que cuando lucen sobre la tierra. ¡Capitán elevado, magnífico, capitán por una sola vez en los océanos!

Eça de Queiroz está enterrado en Portugal. Tal vez despierta más admiración en las otras naciones de Europa que en su propia patria. Sin dejar de reconocer su

mérito, los portugueses, patriotas ante todo, no hallan bastante portugués a Eça, su lenguaje rompe con el clasicismo y su espíritu fraterniza con los ideales comunes de todos los pueblos. Hay un elemento pudibundo que no le perdona sus crudezas: los mazazos contra la familia rutinaria, contra los prejuicios religiosos, y sus caricaturas secas y escuetas en las que se reconocían los modelos.

El espíritu de artista de Manoel de Sousa Pinto—un joven escritor de integérrimo y altivo que tiende a realizar su labor de arte puro aislándose de toda camarilla literaria—ha sabido comprender como pocos al gran Eça de Queiroz. El, se queja de que Eça, que se libró en vida de la Academia, «cayese a su muerte entre todos esos hombres del elemento oficial burocrático del que siempre se rió con el más alto de los desdenes.» Los que en vida se escondían medrosos acudieron después con alardes de adoración. «Siempre Tartarín volviéndose valiente ante el peligro de la caza de un león ya muerto».

La estatua de Eça de Queiroz se alza en el Largo de Quintella; se presenta al gran escritor sosteniendo en sus brazos a una mujer desnuda; recuerda mucho el monumento levantado en el Parque Manceu a Maupassant. Sousa Pinto critica acerbamente este monumento. Le parece que la

figura de Eça ha sustituído a la de un sátiro que se goza en la contemplación de una mujer desnuda, y «Eça que es la gracia, el espíritu y la ironía—dice—ha quedado así dislocadamente integrado en esa pieza decorativa que no hiere la mirada por su desnudez, porque el desnudo no es inmoral, sino que ofende la conciencia de los admiradores sinceros del Maestro». La figura le parece una mujer vulgar y licenciosa que sale del baño; no justifica las palabras de la *Reliquia* que sirven de lema al monumento:

«Sobre la desnudez fuerte de la Verdad el manto diáfano de la Fantasía.»

Y abomina de esta frase que no sintetiza ni revela el espíritu total y jugoso de la obra de Eça y de un monumento que no simboliza su alma. Pero es que Sousa Pinto tal vez olvida que todos los que hacen estos monumentos son, en cierto modo, algo Coullaut Valera.

Sin embargo, el monumento tiene un valor decorativo con que no ha contado el escultor. Su pedestal, tan bajo, lo deja cobijarse al amparo de un grupo de palmeras que abre sobre la frente del gran artista sus palmas protectoras.

Una observación de Sousa Pinto, llena de delicadeza, nos incita a buscar: ¿Qué mujer de las creadas por Eça es la que ha representado el escultor?

¿Será Miss Mary «*con su rostro regordete de una blancura de leche donde se hubiese disuelto carmín, toda tierna y suculenta*», haciendo su presente de la camisa perfumada «*de violeta y de amor*?» ¿Será la modesta Amelia o Jonaninnha la *tan dulce y risueña madre de Jacinthinho*? ¿Será la condesa de Treves, *majestuosa con sus sedas color de azafrán, con encajes cruzados en el pecho a lo María Antonieta*, o la generala Camilloff con quien Theodoro tenía *horas de seda y oro*? ¿Es acaso la española de opereta Carmen Puebla o la *ordinaria y hermosa* Ana Lucena, o la *sapiente* Libuska?

Un escultor no debe hacer *una mujer* para sus monumentos, sino *la mujer* por la que sintió el novelista mayor pasión. Las mujeres de Eça son sutiles, delicadas, espirituales, aun dentro de la más escueta realidad. Frente a todas yo pienso en aquella mujer desconocida que Fradique admiró una noche a través de la puerta entornada, sentada al lado de su *Madrina* y que suponía llegada de algún viejo castillo de Anjou. Aquella mujer, *rubia, de cabeza alta y clara*, que a pesar de estar tan *indolentemente enterrada en un diván* le dió la impresión de *andar con la gracia altiva y ligera de una diosa o de un ave*.

La mujer de *hombros caídos, dolientes, angélicos, imitados de una madona de Mantegna y enteramente desusados en Francia*

desde el reinado de Carlos X, del «Lirio en el valle» y de los corazones incomprendidos; con los cabellos *fabulosamente rubios como el sol de Londres en Diciembre*.

Sería esta mujer *de brazos perfectos* y *pestañas de las que parecía pender, cuando las bajaba, una novela triste*, la que yo tomaría por tipo de las mujeres de Eça.

Su carácter se deduce de toda la descripción y sobre todo de los ojos *finos y lánguidos* (dos adjetivos que Eça gusta de aplicar a los ojos que lo impresionan más). Es la mujer de mayor encanto, pues tiene hasta el de que no sabremos jamás su nombre.

Después de la muerte de Eça se han publicado algunos de sus libros más bellos. Da pena un libro que no puede leer el autor, una crítica con la que no puede identificarse. Sus colecciones de artículos y cartas son interesantísimos; él, despreocupado y genial, no se cuidó de reunirlas, es a la posteridad a la que le queda encomendado ese trabajo. Sousa Pinto, que es el más autorizado para hacerlo, lamenta no poder publicar todas las cartas inéditas que tienen algunos de sus amigos, los cuales, por escrúpulos nimios, se obstinan en conservarlas inéditas. Algunas de ellas han sido publicadas en periódicos, y casi todas, al decir de los que las han leído, son verdaderamente admira-

bles, llenas del alto espíritu de Eça, que gozaba escribiendo cartas. Una de estas cartas inéditas de una admirable impresión de Salamanca; y en uno de los volúmenes póstumos, *Notas contemporáneas* (publicadas en 1909) hay una crónica impresionante, *En el mismo hotel*, sobre el asesinato de Cánovas del Castillo.

El genio de Eça estaba capacitado para conocer bien el alma española, el alma de la Península, el alma latina en general. El conocía nuestra literatura y puede decirse que había recibido en Lisboa las aguas bautismales del Tajo, que lleva y arrastra hacia la hermosa tierra lusitana el oro de sus arenas y la savia recia, potente, del alma de Castilla, al pasar por esa tierra recia y representativa de Toledo.

CAPÍTULO LXI

Los castillos de Sintra.

Sintra deja en el alma de los que una vez la visitan una impresión inolvidable, cuya *saudade* debe acompañarlos siempre, porque Sintra es de esos lugares idealmente fantásticos con los que hemos soñado alguna vez ante un paisaje de Van-der-Neer o ante una descripción virgiliana. Es algo que supera a toda realidad; un esfuerzo de la Naturaleza que quisiera sobrepasarse y superarse a sí misma. Aun después de conocer los paisajes más bellos de la tierra, Sintra sorprende con su grandiosidad. Richard Strauss confesaba que, aun habiendo viajado por Italia, Sicilia, Grecia y Egipto, no había visto nada comparable a Sintra, y creía reconocer en su parque el verdadero jardín de Klingsor, coronado por el castillo del Santo Grial,

en la cima de la montaña de la *Luna*, nombre primitivo de Cintra, *Cynthia* (Sintra ahora en la ortografía reformada), donde la diosa Diana tuvo templo en la antigüedad.

La luna preside en Sintra; es el suyo un paisaje lunar por su placidez, por su calma, por su melancolía, por su dulzura. Tiene, a pesar de su exuberancia, sosiego y suavidad de luna; en ese bosque magnífico que se anuncia desde que se sale de Lisboa, el sol penetra con dulzura, con delicadeza, y parece en su silencio estar poblado de esa armonía que en las noches llenas de misterio se confunde con el silencio mismo. Sintra es lugar de paz y de reposo.

Se ve bien la predilección que todos los que la conocieron han sentido por Sintra. Aquí hay ruinas de ciudades primitivas y de templos romanos. El edificio más antiguo que se conserva, el Castillo de los Moros, sobre uno de los picos del monte, puede formar una decoración de leyenda oriental, destacándose con sus viejos torreones ruinosos y sus almenas de piedra del fondo azul del cielo en aquella inmensa llanura, que se extiende hasta la orilla del Atlántico, velada por tenues celajes de gasa, los cuales le dan mayor idealidad y contribuyen a esa nota pacífica, tenue, mística, que se respira en todo el paisaje.

Todos los alrededores y el encantado pueblecillo de Sintra están como cobijados en el regazo del monte. Villas, hoteles, quintas y palacios se vislumbran entre las frondas. En una de ellas habitó Lord Byron, ese amador de los bellos paisajes que cantó los mármoles de Venecia, el encanto de Pisa y la grandeza de Sintra, «el glorioso Edén», como la ha llamado en su Child'Harolds. Los jardines de Sintra son realmente asombrosos; es bosque y jardín toda ella. No hay vegetación más espléndida en toda Europa, ni más exótica, ni más tropical. La araucaría del Brasil, los eucaliptus y los leucodendros forman bosquecillos féricos entre los altos pinos, que se pierden en el aire de un modo que recuerda el bosque de nuestra Alhambra. Las fusias, las hortensias y los heliotropos mezclan sus flores con los jazmineros y los rosales; por todas partes hay lagos, estanques y corrientes de agua que cantan su canción cristalina y mimosa. Estos bosques necesitan los castillos como un coronamiento.

El más alto es el castillo de la Pena. Su nombre parece profético cuando, recorriendo los salones, vemos las estancias de los fugitivos reyes D. Manuel y doña Amelia, tal como las dejaron cuando el 5 de Octubre de 1910 se proclamó la República en Portugal. Están allí las camas

deshechas, la mesa de lectura con el periódico abierto, todo mudo y abandonado en la huída.

Sólo el castillo parece inmutable en su grandeza sobre su solio de rocas. Da la impresión de una ciudadela compuesta de numerosos edificios agrupados, de distintos estilos, en un conjunto armónico y pintoresco.

Este soberbio castillo está construído sobre los cimientos de un convento de Jerónimos, que eligieron ese apartado lugar de retiro para enviar al cielo sus plegarias. Desde ese pobre monasterio de madera divisó el rey Manuel I los galeones que volvían de las Indias después de abrir al mundo las puertas del Oriente, y en su memoria construyó el edificio en piedra, donde más tarde, extinguida la Orden monacal, Fernando II hizo el nido de sus amores con la condesa Eldda, su esposa morganática.

En la fachada principal lucen hermosas muestras de la influencia que el descubrimiento de la India ejerció sobre la arquitectura portuguesa. Bajo este influjo nació el estilo *Manuelino*, que es un gótico portugués, un gótico del último período, que se modifica con las tendencias del Renacimiento y transforma la curva ojival en el arco de vuelta entera. Pero lo que lo caracteriza en Portugal es la deco-

ración, en la que entran manifestaciones de la fauna y de la flora marítima y de algunos ídolos y plantas índicos, a los que los descubrimientos portugueses pusieron en evidencia: La cuerda, la esfera armilar y la Cruz de Cristo son símbolos que se repiten continuamente.

Este estilo manuelino puede decirse que es el último adiós del arte de la tradición ojival. No es un estilo que deba confundirse con el plateresco, al que se asemeja por la prodigalidad de la ornamentación. Así como el manuelino es la última fase del gótico, el plateresco hay quien lo considera como la primera fase del Renacimiento.

Pero el castillo más histórico de Sintra es el *Palacio Real* (hoy palacio Nacional) que sirvió últimamente de morada a la reina doña María Pía, cuya memoria es grata a los republicanos portugueses.

Este palacio ofrece una irregularidad elegante en su arquitectura, con sus altas chimeneas cónicas, como enormes panes de azúcar, y sus ventanas árabes. Ejerce, además, la sugestión de su historia, que hace pasar ante nuestros ojos la vida patriarcal y galante de los antiguos soberanos de Portugal. Tal vez allí antes de que Juan I fijase en él su residencia, tuvieron los moros una Alhambra; parece revelarlo la disposición irregular del interior y el número de terrazas, parques y

jardines. Una de las estancias, el baño árabe, recuerda los refinamientos musulmanes y las estancias del Generalife. Este palacio ha sido morada veraniega de todos los reyes portugueses, entre los que se incluyen los tres Felipes de la Casa de Austria, que fueron a la vez reyes de España. El último de ellos debió llorar, al perder Sintra, como los árabes lloraron a Granada; tal vez por eso D. Manuel tiene en mi sentimiento una semejanza con Boabdil. Debe haber en el alma de los monarcas destronados algo del dolor del pueblo judío cuando perdió su Jerusalén.

Hay en este palacio dos estancias que conmueven: la sala de Audiencia, pequeño patio medio descubierto, y la sala que sirvió de prisión a Alfonso VI. En la primera celebró su último Consejo el célebre D. Sebastián, y en él se decidió la expedición a Africa, que costó la vida al monarca y la independencia a la nación. En la segunda, desnuda y desmantelada, guardan señales las baldosas de los pasos del rey, que durante diez y seis años no salió de esta estancia y trataba de divisar la finca de su antiguo favorito. ¡Diez y seis años de martirio frente a ese panorama que invita a la vida, debían librar de la execración de la historia a ese rey cuyo *virtuoso* hermano le usurpó el reino, la esposa y la libertad!

La decoración de los salones del palacio es verdaderamente notable. La sala de los Cisnes, cuyo techo está todo decorado de cisnes que llevan la corona como collar; la de los Ciervos, en la que lucen los escudos de todas las antiguas casas nobles, y la de las Maricas, recubierta toda ella, techo y paredes, de esos pájaros. Todos tienen su tradición. Los cisnes están pintados sirviendo de modelo una pareja que amaba mucho la princesa, porque le fueron regalados por su prometido. Las maricas, cada una de las cuales lleva en el pico una rosa y la divisa portuguesa «Por bien», tienen una leyenda parecida a la Orden de la Jarretierra. Fué mandada poner por Juan I para justificar la pura intención con que dió un beso y una rosa a una dama de la corte, en el momento en que, avisada su augusta esposa D.ª Felipa de Lancaster por una dama parlera como una marica, acudía a sorprenderlo. ¡Oh, la pureza de la intención!

Las grandes cocinas, todas chimenea, porque los enormes conos se elevan desde los cimientos, recubiertas de azulejos, son únicas en el mundo.

La parte habitada por D.ª María Pía tiene aún vida; no está inmovilizada como quedan todas las moradas desiertas.

Se conservan las habitaciones de doña María Pía. En todos los palacios reales

que he visitado en diversos países, el lujo no corre parejas con la elegancia. Hay cosas magníficas, pero sin espíritu; como si los reyes no tuviesen intimidad. Es todo vulgar en su riqueza y su ostentación. Tal vez me ha sido siempre tan simpática la figura de María Antonieta, porque supo hacerse unas habitaciones tan pequeñas entre los salones suntuosos de Versailles, como si quisiera huir y escaparse a su destino de reina para gozar su vida de mujer. Para los pueblos es crimen en las reinas ser mujeres.

María Pía es mujer, muy mujer; pero es ante todo reina. Fialho de Almeida la ha retratado magistralmente en su descripción del entierro del rey D. Luis, cruzando con la triste comitiva de noche, a la luz de los hachones, los desiertos campos de Portugal y los pueblecillos cuyos moradores salen curiosos de sus casas para ver el cadáver de un monarca y el dolor de una soberana.

María Pía no deja ver su dolor; va escondida en el fondo de su carroza. Ella, que ha sostenido más de una vez el bamboleante trono y ha dado a los hombres ejemplo de energía, halla aún fuerzas para hacer su entrada en los Jerónimos de Lisboa con la dignidad teatral y el gesto altivo que la ocasión requiere. Está esculpida en mármol la figura de D.ª María

Pía con la fuerza de una figura histórica, en la obra de Fialho; impresionante y sugeridora como una heroína de Shakespeare.

El pueblo amó a D.ª Pía por su realeza intrínseca, por su abolengo. Era una hija de Víctor Manuel, y nunca predominó el clero cerca de ella. Muy soberana ante el público, era muy mujer en su intimidad.

Aunque los palacios rara vez revelan un carácter, hay algo aquí de la esposa de D. Luis I. Los grandes arcones de ropa, el tocador cargado de frasquitos, los aparadores llenos de cerámica de la más escogida y de cristalería de Bohemia y de Venecia. Su gusto por los encajes y la gran profusión de espejos, espejos por todas partes, espejos colocados en el suelo, como no los hay en los otros palacios.

Está allí su rueca. Una rueca de madera, preciosa, una rueca de teatro, una rueca que se despega de todo el fondo del palacio; porque la rueca es el signo por excelencia de la modestia, de la laboriosidad, de la mujer que trabaja y se oculta. La rueca aquí es como algo decorativo, fuera de la realidad, pero que atrae la simpatía y parece convertir a la reina en una de esas mujeres sencillas y buenas que no tienen más cuidado que el cuidado del hogar. En realidad, aquí la rueca es como un blasón más de la Casa de Saboya, cuyas princesas, según reza la leyenda, saben

todas hilar la lana, y cada una lleva consigo su rueca, como una ejecutoria más de lo humano y lo recio de su estirpe.

Pero lo más interesante ahora son las obras de reconstrucción que el Gobierno de la República está llevando a cabo para aislar el palacio de las construcciones vulgares que lo rodean.

Ultimamente se ha procedido a indagaciones para restaurar algunas partes del palacio, y merced a la dirección de D. Rosendo Carvaliera, continuador de las glorias de los grandes arquitectos portugueses, entusiasta y artista, se ha descubierto dos interesantes ventanas del gótico florido, pertenecientes a la escuela de Batalha, que estaban ocultas detrás del vulgar altar de la capilla. Del mismo modo se ha descubierto un precioso fresco de palomas del siglo xv, que rima con el estilo general del edificio.

Toda la montaña continúa sembrada de palacios y castillos. Monsarrat, sobre el solar de una antigua ermita, es un palacio construído por un hugonote francés, tiene algo de bizantino y presta mayor encanto al conjunto de los otros palacios y quintas como *Los Pizoes*, que fué del duque de Aveiro, donde se tramaron los atentados a la vida de José I; la *Quinta del «Reloj»*, émula de los esplendores de *Monte Cristo; Penha-Verde*, morada de los

virreyes de la India; *Ramalhao*, donde perduran los recuerdos de la corte escandalosa de Carlota Joaquina; la *Quinta de Saldaña*, con sus estatuas de la Fe, solaz de leyendas, y tantos otros monumentos magníficos, palacios, iglesias y monasterios, como el *Convento de Capuchinos*, donde D. Sebastián oyó recitar a Camoens. El mayor encanto está en las almenas y murallas derruídas y románticas de la Alcazaba morisca, que domina el paisaje maravilloso.

No se puede dejar Sintra sin consagrar un recuerdo a Latino Coelho, uno de los mayores estilistas portugueses, su Castelar, enamorado del ideal republicano y patriarca que hoy sirve de ejemplo de hombres inteligentes y honrados.

Para mí, Latino Coelho es un amigo; se aparece en mi recuerdo de un modo querido y familiar. El artista insigne fué el íntimo amigo de mi padre. En mi hogar de Almería, que por ser Consulado de Portugal acariciaba con su sombra la bandera blanca y azul, yo oía a mi padre, Cónsul de Portugal, evocar la figura de este hombre, abuelo aristocrático de la República, siempre vestido de negro, correcto siempre, esquivando la admiración de las gentes, que se descubrían a su paso con cariño y respeto.

Yo conocía su figura menuda y deli-

cada, con un mechón de cabellos cayendo sobre la oreja, y conocía el espíritu del admirable autor de *La introducción al Discurso de la Corona*, creador de las bellezas del idioma portugués.

Latino Coelho era algo perezoso, pero muy trasnochador; gustaba de pasear de noche y escribía sentado en la cama sus admirables trabajos. Gran admirador de la actriz Emilia das Neves, escribió para ella la tragedia *El gladiador de Rávena*.

En política, Latino Coelho era partidario de la unión Ibérica bajo el régimen de una federación republicana. Este hombre insigne era a la vez sencillo e impulsivo como una criatura; se asustaba, hasta llegar al pánico, de ver un gato negro o una cucaracha, porque creía que le llevaban la mala suerte.

Sintra rinde estos días un homenaje a Latino Coelho, y esto me hace, por un fenómeno que no analizo, hallarme menos extranjera aun, como si la sombra protectora de este amigo de mi padre hiciese este lugar para mí algo así como esas viejas moradas señoriales que se abren para recibir a los huéspedes, los cuales se sienten como en su propia casa.

En el recuerdo es aún más bella, más profunda, más conmovedora la emoción de Sintra.

Después de conocer Sintra pensamos

en decir: «Alma, hagamos aquí nuestra morada», y resta como un anhelo de pasar dentro de su perpetua primavera todos los veranos y todos los inviernos de nuestra vida

CAPÍTULO LXII

Figuras de la República.

Bernardino Machado merecería bien de la República, aunque sólo fuese en concepto de patriarca, de padre de una numerosa familia: quince hijos, de los cuales ocho son mujeres y siete varones. En el momento actual sólo cuatro hijas y un hijo están en Lisboa; las dos niñas menores siguen sus estudios en el Liceo, preparándose para abogadas, y el hijo cumple su servicio militar.

La esposa y los demás hijos están en la casa solariega, en el alto Miño, porque el actual presidente, hijo del barón de Joanes, es hombre de grande y sólida fortuna.

Su esposa, D.ª Elzira Dantas, es una gran dama que ha sabido ser la compañera de un tribuno.

Esta señora supo animar al marido y

educar a los hijos para la causa de la libertad. Un presidente de República parece que nos presenta en su esposa como una coparticipación de su poder que irradia a todas las madres y las esposas, porque estas mujeres elevadas a la Presidencia es como si fueran más hijas del pueblo que los hombres.

La esposa de Machado es la presidente de La Cruzada de Mujeres Portuguesas, especie de movilización femenina, en la que cada mujer presta su esfuerzo en pro de la Patria. Las cuatro hijas que conozco son encantadoras. Una de ellas, Joaquina, casada con un oficial de Marina, es una mujercita delicada, casi infantil, muy bella y de un espíritu vivaz e inteligente. La otra hija soltera, María, es una de esas criaturas en cuyo rostro suave y apacible descansan los ojos y se siente algo de claror de luna. Sus manos de niña sólo se ocupan en enjugar lágrimas; vestida con el traje blanco de enfermera de la Cruz Roja, tiene algo de santidad. Ella organiza los socorros a los soldados y a los niños de la Casa de Maternidad, y el aroma de los dolores ajenos ha puesto una sombra triste en su rostro y ha hecho padecer a su corazón esa enfermedad de los corazones grandes.

Sentada en una de las soberbias salas del palacio de Belem, con las dos niñas

pequeñas a las que la dulce María presta algo de graciosamente maternal, conversamos. Las dos niñas llevan trajes cortos y tirabuzones, son bellas y discretas y me hablan de sus exámenes. María me habla de su padre; la inquieta verlo trabajar tanto, y tiene una admiración sincera hacia esa vida de laboriosidad.

Cuando Machado llega, nadie diría que está fatigado de tan gran esfuerzo. Es siempre el mismo hombre, de rostro fresco y mirada vivaz; correcto, pulcro y cuidadoso, Bernardino Machado habla con voz cálida y persuasiva. Recuerda a sus amigos de España, especialmente a Giner de los Ríos y Morote, y hay una lágrima en su voz al evocarlos.

—Yo iba mucho a casa de Morote—dice. —Por cierto que me enternecía la figura de un viejo criado, que era como *una madre* para las dos niñas. Cuando murió nuestro amigo inquirí qué había sido del fiel servidor; me dijeron que vendía cerillas, y esto me apenó tanto que envié a buscarlo para asegurar su suerte al lado mío. Desgraciadamente, el pobre había muerto.

Después habla con entusiasmo de haber sido nombrado profesor honorario de la Institución Libre de Enseñanza. Se ve que lo que estima más es su título de profesor; es un hombre que ha ofrecido un

alto ejemplo de trabajo y laboriosidad, desempeñando concienzudamente su cátedra de la Universidad de Coimbra. Empezó su carrera política luchando en los puestos más humildes, y hasta que el triunfo de la República le ha hecho justicia tuvo que sufrir muchas persecuciones por la labor radical de sus libros.

Durante la comida, a la que asiste el oficial de guardia y tiene cierto ceremonial de palacio, Machado habla de mil cosas distintas y agradables, alejadas de sus tareas, poniendo un ambiente cordial que borra la frialdad de la etiqueta. De vez en cuando el cansancio lo domina, y tiene unos momentos de sueño que pronto vence y que no apagan la claridad de su espíritu. A los postres le sirven fruta enviada de sus posesiones, de los árboles plantados y cultivados por él, y nos la muestra con satisfacción y contento.

Cuando termina la comida, las hijas vienen a besar la mano de su padre, y todos los comensales se saludan afectuosamente dándose la mano. Por un momento pienso que se despiden, pero bien pronto me percato de que es una costumbre de galantería afectuosa. Se saludan así siempre al acabar la comida; parece una sustitución de las acciones de gracias que daban al cielo los antiguos castellanos. Es tan simpática, tan cordial, tan familiar esta

costumbre, que parece abrir más las puertas de la intimidad.

El presidente nos acompaña al jardín, enseñándonos de paso las bellezas de este palacio de Belem, donde se hospedaran en no lejanos días los reyes de España y los de Inglaterra. Al pasar por uno de los salones, exclama sonriendo:

—Aquí celebro yo mis Consejos de Ministros y mi mujer sus Juntas de Damas.

Desde el jardín, perfumado de esos jazmines que no hay más que en Portugal y Andalucía, frente al Tajo, iluminado por la luna, Machado me muestra la estatua monumental de Alfonso de Alburquerque.

—El imitó a vuestro Cid—dice;—pero en vez de conquistar tierra en la Península, conquistó un nuevo mundo. Portugal es sólo un pretexto para nombrarnos; nuestra grandeza está en el mar y en las colonias.

Nos hace notar que Alburquerque llevaba la barba anudada como el campeón español.

Al volver, la biblioteca nos detiene. Machado nos muestra preciosas ediciones, entre las que no faltan libros castellanos. Las niñas juguetean con los volúmenes, y me parecen en este regio marco como tres princesitas de leyenda, ya desencantadas para escapar a ese sino fatal

que parece vedar a las princesas el amor y la libertad.

Machado tiene un libro precioso, el que menos se conoce de él, entre sus obras profundas y transcendentales: *Notas de un padre;* recuerda a Francis James; es un libro de ternura, de finas ironías, de observaciones delicadas. Mientras lee párrafos de esa obra sentimental de poeta que recuerda la vida infantil de sus hijos, lo miro con admiración.

Yo he sentido el orgullo de estos hombres elevados por su propio esfuerzo; he apreciado, visitando estos palacios que se abren de un modo tan sencillo, la importancia de su conquista. Estos hombres de la Revolución que han cambiado la faz de una nación, que han influído en los destinos de la Humanidad, sin darnos cuenta, por impresión inconsciente, los concebimos un poco en Danton o Robespierre, y nos admira ver hombres tan sencillos y tan poetas.

Se necesita un esfuerzo de voluntad para unir la figura del gran revolucionario, del jefe del Estado, con este padre de familia bondadoso, tan enamorado de sus hijos, de un gesto tan sencillo y tan señoril.

La velada transcurre apacible. Nos acompañan el ministro de Justicia y su esposa, hija del gran Guerra Junqueiro, y algunas otras personas.

Se toca el piano, se canta, se recitan versos, y las hijas de Machado y la bellísima Rosette, sobrina del presidente del Consejo de Ministros, bailan graciosamente los bailes populares de la región del Norte. La *Vira* tiene algo de fandango, de jota y de gallegada; hay en ella mezclas y reminiscencias de los bailes españoles. Es cadenciosa y viva a un tiempo mismo; castamente excitante, abandonada, con arranques de pasión, de pasión honda, de un frenesí reconcentrado. Una danza bella, armoniosa, en la que el cuerpo luce sus escorzos sin esos retorcimientos dolorosos, casi grotescos, que se han preconizado como ideal de las danzas.

***

Impresión parecida a la de Bernardino Machado me produjo también Teófilo Braga, cuando lo visité en mi viaje anterior, siendo aun presidente de la República. La figura de Teófilo Braga es más bien de sabio que de político. Es un hombre de vida laboriosa, estudiosa, llena de honradez, consecuente siempre consigo mismo. Toda su historia abona al hombre de espíritu recto, que desde la más modesta posición se eleva por su talento a la más alta magistratura.

Teófilo Braga no vivía en el Palacio de

la Presidencia; no quiso dejar la casa en que ha pasado largos años de su vida, en un hogar solitario, entristecido por la muerte de su esposa y de sus hijos.

La nota predominante de su morada es tener libros y papeles en todas partes: en las mesas, en las sillas, en los sofás. No son libros de sociología ni libros transcendentales; son amables libros de literatura y de estudio, que revelan la modalidad simpática de este hombre que, siendo presidente de la República, seguía viajando en tercera clase y paseando a pie por la ciudad, casi siempre con un paraguas bajo el brazo, lo que le ha valido de sus conciudadanos la inocente broma de llamar *Teófilos* a todos los paraguas.

Sin embargo, a pesar de esa modestia y de esa gran *bonhomie*, Teófilo Braga tiene dos condiciones que le granjean enemistades: una gran memoria para recordar los actos buenos y malos de cada uno, y una gran facultad de satirizar a sus adversarios. Esto hace de él un hombre terrible y temido.

Su aspecto no puede ser más simpático; tiene un tipo de hombre del Norte, una cabeza venerable y una mirada vivaz e inteligente.

Lleva cuarenta años de explicar literatura en su cátedra. Estos estudios lo apasionan, y lo hallé contento de quedar li-

bre de su Presidencia para volver a sus lecturas tranquilas, a sus libros, para poder reflexionar paseando con pasos más menudos y más lentos en el retiro de su gabinete.

—Yo no soy más que un profesor, un pobre hombre—me decía; y se veía bien la sinceridad de su palabra al afirmar su deseo de no ser más que profesor.

Toda la conversación versó sobre literatura. Teófilo Braga habla de prisa, a media voz, con extraordinaria facilidad y poniendo mucho calor y elocuencia en sus palabras.

Escuché verdaderamente interesada sus apreciaciones sobre nuestra literatura. El reivindica para Portugal la paternidad de Cervantes.

—El retrato más auténtico de Cervantes—dice—lo representa en un barco, y contradice todos los rasgos de la altiva raza castellana que tan bien retrató el Greco. Cervantes no es, como han supuesto los falsos retratos, un tipo de nariz afilada y perfil aquilino. Es un tipo delicado, de nariz pequeña y ojos dulces y serenos. Pero sea español o portugués, es lo cierto que el espíritu de Cervantes se aproxima a nosotros. Su gracia no es castellana, es portuguesa, porque resulta siempre del contraste y no de la palabra.

Con sorprendente memoria cita párrafos

del *Quijote*, para establecer un paralelo entre Cervantes y Camillo Castelho Branco.

Teófilo Braga está algo influído por el clasicismo. No en vano se es profesor tantos años. El ha escrito preciosos estudios sobre Camoens y sobre la trinidad del gran Herculano, el patriarca Garret y clásico Castilho, que es como el Ovidio de Portugal.

Teófilo Braga es enemigo de la escuela de Coimbra. Para él, Antero de Quental y Eça de Queiroz infiltraron en el pueblo su ironía y su pesimismo perjudiciales. En la actualidad escribe un libro sobre Francisco Manuel de Melo.

Mientras escucho al maestro, yo pienso en toda esta generación actual de escritores modernísimos que empiezan para mí con Antero y Eça y a los que siguen Fialho de Almeida, Antonio Nobres, Eugenio de Castro y toda esta nueva generación de artistas interesantes que brillan ahora en Portugal.

***

Otro político interesante es Magalhaes Lima. Tiene una fortaleza patriótica, representativa de toda una raza y una nación que se ha sobrepasado a sí misma. De aspecto sencillo, tranquilo, afable, dulce y bondadoso, lleno de confianza en todos

los principios que han informado su vida y su política, parece al mismo tiempo el soldado enérgico, victorioso y valiente, que sabe decidir los triunfos dignos de su país.

Magalhaes, gran maestre de la masonería portuguesa, es un sincero amigo de España, admirador de nuestro arte y muy conocedor de nuestra vida y nuestros hombres. Uno de sus admirables libros, *La Federación Ibérica*, es una buena prueba de su afecto.

Magalhaes ha pasado toda su vida entregado a una obra de pacifista, trabajando por un ideal de paz, de amor y de concordia, de fraternidad y de solidaridad entre los pueblos, y se consuela del desastre de sus ideales pensando que la guerra actual es una guerra contra el militarismo: es la guerra de la paz.

—De ella se derivará—me dice—un nuevo mundo de orden y de justicia, porque llegará el día en que todas las naciones del Universo recordarán horrorizadas esta guerra, y se comprometerán con un solemne juramento: «No mataremos más».

Su figura menudita y ágil, su semblante noble, afable, algo ingenuo, y sus ojos claros, de un azul que sólo puede encubrir pensamientos nobles. Magalhaes es un ejemplo de fe, de optimismo, de confianza en los destinos de su nación. El, como

todos los portugueses, siente más vivamente que nunca el amor a la patria: no tienen dueño, se sienten más señores de su tierra, más responsables al tener que gobernarse por sí propios.

Su apellido de marino me da la impresión de que hay en él algo de marino también, y que como el otro gran Magalhaes ha de conducir la nave de su nación hacia fastos de engrandecimiento y gloria.

* * *

Es un fenómeno digno de notarse que todos los grandes políticos portugueses tienen la doble personalidad de profesores, artistas u hombres de ciencia.

Don Manuel Monteiro, presidente de la Cámara de los Diputados, que ya ha sido ministro de Fomento, une a su condición de político la de ser un arqueólogo notable que ha realizado los más bellos estudios sobre la arquitectura románica.

* * *

No he conocido a Alfonso Costa. Yo lo comparo, sin saber por qué, a Melquiades Alvarez. Costa es el ídolo de las damas portuguesas, que para hablar de él suelen siempre aplicarle el adjetivo de «Magñiiifico».

Tampoco he conocido a Guerra Junqueiro, cuya voz rugiente, cuyos cantos líricos y estentóreos se oían hasta en España, es una figura que me interesaba y que he podido componer, en parte por datos oídos a su propia hija, en parte en mis conversaciones con sus compatriotas, que le profesan una verdadera admiración.

Guerra Junqueiro es épico, como Camoens; pero conforme el autor de *As Luisiadas* tuvo ocasión de cantar el apogeo y el engrandecimiento de su nación, Guerra Junqueiro escribió en un período de decadencia que hizo nacer esa monumental elegía de *A Patria*, en que las baladas del *Doido* (el loco), espectro lastimoso de Portugal monárquico, alcanzan proporciones shakesperianas.

La Monarquía que aguantó las novelas de Antonio de Alburquerque, tan demoledoras y audaces, y esa aparición de los espectros de la Casa de Braganza y que oyó sin protesta las estrofas de

«Papagallo real, dime qué pasa.
El cazador Simöes que va de caza»,

estaba ya muerta y destronada antes de la República.

Su obra es demasiado compleja y complicada. Hay a veces una dulzura de églo-

ga, un remanso de aguas claras como en sus *Oraciones*, esas maravillosas oraciones al pan y a la luz:

«Haré de ti, luz de un momento,
La luz eterna, la luz divina, la luz de amor»

y luego rompe el equilibrio con momentos casi grotescos, bruscos, de frase dura y cortante, como un Rabelais o un Zola.

Lo vemos caer en un desaliento leopardiano, amargo y desconsolador, y serenarse luego en las admirables pláticas del Condestable, ídolo histórico del gran poeta, cuyo espíritu guerrero y santo ha sabido comprender. En cambio, el rey nos parece un Hamlet en caricatura, sometido a la fuerza superior de su destino, que le da algo de inconsciente.

La forma en Guerra Junqueiro expresa esa modalidad inestable, inconsecuente de su carácter; innova porque no se sujeta, no se puede sujetar a reglas. Sus *yoes* lo empujan y lo hacen revolucionario, místico y filósofo a capricho. El lo reconoce y confiesa que es a veces inconsciente en su labor. No hace lo que deliberadamente quiere, sino lo que le impone la fiebre de la inspiración, cuando, como un avatar supremo, encarna en su cuerpo débil, menudo, y anima el rostro noble y digno, de perfil aguileño.

Se ve esto comprobado cuando se sabe cómo trabaja. Madruga generalmente, pero escribe de un modo irregular, sin continuidad. A lo mejor es en sus paseos cuando compone y recita sus versos.

He visto unas confesiones suyas que demuestran el eclecticismo de su espíritu.

Dice que los escritores que más estudia son Empédocles, Plotino, Spinoza, Lebnitz, Schelling, Schopenhauer y San Francisco de Asís. Los que más admira, como símbolos de superhombres, Cristo y Budha; como artistas, Esquilo, Dante, Michelet, Emerson y Carlyle...

De los portugueses prefiere a Joao de Deus, Camoens, Anthero de Quental, y gusta extraordinariamente de la poesía popular.

La casa de Guerra Junqueiro responde también a este exceso de amplitud espiritual. Son estancias-museos todas las suyas; atestadas de muebles antiguos, esculturas, armarios de castaño del Renacimiento y típicas arcas portuguesas. Tiene un cuadro del Greco y un Van Eyck; cerca de ellos, un grotesco capricho de brujas de D. Francisco de Goya, y una colección de cerámica maravillosa.

Ama sobre todo las antigüedades, y muchas de estas preciosidades las ha traído de España. Guerra Junqueiro habla el español, sin acento que denuncie su extran-

jería, y en muchas ocasiones ha recorrido los pueblos españoles de Extremadura, pobremente vestido, detrás de un borriquillo, comprando loza vieja y antigüedades.

No le ha arredrado nada en su busca; ha comido y pernoctado en esos viejos ventorros que no progresaron desde Cervantes acá, y en los cortijos aislados de la Sierra, donde las buenas mujeres eran todas amigas del *tío Junquera*, que les compraba los platos viejos. Las plazas de las aldeas españolas oyeron gritar al poeta portugués:

«¿Quién vende platos, fuentes y palanganas?»

«Platos... fuentes... palanganas... ¿quién vende?»

El dice riendo, que en pocas horas dejaba pueblos enteros sin un solo cacharro.

Hay que ver el sacrificio que esto le costaría, sabiendo que Guerra Junqueiro es, en su traje y en sus gustos, un verdadero dandy.

Contrastando con el lujo de la casa, su despacho es sencillo y severo: una gran mesa de pino vulgar, y retratos de Tolstoi, Hugo, Renán, Pasteur y Luisa Michel. Presidiéndolo todo, la estatua del Santo Condestable, Nuño Alvarez, al que rinde culto. Una estatua antigua y maravillosa cuya autenticidad defiende.

En su trato, Guerra Junqueiro es cambiante también: decidor a veces y a veces silencioso, sin aparente razón y motivo. Muy humorista y muy mordaz; sus frases y sus definiciones se clavan como saetas.

—Rubens—dice—es un comerciante en carne olímpica. De buena gana se le diría: Dame un kilo de chuletas de diosa.

Hablando de un conterráneo cuyo progreso se elogiaba, dijo:

—Era un jabalí; ahora, más civilizado, es un puerco.

En uno de sus viajes halló a un pobre cura, escapado de alguna caricatura de Bordalho Pinheiro, que abominaba del hereje Guerra Junqueiro, por haber publicado *Velhice*.

El poeta dió la razón al cura. Jamás Guerra Junqueiro tuvo un detractor más furibundo y apasionado que él mismo. Era un impío que no respetaba ni la vejez del Padre Eterno. Lo deberían quemar.

El cura, encantado, se hizo su amigo íntimo, comieron juntos y juntos se retrataron. ¡Figurémonos su asombro al enseñar el retrato y ver que su amigo era el propio Guerra Junqueiro, quedando así encadenado, como un castigo, a la gloria del gran poeta.

La República quiso enviar a Guerra Junqueiro de Embajador a España, pero él se excusó diciendo:

—Entre Madrid, que es un Edén, y Berna, que es un sanatorio, prefiero la segunda.

Ahora Guerra Junqueiro cultiva la filosofía más que la poesía; cree en la perfeccionabilidad del sér humano y, según me afirman, escribe una obra interesante y original de «Etica cósmica».

* * *

Para nosotros los autores teatrales más conocidos son Marcelino Mezquita, que comparamos al insigne Echegaray en la tendencia, y Julio Dantas, que en el mismo sentido, es el Benavente de Portugal.

He conocido a Julio Dantas una tarde que la amable esposa del general Pereira de Eça—prima del gran escritor—nos ha invitado a tomar el té en el Palacio de las Necesidades, donde habita, por razón de su alto cargo militar, el héroe de Africa.

Hemos paseado, hablando con el insigne autor, por los maravillosos jardines del antiguo Palacio Real, al borde de sus lagos, y he adquirido la confirmación del juicio que me había hecho formar su obra. Julio Dantas es un espíritu ligero, frívolo, algo inconsistente, tal como lo había concebido leyendo «Al oído de Mme. X» y «Un sarao en las Langeiras.» Tiene la observación sutil, la frase viva y la delicadeza

exquisita que caracteriza a los escritores del siglo XVIII. Es un espíritu más francés o italiano que portugués, y quizás por eso mismo ha sabido retratar tan bien los tipos de la decadencia y hacer vivir toda una época en *Don José* y la vieja señora *Morgada*.

* * *

Con una gran independencia del medio oficial viven dedicados a su trabajo, a sus triunfos, a su juventud y a sus amistades, artistas interesantes y fuertes. Se les sospecha, pero aun tienen el gran poder de escaparse, de vivir la libertad, de estar solos. Algunos, como Leal da Camara, es visible como una gloria joven. Leal da Camara ha representado siempre en Portugal la rebeldía artística. Tuvo que huir perseguido por los sicarios de la Monarquía; pero en París, lenta, penosa y sangrientamente preparó su triunfo. Trabajó mucho, aguzó su mirada hasta el suplicio, pasó una larga bohemia divertida y amarga, hasta que al fin inició una revista tan admirable, tan original como un libro original, tan completa como un libro, *L'Assiettee au Beurre*, donde se atacó todo con extensión, desmenuzando en cada número un personaje, una especie burguesa, alguna cosa trivial. Ahora es el momento

en que su patria, libre de la tiranía, está consagrando el triunfo conseguido en países extranjeros por este artista, que contribuyó con su ironía a la implantación de la República.

* * *

Observo que los museos de Lisboa son pequeños si se tiene en cuenta la cantidad de las obras, pero ricos por su mérito. Parecen, más que museos, ricas colecciones particulares.

El museo de las «Ventanas Verdes» contiene un cuadro de Leonardo de Vinci, otro de Caravaggio; pinturas de Van-Ostade, Rubens y Teniers; un Alberto Durero y un precioso Holbein: uno solo de cada clase, como una colección de muestras de estudio, en la que cada una parece adquiere doble valor por su soledad y aislamiento.

Con estos grandes maestros se habían confundido durante mucho tiempo los primitivos portugueses, hasta el punto de que el magistral tríptico de Nuno Gonçalves pasó por una obra de Hans Memling. Esto excusa de hacer su elogio.

Observo que el espíritu de los *primitivos* portugueses se asemeja al de los primitivos flamencos. En toda manifestación pictórica me interesan más los primitivos;

tienen para mí una seducción, un encanto, una ingenuidad que no llegan a superar nunca los maestros; estos primitivos portugueses son realistas, mas no paganos; todo está tomado de la realidad, pero todo ennoblecido, exaltado. Su colorido es brillante, fundido, entonado, y el dibujo noble y severo.

El Museo de Pintura moderno está separado del antiguo, en el antiguo convento de San Francisco. Es un museo que empieza a formarse y aun tiene escaso número de cuadros, porque los principales trabajos de los contemporáneos están en los palacios particulares, que guardan verdaderos tesoros.

Entre los muchos pintores de mérito está Columbano, que representa la escuela moderna; Columbano es el más perfecto, un pintor muy portugués; apenas ha salido de su país y no hay en su arte ninguna influencia extranjera; conserva genuina, íntegra, pura, toda la savia y el alma del arte portugués. Es un virtuoso de la pintura. El no cultiva el desnudo ni el paisaje ni la plena luz: retratos, cuadros de interior, la sencillez de la representación en la media luz de su estudio le bastan para triunfar.

* * *

En la actualidad hay en Lisboa otra exposición del gran caricaturista, hermano de Columbano, Rafael Bordalo Pinheiro, donde su admirador Sr. Cruz Magalhaes ha reunido pacientemente, con devoción e inteligencia, casi toda su obra.

Pocas fantasías pueden apreciarse tan exuberantes y ricas como la de Bordalo Pinheiro; es caricaturista vigoroso, demoledor, gran humorista, cuya factura artística se asemeja a la de Ortego. Su obra es cuantiosa, en una proporción que causa asombro, y abraza todos los géneros: tipos populares, cuadros de costumbre, sátiras políticas, en las que tuvo verdadera adivinación para predecir el porvenir.

Parece el precursor de este nuevo renacimiento que se observa en Portugal, y que merece estudio más detenido que el de la impresión rápida del viajero.

* * *

No faltan en la República portuguesa figuras femeninas.

Desde muy antiguo las mujeres portuguesas figuraron entre las sabias y refinadas de Europa. Eran más exquisitas que las parisienses y las inglesas. Una princesa de Portugal dió el tono en la corte de Inglaterra, cuyo trono ocupó. Nuestras crónicas nos cuentan el lujo y la libertad

de las damas portuguesas que acompañaron a las princesas que ocuparon el trono de España, y la infanta doña María fué la *Princesa sabia* que reunió en torno suyo una corte de artistas y poetas.

Del mismo modo, las mujeres del pueblo y de la clase media han dado siempre en Portugal muestras de inteligencia y energía. Ellas han laborado de tal modo en la implantación de la República, que una gran escritora francesa que visitó Lisboa reinando D. Carlos, advirtió a la reina Amelia: «Señora: es preciso atraer a las mujeres portuguesas, porque en ellas está el peligro».

Pero no era tarea fácil. Las portuguesas son patrióticas; no tienen esa indiferencia que sentimos nosotras respecto a la vida política del país, así es que están más adelantadas y marchan a la conquista de todos sus derechos de un modo seguro y rápido. Una señora que ha reclamado el voto fundándose en que nada hay en la Constitución que lo prohiba, ha conseguido que el juez D. Juan Bautista de Castro falle el asunto en su favor.

Así es que he conocido doctoras en Medicina, como D.ª Adelaida Cabete; abogada tan ilustre como D.ª Regina de Quintanilha, primera que ha vestido la toga en Portugal; periodista tan insigne como doña Virginia Cuaresma, redactora de *A Capi-*

pital, que yo diputaría como uno de los primeros periodistas de Europa, por su arrojo y por su inteligencia.

Aparte el matiz político, hay mujeres verdaderamente notables en las Letras portuguesas: la gran poetisa Amalia Vaz de Carvalho; las prosistas Virginia de Castro Almeida, Claudia de Campos y María Olga Moraes, ilustre autora del sabio estudio sobre la marquesa de Alorna. Carolina Michels de Vasconcellos, que tiene una cátedra en la Universidad de Coimbra, merecida por su sabiduría; y merecen citarse la novelista Benedita Mansinho de Alburquerque, Alice Pastrana de Blanco, Ana Castillo, Alice Laurence, María O'Neill y otras muchas.

Esto sin contar ese número de mujeres de virtud sencilla, modestas, que pasan ocultas y llenas de tan alta virtud cívica y tan gran espíritu de sacrificio, como Antonia Bermúdez, Carolina de Padua Franco, Raquel Vicente y tantas más que he visto laborando en la obra de la Cruzada o en el grupo de Carolina Angelo.

He dejado ex profeso cerrar este capítulo con el nombre de la escritora portuguesa más representativa de todas ellas, doña Ana de Castro Osorio, figura interesante de esas mujeres de la Revolución que se han consagrado, quizás con más intensidad que los hombres, a la gran obra social.

Yo no comprendo Portugal sin Ana de Castro Osorio; es una de esas mujeres sencillas, afables, llenas de naturalidad; dulces y buenas, que parecen querer hacerse perdonar su superioridad con su modestia.

Ana de Castro ha escrito novelas y libros llenos de arte, y tiene una labor enorme en artículos de periódico y conferencias. Ella dirige *A Semadora* y la Casa Editorial *Para los Niños*, de que es fundadora. Además de tan gran labor intelectual, Ana de Castro ha realizado una obra sociológica admirable. Presidenta del gremio Carolina Angelo y de la Liga Republicana, luchó denodadamente para la implantación de la República, como ahora se ocupa en la Cruzada. Esta mujer excepcional ha influído en la ley del divorcio, en la reforma de los códigos. En la actualidad ocupa uno de los puestos que se han dado a la mujer en el nuevo Ministerio del Trabajo.

Ana de Castro es viuda del eminente poeta Paulino de Oliveira, que murió siendo cónsul en el Brasil, y se ha dedicado a la tarea de educar a sus dos hijos, los cuales empiezan ya a dar muestras de su gusto literario. Hay que ver a esta mujer en el marco de la antigua casa señorial, que parece cobijada al amparo de la Sé, y desde cuyos balcones se descubre el espectáculo del cielo y del río en una exten-

sión deliciosa; para admirar la manera que ha tenido de formar su espíritu libre de prejuicios y llevar a cabo una labor cívica tan grande, sin alardes ni envanecimiento. Se hace frente a ella como un resumen de todas las mujeres portuguesas, que siendo tan hermanas nuestras son tan distintas, tan extraordinarias y tan insospechables.

Serán para mí inolvidables las veladas pasadas en Lisboa en el gran salón decorado de muebles antiguos y bellas cerámicas, de la casa de D.ª Ana de Castro.

Tenemos en él la visión de la vida hidalga y patricia de Portugal. Se reúne allí toda la familia; la madre, una ancianita que es el tipo perfecto de la dama linajuda y exquisita, muy cortés y muy afable; con el cuerpo inclinado por el peso de la edad y el espíritu vivaz, reflejado en los ojos tan grandes, tan claros, de un brillo tan sereno y tan juvenil, que borran casi todos los rasgos de la ancianidad.

El padre, un antiguo magistrado, correcto, cuidado, con su negra levita abrochada bajo la barba blanca, verdadero hidalgo portugués, nos muestra los libros raros que posee en la inmensa biblioteca, donde los guarda como joyas dentro de sus estuches. Mientras, los hijos de doña Ana, sus hermanos y sus invitados se entretienen con la música y la poesía. Uno

de los hermanos de la escritora es el ilustre poeta D. Alberto Osorio de Castro, de espíritu delicado y sensible, que no desmiente su alcurnia literaria.

Sus libros tienen una mezcla de misticismo panteísta y de sensualidad oriental oculta bajo la perfección de la frase escogida y galana, siempre bella y llena de distinción.

A las doce de la noche, María, una de esas viejas sirvientes que son ya como de la familia, después de veinte años en la casa, aparece con la humeante tetera y la mesa portátil cubierta de viandas, especie de cena andaluza confortadora y agradable.

En estos inolvidables ratos nos acompaña siempre un emigrado español, un antiguo comandante revolucionario, que fué condenado a muerte primero, y a cadena perpetua después, por las autoridades militares españolas, y que logró escapar valientemente arrojándose al mar desde el castillo de Santa Catalina, como el héroe de Dumas, y vino a refugiarse en Portugal.

Aun después de la amnistía, D. Manuel García del Castillo no ha querido abandonar el suelo hospitalario.

La figura de este noble anciano, que se sacrificó por los ideales de libertad y cuya existencia ignoramos casi todos sus

hermanos de ideales, nos hace tener con Portugal como un deber de agradecimiento, como una esperanza de refugio; la visión del sitio más bondadoso y más fraternal al que podremos huir algún día.

CAPÍTULO LXIII

Museo de coches.

No sé por qué he visitado el «Museo de Carrozas Reales» de Lisboa. Es una clase de museos que me disgusta siempre. No pierden su olor a cuadra, y tienen una atmósfera de sacristía.

Todos esos uniformes, libreas, arreos y arneses de gala antiguos y modernos, no me parecen jamás piezas de Museo; lo grosero de su empleo, su primera materia, su forma poco noble, me hacen pensar en la caballeriza vulgar, a pesar del lujo de todos estos objetos. Las badanas, las telas, todo tiene ese olor característico suyo, que a veces parece depender de la forma.

Sin embargo, la colección de carrozas antiguas que posee Portugal es digna de llamar la atención, sobre todo por su riqueza.

Fué Felipe II de España el que introdujo aquí esta moda. Está aquí su carroza armada en hierro, cubierta de cuero y brocado, que yo miro con la misma repugnancia con que me aparto de su regio sillón frailero de El Escorial.

Después la moda se fué extendiendo; no sólo los reyes, sino los nobles, y hasta los burgueses ricos, se mandaban construir carrozas de gala, de tamaño enorme y de gran lujo, hasta el punto de que las leyes suntuarias tuvieron que poner coto al derroche y ordenar que el color encarnado no pudiera ser usado por nadie, excepto la Casa Real.

Paseando entre la doble fila de carrozas, todas nos parecen iguales, a pesar de sus variaciones de forma, de decorado y de color. Hay en todas la misma extensión de la montura, lanza y ruedas, donde va montada la caja, son igualmente recargadas como si se contara con el efecto que deben producir su pesadez y su tamaño, y hay que tener en cuenta lo que eran la mayoría de las calles de Lisboa, estrechas y en cuesta, para ver cómo pasarían estos coches, rozando los muros y tropezando con los balcones. Como era imposible cruzarse dos vehículos, uno de ellos estaba obligado a retroceder; pero muchos hidalgos encontraban deprimente para su dignidad ceder el paso. En

más de una ocasión esto fué origen de desafíos y de pendencias; los criados de los combatientes ponían mano a las armas, dándose verdaderas batallas; hasta que al fin hubo que prohibir a cocheros y lacayos el uso de armas, y ordenar que el obligado a dejar el paso libre era el que subía la cuesta.

Ahora que sólo vemos salir estos coches en las procesiones o en actos oficiales de marcado carácter teatral, no nos damos bien cuenta del efecto que producirían en su uso corriente y diario, cuando no existía el coche de alquiler, el tranvía y todos los adelantos modernos. El lujo que representaban las carrozas era tal, que las traían las princesas en sus dotes como una joya preciada.

Están aquí los coches que trajeron Isabel de Saboya, Mariana Victoria de España y Sofía de Neubourg. Son todos ellos como estufas doradas, bamboleantes, de cojines altos, que tienen algo de litúrgico, como un palio bajo el cual sólo pudieran acogerse las reinas.

Han contribuído estas carrozas al papel de las reinas en la Historia. Por esos vidrios, entre esas columnas, entre esa floración de pinturas y esmaltes; bajo la realeza de las sedas y los terciopelos, deben entreverse perfiles de rostros de princesa; pero de estas princesas que a la vez

que figuras históricas son figuras de leyenda, y que han influído tanto con sus amores y sus intrigas en la vida de los pueblos. Las reinas, para pasear en estos coches deben ir vestidas de reinas, con la corona en la cabeza, si no el coche tiene más importancia que la reina. Ellas deben sentirse más reinas dentro de esos coches, hasta el punto de que fuera de ellos no parecen ya reinas.

La carroza de D.ª María I, toda chapada en oro, es elegantísima, y el arte de la pintura parece humillado al realizar tan notables trabajos en ella. Hay carrozas más sencillas, carrozas de infantas; proximas unas a otras, las de María Benedita, la infanta poeta y pintora, que tuvo fama de austera y virtuosa; María Josefa y María Dorotea. Son más graciosas, más ligeras; no sé por qué fenómeno me parece que todas estas cajas no están vacías, y que en cada una debería estar la soberana como una muñeca de cera.

En cambio, no se concibe bien en este marco a los príncipes y los reyes. Son poco decorativas, con sus trajes severos y sus semblantes barbudos o bigotudos. La montera de Felipe II no se aviene bien con esta decoración fastuosa. Ellos también, para ir aquí, necesitaban vestirse de corona y manto de armiño, un poco en rey godo, como los reyes de los naipes.

Hasta los caballos necesitan engalanarse; tienen los tiros de estos coches algo de cuádriga, de la majestad real de los varios pares de caballos que piafan y se encabritan, con sus arneses de plata y sus penachos de plumas, que están aquí guardados y expuestos, como los *sprits* con que se adornan la cabeza las grandes damas linajudas.

Los cocheros y palafreneros, con sus grotescas pelucas, han sido sustituídos por estos guardianes perezosos, dormilones, que acompañan a todos los visitantes repitiendo la misma cantinela, y que parecen ofenderse cuando no ponemos el gesto de admiración que están acostumbrados a ver; es ahora de ellos la grandeza. Son los únicos que la han heredado. Estas carrozas son ya cosa muerta, cosa que hay que defender de la polilla.

Los coches más espléndidos son los de D. Joâo V; tenía verdadera pasión por las carrozas; mandó construir siete berlinas en Holanda y otras muchas en España, Francia y Portugal.

—Mi disipación enriquece a mi país—solía decir.

Desdichadamente, una buena parte de las riquezas por él acumuladas fueron pérdidas para Portugal; pues D. Juan VI llevó al Brasil hasta cuarenta de estas carrozas.

El gran alarde de soberbia y riqueza está

aquí representado por las tres carrozas en que fué a Roma el embajador portugués, D. Andrés Mello de Castro, enviado por D. Juan para anunciar al Papa Clemente XI el nacimiento de su hijo.

Además del lujo, del tamaño y la factura propia de estos coches, llevan detrás varias figuras humanas, de bulto y tamaño natural, laminadas de oro, representando unas, las cinco partes del mundo, y otras, las virtudes: la Prudencia y la Justicia. La caja va resguardada por cortinas de brocado, y sobre su remate varios amorcillos renacimiento sostienen la corona real.

Habría que ver estos coches preciosos recorriendo los caminos, jornadas tras jornada, para atravesar los montes extremeños, los campos de Castilla, cruzar los Pirineos, pasar por tierras de Francia y recorrer media Italia hasta hacer la entrada triunfal en Roma entre las aclamaciones de la multitud, asombrada del alarde del monarca portugués. Tiene este viaje algo de marcha triunfal y de empresa épica, como la marcha de Aníbal. Lo asombroso es que no sólo fueron, sino que volvieron. Parece que debieran quedarse allí; pero el embajador volvió en ellas, con su comitiva y su séquito, haciendo salir a contemplar estas montañas de oro, heridas por el sol, a los moradores de los pueblos que hallaban en su ruta.

Volvieron, empero, vacías cuando fueron llenas. Llenas de presentes al Pontífice hechos por el Rey con una ostentación de brasilero rico, en aquel tiempo de poderío y de conquistas.

Aquí hay otro coche de D. Juan II, no menos rico, que los guías nos muestran con orgullo, porque en sus almohadones, no respetados por la polilla, se sentaron el emperador del Brasil, el rey Oscar de Suecia, Alfonso XII de España, Eduardo VII de Inglaterra, Guillermo II de Alemania y Emilio Loubet, Presidente de la República francesa. Al oir tantos nombres me parece que todos están allí, donde no caben, y que se empujan y se apretujan queriendo asomarse por las ventanillas, de ese modo con que las gentes habituales de los banquetes se atropellan queriendo salir todos en la fotografía.

CAPÍTULO LXIV

Las grandes plazas.

Hay plazas que forman el núcleo de la ciudad y que cuando recordamos el viaje en su conjunto se aparecen como si fuesen el punto puesto en movimiento para engendrar a su alrededor todos esos edificios, calles y jardines.

Es algo de nidal de la ciudad la gran plaza; se incuba en ella. En un principio las ciudades asentadas en lugares tan definitivos no debieron tener más que una gran plaza, así como otras se van extendiendo con una *Calle real* a las orillas de un camino, y no logran sugerir idea de estabilidad, sino de tránsito, de fonda de estación.

En cada ciudad impresiona una plaza, a veces no la más grande ni la más concurrida, sino la más llena de su espíritu y de su vida.

En Roma es la grandiosa plaza de San Pedro, en cuyo solar podría alzarse un pueblo entero, con su doble columnata, sus fuentes monumentales, y las fachadas de la Basílica y el Vaticano. Es la plaza que nos sugiere la visión de la grandeza romana, de sus leyendas de enmascarados esbirros deslizándose detrás de las columnatas, de todos aquellos crímenes audaces y bárbaros cuyo secreto guardó el cercano Tíber.

En Venecia es la plaza de San Marcos, plaza-salón, que es como el patio de vecindad de la ciudad toda, tan regular, tan proporcionada, tan enjoyada por su campanil y las cúpulas bizantinas de la Iglesia y enlazada a la Piazetta, que es como un balcón más del calado palacio de los Dux, abierto sobre las lagunas.

En París es la plaza de la Bastilla, teatro de todas las luchas y todas las manifestaciones, que rivaliza por su historia con la soberbia plaza de la Concordia y con la poética y silenciosa plaza de los Vosgos —la que hiere más el sentimiento—; aunque sabemos que la antigua Lutecia nació en la Isla de Francia y que las torres de *Notre Dame* cubren su primitivo solar.

Las grandes plazas de Bélgica que conservaban su sabor de Edad Media son inolvidables y ahora se hacen más queridas en el recuerdo, como casas solariegas de

las cuales despojan brutalmente esos usureros, dueños de hipotecas fatales, que arrojan a los descendientes de familias nobles de sus moradas.

Aquella plaza de Brujas, grande como un campo, en contraste con la estrechez de sus calles revueltas y románticas; aquella plaza de Bruselas, con sus casas a piñón, sus fachadas doradas y el alto *Hotel de Ville*, desde donde sonaba el carillón como campana de su religión cívica... Las plazas de Amberes y de Malinas... y tantas otras.

Impresiona siempre el recuerdo de una plaza en una ciudad, y no por grande seguramente. En Londres, más que la maravillosa de Trafalgar o la incomparable de Westminster, impresionan Trinity Square y Tower Hill, ante la Torre siniestra, con su musgo negruzco, nacido de la sangre, cerca de las grises aguas del Támesis que las envuelve en sus nieblas.

En España ningún lugar me ha dado impresión más exacta del alma de Castilla que la plaza de Alcalá de Henares, tan grande, tan pueblerina, tan irregular, mientras en un día de sol esperaba ver salir de su reloj los moros que golpean la campana; y la placita del Ochavo de Valladolid, que más que plaza parece rinconada, entre cuyos viejos soportales se enseñan aún la cadena y la argolla por donde pasó la

cuerda de que pendió el Condestable Don Alvaro de Luna.

En Madrid hay una de las plazas más encantadoras de Europa: la Plaza Mayor. Es una plaza antigua que no es anticuada ni vieja. Tiene una armonía de proporciones que le hacen lucir con independencia del jardín central y de la estatua. Sus soportales con faroles entre los pilares cuadrados, le dan ese sabor propio de las ciudades italianas; y remedan la Rue de Rivoli. Hay una igualdad, una simetría en todos los cuatro lados que gallardamente, sin exceso, rompe la altura de la torre del reloj. Todas las bocacalles son discretas y conservan sabor de antigüedad, preparando de antemano el ánimo para desembocar en ella. Vista de noche parece que hay, o debe haber continuamente, luna para llenarla, porque el tapiz del cielo tiene siempre importancia en ella. Es la plaza núcleo de la Península toda, y a ella están unidos los recuerdos de aquellas justas famosas de los romances moriscos, en que tomó parte el adolescente Rodrigo de Vivar; los torneos en que luce su divisa el romántico y atrevido conde de Villamediana; en ella se encienden las hogueras de los más tremebundos autos de Fe. Grandeza, romanticismo, poesía, dolor, todos los sentimientos más vivos del alma española están representados allí. Tal vez por eso hay ahora el

grupo de los *Caballeros de Pombo* que se llaman a sí mismos «Amigos de la Plaza Mayor», y en sus paseos nocturnos y solitarios por ella afirman su españolismo y su certeza.

Busco en Lisboa esa gran plaza representativa, y hallo que Lisboa tiene la Plaza del *Rocío* (de D. Pedro IV), tan bella con ese mosaico típico de piedrecitas y esa animación brillante que la asemeja a la Puerta del Sol, con el ir y venir de tranvías y de gente; la «Plaza del Comercio» (*Terreiro do Paço*) una de las más suntuosas de Europa que se abre sobre el Tajo, el cual forma un gran puerto frente a ella. En tres de sus lados están casi todos los Ministerios, el Correo y la mayor parte de las dependencias del Estado. El otro lado parece que cayó en el río, que se derrumbó para que luciera su belleza toda la ciudad, y toda la plaza es como un inmenso malecón, un vasto campo que se abre frente a Lisboa y que precede a la entrada por el gran arco central que parte el lado de en medio. Es el arco de triunfo que abre la puerta de la ciudad nueva, coronado por la fama y mostrando orgulloso las estatuas de Vasco de Gama, el gran navegante; Nuño Alvarez, el Gran Condestable; Viriato y el marqués de Pombal.

Viriato es para la historia un héroe español, y parece pregonar allí la fraterni-

dad de la raza. En cuanto al Marqués, ha ganado su puesto por hacer salir de los escombros y de la ceniza de la vieja Lisboa destruída completamente por el fuego, el agua y los terremotos, esta ciudad nueva, elegante, espiritual, sonriente, que crece y se engrandece como un árbol vivo plantado en tierra fecunda, que agradece el riego y se extiende en ramas y en flores.

La estatua ecuestre de Don José I, a pesar de sus grandes proporciones, está como empequeñecida y perdida en medio del arenal de la plaza. Recuerda a la Plaza Mayor en los soportales y en la simetría de todas las construcciones que la rodean. Se ve que los edificios se alzaron contando con la plaza, y que ésta no resultó de una aglomeración o ensanchamiento casual. Está bien entendido no haber hecho jardines en ella; le bastan los árboles que la rodean; debe tener esa especie de desnudez grandiosa que se aviene con su carácter. Fué en esta plaza donde tuvo lugar la sangrienta tragedia en que murieron el rey D. Carlos y el príncipe heredero.

Es en el ángulo que conduce a la cercana Plaza *Largo do Municipio* donde se realizó este hecho histórico, precursor del cambio que había de operarse en Portugal.

La plaza más grandiosa es, sin duda esta del Comercio, pero el *Largo do Municipio* es la que a mí me impresiona más, la que

siguiendo mi teoría veo yo como la *plaza-madre*; solar de Lisboa y punto más interesante de la Lisboa moderna.

Esta plaza está coronada a la derecha por casas, iglesias, palacios y jardines, que se alzan sobre la colina que la domina, escalonándose gallardos hasta su cima. Hay multitud de estas perspectivas que recuerdan la vista que ofrece Génova desde el puerto. A la izquierda está la pared desnuda del Arsenal; pared venerable, agujereada por las balas en las recientes luchas, y que parece dar a los sucesos cercanos una pátina de histórica antigüedad. La fachada de en medio la forma la Cámara Municipal. Es este edificio el que me impresiona. No veo de él su arquitectura, no veo su lujo, no me fijo en su belleza. Hay un balcón de mármol en el centro, un balcón al que yo me asomé un día temblorosa y como avergonzada de pisarlo sin quitarme las sandalias, como las creyentes en las Mezquitas o en la Escala Santa. Desde este balcón se proclamó la República. ¿Qué emoción sentiría el pueblo reunido, triunfante, libre? Sólo de pensarlo experimento un alivio espiritual, como si me quitasen el peso de una cadena. Para mayor contraste, en medio de esta plaza donde se proclamó la libertad está el *pelourinho* (picota) característico de todas las plazas portuguesas donde se verificaban

las ejecuciones, especialmente de los nobles, de donde le viene el remoquete de *Horca de los hidalgos*.

Tal vez los mismos actores de esta obra admirable no acertaron a comprender mi emoción. Ellos son los felices poseedores de la esposa deseada, y no recuerdan todo el anhelo, todo el ardor secreto del enamorado sin esperanza. Para mí, la gran plaza de Lisboa es el Largo do Municipio.

CAPITULO LXV

Panteón de Reyes.

La tarde de oro de Lisboa ha envuelto hoy en su luz incomparable a toda la ciudad, entonándolo, armonizándolo todo en una exaltación gloriosa, algo oriental, que vestía los jardines y los edificios de ese dorado a fuego de las cúpulas bizantinas.

Conociendo ya toda Lisboa, hemos elegido para nuestro paseo la Lisboa antigua, la Lisboa oriental, la Lisboa anterior a Pombal, la que aún conserva el desorden, la confusión y las resquebrajaduras del terremoto.

Nada más lindo que esta parte de Lisboa; con razón Humboldt decía que las tres ciudades más hermosas de Europa eran Nápoles, Constantinopla y Lisboa. Aquí persigue el recuerdo de Nápoles con el que tiene una gran semejanza. La desigualdad

del terreno sobre que está construída es lo que hace más pintoresca a Lisboa y le da belleza mayor. La parte moderna, la villa baja, nueva, con sus maravillosas calles *Rua Augusta* y *Rua do Ouro*, que desembocan en la Plaza del Comercio, forma el centro aristocrático y elegante. Al otro lado se extiende la ciudad novísima, una ciudad improvisada, magnífica, con su Avenida de la Libertad, sus monumentos grandiosos, los jardines y los campos de recreo. Todo está como situado en un valle; es lo fértil que crece en la umbría del barranco como esas adelfas de flores rosas que se abren en las hondonadas con el frescor del agua. Luego, por las laderas y las cimas de las siete colinas, y todas las ondulaciones, se alza un bosque de edificios, plazas, jardines, todo entrecortado y desigual. La vista es maravillosa desde todos los puntos. Desde abajo se ve el escalonado pintoresco, y desde cualquier altura: Nuestra Señora *da Graça* o Nuestra Señora *do Monte*, por un lado; San Pedro de Alcántara, por otro; se ve la ciudad tendida a los pies, risueña, variada, graciosa, con gracia de jardín tropical, no de recortado parque inglés. Sus casas tienen balcones bolados, como en España, y se mezclan gallardamente las plazas, los jardines, los templos, los palacios y los demás edificios en una extensión que sólo limitan el verdor de la

vega, como un mar de verdura y la cinta de brillante del Tajo, como un mar de acero líquido.

Una de las cosas más bellas son las ruinas del Carmen, en el sitio más céntrico de la población. Sus arcos derruídos parecen apoyarse sobre el ala de la Plaza del Rocío, donde está la *Brasileira*, ese café tan popular que sirvió de albergue a los revolucionarios portugueses donde se incubó la victoria de la República; vis a vis del teatro, con su frontón lujoso coronado por la estatua del popular actor-poeta Gil Vicente; y en el camino que conduce al *Chiado*, nuestra Carrera de San Jerónimo, a las horas de paseo de una multitud pseudo-elegante como la nuestra.

Ha sido un buen acuerdo no reconstruir esta iglesia del Carmen, esos muros rotos, resquebrajados, desiguales, informes, desnudos, que son de un encanto insuperable. ¿De qué se podrían llenar aquellas ojivas mejor que de ese azul de cielo, todo luz, de Lisboa?

Están hechas esas ojivas para recortarse en tapiz azul de su cielo. Es el templo hecho para llenarlo de cielo; para que sus arcos sostengan la bóveda azul. Su silueta romántica entre todo el esplendor moderno que la rodea es tan única, tan original, que debiera formar parte del escudo de Lisboa como la Torre de Belem.

A veces he subido en el ascensor que desde la Rua de Santa Justa monta al Largo do Carmo para pasar bajo el arbotante que abraza toda la calle y ver la portada medio enterrada en el suelo. Me interesa más la ruina que el museo que encierra la parte restaurada y que guarda la estatua de Nuño Alvarez, el cual fundó hace siete siglos esta iglesia, perfeccionada en su destrucción.

Pero nuestro paseo en esta tarde de oro ha sido por el otro extremo. Este adjetivo *de oro* hay que repetirlo para dar la sensación de lo que es esta luz de Lisboa. Hay luz azul, luz gris, luz fría, luz roja; un matiz que sirve de nota central y que subordina toda el alma del paisaje; la luz ésta es dorada, cae cernida, tamizada y como espesa sobre la ciudad; da una alegría seria, dulce, melancólica; una satisfacción de reposo y de bienaventuranza.

También debe dar fuerza. Yo no me hubiera creído nunca capaz de subir y bajar tantas cuestas y escaleras y de deambular tanto por las calles al acaso.

Forman dos barrios de gente maleante y de gente pobre; de vicio sórdido y de miseria. Dos barrios de amor y de vino, muy peligrosos para recorrerlos de noche.

De día son admirables. Me he creído transportada a muchos centenares de leguas de Lisboa. Eran los *vicos* de Génova,

con sus paredones altos, su pasadizo tan angosto que hay que caminar de medio lado, y los toldos de ropa tendidas a guisa de guirnalda de colores, en una verbena de harapos que destilan su agua mugrienta sobre el transeunte. Todo en cuestas y escaleras, en arcos obscuros que entran en calles sombrías. Una de estas, larga y estrecha, presenta la anomalía de que las casas se han apoyado las de una acera en las de otra y han unido sus tejados dejando el paso entre los muros y conservándose así de pie, apuntalándose, a pesar de los años y de su vetustez.

Y de pronto, en esas calles miserables se ve la portada de un palacio antiguo; en una esquina luce un escudo nobiliario, como el de la sabia marquesa de Alorna; sobre una puertecilla está grabado un blasón...; y todas estas cosas que en su medio natural miramos con indiferencia o con desdén, aquí nos impresionan quizás porque nos asusta que estas cosas, de materia más resistente, pasen también y nos amedrenta el que no exista nada que pueda perpetuar una memoria.

Las gentes estaban todas en las calles, en las ventanas y en las puertas. Gentes de la Margelina de Nápoles o de Santa Lucía; morenas, vivaces, lánguidas, algo desgalichadas, indolentes; poco cuidadosas del peinado y la ropa; de cabellos negros, de

ojos negros, de alegría árabe, a estallidos; y de melancolías contemplativas ante el espectáculo de su naturaleza.

Hemos admirado al pasar la magnífica portada de la Concepción vieja, en estilo manuelino, recargada y ostentosa; y esa *Casa de los Bicos* (Picos) que presenta la originalidad de estar talladas en facetas todas las piedras de la portada, como si estuviera formada la pared por enormes clavos pétreos y que nos ha recordado, patentizando más la fraternidad ibera, la «Casa de los Picos», de Segovia, tan característica como ésta, tan original, de tan ruda y tan noble fachada.

Una multitud de casas antiguas, interesantes, con reminiscencias de arquitectura flamenca y normanda. Unas casas primitivas llenas de encanto. ¡Cuántas bellezas que los turistas que no saben ver en lo pequeño, no podrán encontrar! He hallado una fuente de riqueza para amar más a Lisboa; ha sido como una revelación, como si me hubieran abierto un libro por la página escrita en español.

Y hemos ido a parar al campo de Santa Clara, por cuyos alrededores se extiende la *feria de ladra* (feria de la ladrona) que es lo mismo que nuestro Rastro. Estos mercados son como una especie de vertedero adonde desaguan las alcantarillas de todas las miserias y donde, por un fenó-

meno de flujo y reflujo, todas las miserias se alimentan.

Vienen aquí todos los detritus de todas las casas que se deshacen, de todos los miserables que se arruinan, de todo lo que las gentes ricas y acomodadas desechan y todo lo que se roba y todo lo que se pierde. Están mezclados objetos preciosos y objetos miserables; a veces una cosa original o una antigüedad preciosa tientan la codicia. Así se ve acudir la turba de anticuarios, de amadores, de aficionados, que revuelven la basura, lo mismo que las mujeres codiciosas que buscan gangas y que los burgueses que desean hallar objetos restaurados, cuya procedencia cuidaran de ocultar.

Conocido el Rastro, esto no puede sorprendernos. Es su hermano; pero es un hermano más limpio y alegre; se extiende al lado de una plaza con jardín, bajo una hermosa calle, cerca de una iglesia siempre en obra, que ahora es oficina militar, y que ya no se acabará; haciendo así buena la expresión popular «Obras de Santa Engracia» para dar idea de lo que no se acaba jamás.

A todo alrededor hay tiendas de todos estos objetos diversos que se revuelven y se mezclan; en medio de la calle están tendidos en el suelo ropas, calzados, platos y muebles. Hay mesillas con cerámica y puertas de clavos llenos de orín, cerraduras

mohosas y hierros oxidados. En el centro, un gran barracón de madera cobija las cosas más delicadas; las sedas, los muebles suntuosos. Está allí el estrado que hubo en el palacio del duque de Saldaña la noche de su último baile. El también ha de tomar parte en esta especie de danza de la muerte que danzan todos los objetos.

Al fondo, el río surcado por multitud de barcas, pone nota alegre contra la tristeza que hace a estos objetos tan lamentables y tan enternecedores.

Al salir de aquí hemos sentido la tentación de entrar a ver el cercano claustro del antiguo convento de San Vicente de Fuera, que recuerda la dominación de la Casa de Austria, y la antigua iglesia donde están enterrados los patriarcas de Lisboa.

El claustro no tiene más novedad que la extraordinaria profusión de azulejos antiguos, que tanto abundan en Lisboa y que son de extraordinario mérito. El azulejo tiene grato hasta el nombre; el azul es el color más ardiente, el primero, el más puro, el de más luz y de más poesía. Si la bondad y el amor tuviesen colores, serían azules. Por eso se concibe el azul como el signo de la felicidad suprema.

Con esta sensación azul y oro se ha abierto para nosotros la puerta del panteón de Reyes, que está en este mismo claustro. Es el panteón de la Casa de Bra-

ganza; están en él desde Juan IV hasta D. Carlos.

Hemos pasado por una puerta que rechina sobre los goznes a una estancia grande, desnuda, con olor a humedad y muerte.

En las paredes había dos lápidas marcando las sepulturas de dos nobles, que dan como la guardia de honor en aquella antesala del panteón de Reyes.

Yo esperaba encontrar mármoles, tumbas, túmulos y mausoleos como en Weiminster, El Escorial y San Denis. Me he quedado sorprendida en presencia de ataúdes y catafalcos. En el centro de la estancia, un túmulo negro, grande, enorme, cubierto de terciopelo, en el que reposa el rey D. Carlos; colgadas a su lado están las coronas, una de las cuales lleva en las cintas negras expresiones de dolor: «A nuestro primo. Alfonso, Victoria», y la firma de los reyes de España.

Y todo alrededor, las cajas negras, galoneadas, asustadoras, repugnantes; no es un cementerio como estamos acostumbrados a ver; es un almacén de muertos, de cajas en continua profanación. El guardián lleva una pequeña escalera y nos hace subir, a pesar de nuestra resistencia, a ver a los muertos, que no están descompuestos y satisfacen la curiosidad del público, que los ve como muchos devotos van a ver los

santos incorruptos que se exhiben en las iglesias algunos días del año.

Dentro de una caja de madera clara yace doña Luisa de Guzmán, la española que «prefirió ser reina un día a duquesa toda la vida», e incitó a la rebelión y a la independencia a este país.

Don Pedro, el buen Emperador del Brasil, que dejó la corona para salvar la cabeza, está descubierto hasta medio cuerpo y su rostro y su barba tienen como un musgo verdoso que lo cubre... El príncipe heredero está tal como debía estar cuando dormía descuidado en su lecho. Tiene un aspecto bondadoso, muy infantil.

A D. Carlos no puede vérsele, por el estado de putrefacción; yo tengo de él una imagen exacta, más que por su historia por las pinturas de Sintra, la prueba más viva que he visto de él; aquellas pinturas de mujeres pomposas, mostrando los escorzos groseros e innobles, pinturas más propias de un *cabaret* reservado que de un palacio real. Estos cadáveres insepultos dan sensación de horror y asco. Las coronas que rodean toda la habitación producen el efecto de estar en una prendería de viejo. Esas sedas y esos terciopelos de las cintas, nuevos, que no han servido de nada parece que están sucios, manoseados por el muerto; los miramos con miedo y un contagio de muerte. Esto, más que panteón

es hospital, sala de disección. ¡Qué sé yo! Tengo prisa de irme, y me siento muy contenta de observar que no hay moscas... Esta exhibición repugnante no constituye una falta de la República. Estaba así determinado desde antiguo por la Monarquía; era ya tradicional; y un sensato republicano a quien le hago observar lo raro del espectáculo, me dice:

—¡Oh! ¿qué dirían de nosotros si nos atreviésemos a enterrar *bajo tierra* estos cadáveres? Dirían que ni muertos los dejábamos en paz.

Tiene razón: para algunos sería como un regicidio, como una nueva muerte el enterrarlos: los reyes muertos parecen más inatacables que los reyes vivos.

Vamos hasta Santa María do Monte. Necesito subir hasta esa altura de más de cien metros, esa plaza de aldea, donde se abre la pequeña ermita; con sus árboles achaparrados y copudos, y asomarme a la baranda que se abre como un balcón a una terraza sobre la población.

Veo a Lisboa, tan bella, tan apacible, tan llena de vida y de alegría que me hace olvidar el espectáculo macabro que acabo de contemplar. Mis pulmones, oprimidos por la humedad pegajosa *de la Casa de Braganza*, respiran con plenitud; respiran el aire y la luz; la luz de esta tarde que tiene tonos de manzana madura.

CAPITULO XLVI

En el Tajo.

La Prensa de Portugal responde gallardamente a este revivir de actividad, de resurrección, por el que la nación atraviesa. Aquí ya saben prácticamente, no en teoría sólo, que la Prensa es un poder del Estado. Los periodistas han visto el fruto de su esfuerzo, y esto hace que su ardor cívico sea cada vez más entusiasta. Yo he tenido ocasión de visitar *A Capital,* uno de los más importantes diarios de la tarde y *O Mundo*, que es uno de los más notables diarios de la mañana.

El Director del primero, D. Manuel Guimaraes, es un periodista trabajador, inteligente, probo, sólo comparable con nuestro coloso Augusto de Figueroa. El segundo fué fundado por França Borjes, el inolvidable: una figura que me hace recordar a

nuestro llorado Alfredo Vicenti, el periodista incorrupto y ecuánime, tan gran amigo de Portugal, sin hacer valer su cariño. tan poeta de la vida y tan defensor abnegado y lleno de desinterés de todas las causas justas y nobles. En su redacción he conocido escritores de tanto prestigio como D. Luis Derouet, D. Santos Tavares y don Carlos Trilho. Sería interminable la lista de los periodistas de valer que militan en la Prensa de Portugal. Están en sus filas todos los grandes ingenios y todos los grandes políticos. La dirección espiritual de la multitud que les está encomendada no puede tener mejores apóstoles.

Yo hubiera querido visitar el «Journal do Comercio», tengo con ese periódico una deuda romántica. Quizás le debo a él mi afición al periodismo, a la literatura y a los viajes. No aprendí a leer espontáneamente en la plana de anuncios de ese *Journal* que iba a perderse en las soledades de mi cortijo de Rodalquilar. La impresión que hacían en mi ánimo las *negritas* rotundas redondas y gruesas de sus letreros no se ha borrado aún. Bajo ella había siempre grabados unos barcos formando columnas unos debajo de otros. Unos barcos muy negros, con una silueta muy gallarda y muy clásica, algunos con su penacho de humo como si ya estuviesen caminando otros con un aspecto de arranque, como

si tuviesen la máquina encendida esperando la orden de marcha. Algunas veces había un barco muy grande, y parecía como una galera capitana a la que las naves chiquitas le iban a dar escolta. La plana aquella tenía para mí un valor semejante al de las hojas de aleluyas en que me leían aventuras maravillosas. Yo la relacionaba con los mágicos cuentos de *Simbad el marino*. Sentía deseos de escaparme, de irme en aquellos barcos, y para enterarme de sus destinos aprendí a juntar en castellano aquellas negritas portuguesas tan sugeridoras y tan inolvidables. «Pernambuco, Río Janeiro, Santos, Oporto, Lisboa». Yo leía y releía sus nombres, los adivinaba por vocación, eran para mí lo que aún continúan siendo Bagdad, Mousul... y las ciudades de Oriente que no he podido ver aún. Yo quisiera poder estampar sus nombres con aquellas mismas negritas, rudas y fuertes

Necesito como un tónico el perfume del aguarrás y del plomo y la tinta de la imprenta. Así he aprovechado la galantería de la Prensa lisbonense para visitar sus redacciones, y no podré jamás corresponder a la manera tan sincera, tan amable, tan cortés, como han recibido a la compañera lejana, que ha llegado hasta aquí sin más tarjeta de presentación que el eco perdido de millares de artículos, ligeros y efímeros, y unas docenas de libros, cosas

todas que sorprende que fuera de la Patria hayan podido hacer ambiente.

A Capital, con el concurso del ministro Sr. Monteiro, dignamente representado por su secretario señor Palma, me ha dedicado una fiesta tan amable y tan simpática que será inolvidable.

Un precioso vaporcito, nos esperaba al pie de la escalinata de mármol de la Plaza del Comercio. Sus tripulantes eran todos artistas: literatos, pintores o escultores; las damas todas escritoras, periodistas o actrices como Lucinda Simoes y Palmyra Torres.

El barco se ha deslizado entre los ópalos y los dorados del crepúsculo sobre las aguas rizadas y blancas del Tajo. Se ha deslizado con un andar blanco, de dama que pisa sobre alfombras, y parecía que iba tendiendo para nosotros la vista incomparable de Lisboa como una cinta mágica maravillosa. La gran ciudad se aparece toda en la perspectiva como en esas fotografías de las plazas de toros en las que se ven las caras de todos los espectadores colocados en las gradas. Así muestra ella su belleza toda, completa y magnífica, sin ocultarnos nada.

La cúpula de la Estrella, el cuadrilátero del Palacio de Ajuda, la alta torre de la Sé; el viejo promontorio de Castello, y la extensión magnífica de sus plazas y de sus jardines.

A la orilla el hermoso puerto, no deja sospechar que se trata de un río, con los buques de alto bordo surtos cerca de los *Docas* y todo el movimiento de la ciudad comercial, que a esta hora se va amortiguando blandamente como si se quedase dormida. La luz blanca de la luna, que es como una flor blanca en el cielo, borra los oros vesperales. La ciudad no se borra por completo, nos queda de ella la impresión de la forma y de la línea sin la luz ni el color. Son todo siluetas vagas, inciertas, misteriosas, que parecen moverse y seguirnos en nuestro paseo como si las arrastrase el surco del agua que deja la quilla, y parece entre la otra agua inmóvil un arroyuelo de agua que corre entre la otra agua.

Desde los barcos cercanos salen voces en idiomas de pueblos distantes, que son como una música que va a unirse a la música de a bordo. El barco está transformado en salón. Una larga mesa enflorada ocupa toda la cubierta; el comercio de Lisboa ha enviado presentes de los mejores productos nacionales; reina un ambiente agradable, cordial, todo risas y alegrías. Los más afamados tocadores de guitarra y de viola nos dan un concierto incomparable. Los *fados* lloran su melancolía sobre las aguas. No hay nada tan impresionante como un fado cantado en la guitarra, así, lejos de la tierra, bajo ese cielo de un azul

tan limpio y tan claro, donde la luna es tan luciente que aleja toda la corte de estrellas, para que luzcan como en un cerco lejano, hacia los límites del horizonte.

De todos los fados que he oido, mi favorito es el fado antiguo, el fado clásico. No se pueden mejorar ni perfeccionar los cantos populares. Va en ellos un alma completa, tan completa que no se puede cambiar nada. El fado tiene el encanto de la *Folia* de Canarias, a la que más se parece; la languidez de la *guajira* y la melancolía triste de las *saetas* andaluzas. Todo el espíritu de un pueblo se traduce en sus cantares. Estos son los cantares nostálgicos del alma árabe, que lloraba su destierro de las orillas del Tigris y el Eufrates; cantos que quedaron en la Península, entre un pueblo oprimido y esclavo; cantos de nostalgia vaga, de ideal sin nombre, que es a la vez grito de pasión y suspiros amargos. Este canto legendario que no se halla ya en los himnos de los pueblos libres, esos que cantan gozosos y plácidos como suizos y noruegos o arrogantes y altivos como el pueblo francés. Pero este canto de queja y lloro, que pronto no entenderán aquí, es propicio para venir a anidar en el alma española, con la doble tristeza fatalista del árabe y la resignada inconsciencia supersticiosa y perezosa del andaluz.

Corre el barco sin oscilaciones, en su sua-

ve deslizarse, a favor de la corriente. Vamos hacia el mar. Un ingeniero enfoca los reflectores a la costa y van apareciendo como flores que brotasen al sol, la Torre de Belem con su silueta de piedras blancas; la iglesia de los Jerónimos, que evoca la visión de su arte con el recuerdo de aquellas columnas que rompieron el módulo clásico para elevarse audazmente y terminar en ese anillo que forma su extraño capitel; y desdoblándose en las duras aristas de la bóveda, para formar como un túnel de palmeras de piedra, de un encanto irresistible y lleno de grandiosidad. Surge en la evocación la estatua del Gran Alburquerque y continúa el desfile maravilloso en el que se revelan y se pierden todas las siluetas de los edificios notables y todas las visiones grandiosas de la ciudad, que ilumina o ensombrece el foco del reflector, como un sol de rayos de acero.

Sobre todo esto el palio en que luce esa luna insolente de puro brillante, esas aguas rumorosas y dormidas, sin oleaje ni color que son aguas que han venido de España; y sobre todo, este lazo de afecto tan cordial, este eco de fiesta triste que resuena en el eco de la guitarra y la viola, alejándose a merced del viento como si hubiera de caminar sin extinguirse nunca.

CAPITULO LXVII

---

10 bravos touros, 10.

¡A los toros! ¡A los toros!

¿Oimos bien? ¿Estamos en España? La gente corre endomingada y en fiesta hacia la plaza; se adornan los coches descubiertos con flores, hay una alegría ruidosa de pueblo en feria; una corriente que nos lleva también a nosotros hacia la *Praça de Touros*.

Es la plaza el edificio chabacano y suntuoso a la par que, como en nuestras ciudades, hace pareja a la catedral. Una población interesante de la península necesita catedral y plaza de toros para estar completa: Los dos cabildos.

Está dispuesta la plaza como las españolas; es igual arquitectura e igual aspecto externo. A las tres se abren las puertas y ya están desde mucho antes esperan-

do los aficionados. Han traído los trenes gente con rebaja de precios y todas las localidades rebosan. *Los camarotes* grandes y pequeños (palcos) cuestan 5.000 reis; están poblados los *balcaos*; los *Logares* de *Intelligencia*, y los *Logares no curro* preferidos por los técnicos; así como todas las barreras de sombra y de sol; en las que se agrupa una multitud tan incómoda y paciente como la que tenemos costumbre de ver. Los toros son fiesta de sol y el sol luce espléndido, enardeciendo la sangre.

Se empieza, sin embargo, a notar las diferencias. No están en los tendidos las hembras de *rompe y rasga* con mantillas y mantones de Manila; no están los chulos de sombrero ancho, ni se ven preparativos de botas de vino y de meriendas.

En los palcos las gentes van vestidas de calle; faltan los gritos de los vendedores.

Los:

—¡Bollos!

—¡Torraos!

—¡Chochos y altramuces!

Y el:

—¡Agua, aguardiente, azucarillos!

Es una muchedumbre más tranquila, más de orden.

El programa es grandioso: «¡10 bravos touros! generosamente ofrecidos por los labradores Excelentísimos señores» (aquí los

nombres y descripción de las divisas) y un juego de cabestros».

Además hay de propina un toro de divisa blanca y encarnada que será rifado después. Hay tres bandas de música para amenizar la corrida y tomarán parte los mozos de Forçao.

En el *despege* el espectáculo es pintoresco: Dos *Cavalieros tauromachicos* vestidos con un uniforme del siglo XV, con su sombrero de escarapela y su chorrera de encaje al pecho y la casaca larga, bordada, qúe les da un aspecto de académicos. Estos caballeros se distinguen de los toreros de profesión en el traje y en que llevan el bigote, como si el mostacho fuese un signo de autoridad y distinción.

Los *capinhas* van vestidos con uniforme torero, el clásico traje de luces, su capa, su tocado habitual. Igual a los toreros españoles, hasta en la cara afeitada y la coleta.

Los caballos sobre que cabalgan los *cavalieros tauromachicos* son preciosos; caballos de circo que saben bracear y bailar graciosamente al compás de la música.

Los tres primeros toros mantienen despierta mi atención por su novedad, y echo de menos una revista del incomparable *Barquero* para enterarme del mérito de las suertes.

Me parece una parodia de las corridas

españolas. Los *bravos touros* son unos pobres novillos corniabiertos, embolados, con zapatillas de cuero envolviendo las extremidades serradas de los cuernos.

En Portugal no se han matado toros desde la segunda mitad del siglo XVIII, en el reinado de José I, en la lidia en que fué mortalmente herido de una cornada el conde de Arcos. Los prohibió el marqués de Pombal diciendo que «Portugal no tenía bastante población para dar un hombre por un toro». Lo que no comprendo es por qué se sigue haciendo el simulacro de lidia. Los toros son fiesta bárbara, fiesta de valor y sangre; es indudable que su encanto y su emoción están en el peligro. Desde que he visto que se trata de un juego ha tomado para mí la corrida el valor de una fiesta de saltimbanquis.

Los *cavalieros* no pican desde sus caballos, ponen banderillas; unas banderillas cortas que al clavarse se quiebran, y desde la flecha que las sujeta a la piel del toro hasta el mango que queda en la mano del *cavaliero* se extiende una cinta de papel de colores con banderitas policromas, como una especie de serpentina. La banderilla al abrirse adorna al animal con una sombrilla, un abanico u otra figura análoga.

La multitud aplaude, grita, chilla y enronquece como en nuestras arenas; se excita con la sugestión del anfiteatro.

Los caballos bailan al retirarse, mientras los caballeros dan la vuelta al redondel saludando descubiertos, con el sombrero en la mano. Son caballos que no llevan vendados los ojos, saben acercarse al toro y huirle, y el caballero debe defenderlos con presteza.

El juego de los *capinhos* que ponen banderillas, capean, dan quiebros, simulan el salto de la garrocha y ejecutan todas esas proezas, encanto de los aficionados, es un simulacro de lo que se hace en España. No falta ni una espada que finja la suerte de matar y señale las estocadas.

Hay bravos, palmas, olés y esa música de banda, entrecortada, esa música que enardece y no marca más que escasos compases, propia de las corridas de toros.

¿Qué harán aquí nuestros toreros? Deben sentirse avergonzados ante estos toros indefensos nuestras eminencias taurinas. El ideal de los toreros es un pueblo así. Lucir garbo, posturitas, gentileza, sin peligro.

Los toreros que van a Portugal deben considerarlo agradable. Hacen el viaje con serenidad y al despedirlos no lloran sus mujeres. No tienen necesidad de dar noticias suyas con ese telegrama conmovedor, que esperan las familias llenas de una ansiedad que debería hacerlo prefe-

rente y adelantarlo a todos los otros telegramas.

Es un simulacro de corrida como las de los circos; en donde un clown señala todas las suertes y el perrito amaestrado se deja caer muerto. Es lástima no haber podido educar a los toros para que se tendieran. Entonces la ilusión sería completa.

Una corrida en cinematógrafo.

Cuando se han cansado de mortificar a los toros, que por cierto son saltarines como pocos y a cada momento trepan la barrera, sale el juego de *cabestros* con sus cencerros y el toro se une a ellos y vuelve otra vez al chiquero.

La parte peor de la corrida es para los *Moços de farçao*, que no hacen *la pega* en todos los toros.

Estos mozos tienen aspecto de campesinos, están vestidos como los aragoneses, llevan fajas anchas y gorros de colores. Todos en grupo avanzan hacia el toro, procuran llamarle la atención, y cuando se dirige a ellos uno se adelanta, se pone enfrente del animal con los brazos cruzados y recibe todo el empujón del testuz en medio del pecho. Unas veces el golpe es tan rudo, que el *forçao* rueda por el suelo y no queda capaz de levantarse; otras, el toro lo voltea y lo zarandea sobre su cabeza hasta lograr tirarlo; pero la mayor parte

de las veces el hombre resiste el embite, se agarra a los cuernos y logra dominar a la bestia. Entonces acuden todos los demás, rodean a la fiera, que rendida, jadeante y asustada parece un humilde borreguillo manso.

Esta es la parte más peligrosa de todas, y sin embargo, es la que más gusta. El público pide a los *forçaos*, con el mismo empeño con que grita en nuestras plazas: «¡Caballos! ¡Caballos!» Yo creo que sienten también la nostalgia del mondongo de los caballos y de la sangre humeante, como tal vez la multitud de nuestras plazas echa de menos las fieras que desgarraban esclavos, y salen algo defraudados el día que no tienen la suerte de presenciar una cogida grave.

CAPITULO LXVIII

Setúbal.

La orilla izquierda del río nos ha ido tentando con su silueta graciosa, verdeante y pintoresca, para incitarnos a visitarla.

¡Setúbal! Empieza por seducirnos su nombre clásico, que trae una evocación del mundo antiguo, como esas ruinas de Cetobriga y de Troya, sumergidas desde hace quince siglos en la desembocadura del Sado.

Es el Sado un río portugués del Sur, es un río de aguas azules, muy melancólico, de un curso lento, reposado, tranquilo, que parece inmóvil como un lago suizo. Entre el Sado, el Tajo y el Atlántico, el pedazo de tierra en donde se extiende Setúbal y sus alrededores forma una península minúscula, de un paisaje maravilloso; una Costa Azul, más romántica y

más bella que la Costa Azul, una Sintra más natural, por decirlo así

Todo el camino que conduce a Setúbal es exuberante, pintoresco, frondoso, no se deja de ver el agua por todas partes: pinares, alcornoques y viñedos. Un gran número de mujeres y hombres del campo laborean la tierra, cogen las mieses en las parvas o conducen racimos al lagar. Es una evocación de las novelas clásicas, de una Arcadia moderna. El sol brilla sobre los matices verdes en sus diversas tonalidades, arranca reflejos de plata a las aguas azules del Sado y hace valer el ocre y el pizarra de las montañas para formar el cuadro, de cambiante magnífico, que parece dispuesto en su conjunto por la mano de un hábil artista.

Los montones cónicos de sal, blanca y luciente, de las salinas, diseminados entre el verdor de los campos, con sus cristales facetados y brillantes, parecen riscos de amatistas preciosas, luminosas, que toman irisaciones azulinas y rosadas.

Setúbal está como tendida a la orilla del río, como un nido colocado entre la frondosidad de las ramas de un árbol magnífico. Es una ciudad bella, alegre, amplia, limpia, con plazas anchas en las que, como en la Plaza de Quevedo, hay palmeras viejas, de grandes hojas abiertas y de tronco grande y achatado. Las casas son de poca

altura, con balcones y terrazas, dispuestas para la gloria de su sol y del frescor de agua que hace florecer todo su suelo.

La fundación de la ciudad es fenicia; hermana de Cádiz en su origen, pues sin duda este lugar delicioso entusiasmó lo mismo que él a los asiáticos. Setúbal ha guardado más el carácter de estos primitivos colonizadores; en su playa das Fontaichas se ve un tipo en el que la genealogía camítica ha impreso fuertemente su sello. Las barquitas pesqueras guardan reminiscencias de los barcos fenicios; son altas de proa, gallardas, de una arquitectura igual a los diseños que nos ha legado la historia de ese pueblo expansivo, creador, que iba extendiendo la civilización y sembrando la guerra al despertar la ambición a su paso.

Tiene Setúbal lindas iglesias románticas del siglo xv, que toman ese prestigio que sólo la antigüedad da a las cosntrucciones como la iglesia del *Buen Jesús* y la de *San Julián*.

Es conmovedor el nombre de *Buen Jesús*. No es lo mismo—según los teólogos—decir Jesús que Dios. Esto del *Buen Jesús* humaniza mucho la figura, la separa de su unión hipostática, la acerca a nosotros; nos da idea del creador de una doctrina filosófica pura, mártir de sus ideas,

bueno e inocente. Es un amigo el *Buen Jesús;* un amigo muy familiar.

En cuanto a la vida de Setúbal, es la vida de una provincia española. El mismo recogimiento y las mismas fiestas. Esta noche había música en el paseo principal, cuyo nombre no recuerdo. En España lo llamaríamos *Alameda* o *Malecón*. Se tiende a la orilla del río, que lo limita por un lado, y al otro están los hoteles, los grandes teatros y los edificios principales.

Toca la música, pasean las muchachas seguidas de los jóvenes, y se sientan las mamás en las sillas de alquiler a esperar pacientes que termine la velada y vengan los maridos de su tertulia. Es estar en Almería o en Alicante.

Se nota en la gente satisfacción, tranquilidad, ese aire que toman los vecinos de las ciudades ricas, industriosas, donde se produce y se gana para la vida. Setúbal es ciudad rica, en ella tienen una gran importancia las fábricas de sardinas en conserva, de fama mundial, y el comercio alcanza un gran desarrollo. Su puerto, casi a la desembocadura del Sado, es de una gran importancia mercantil.

Pero lo que seduce en Setúbal es el aire, el cielo y el campo. Todo es sereno. Hay una placidez enervadora, dulce, que se infiltra. Un cielo limpio donde titilean las estrellas con una luz que no empaña nin-

gún celaje; donde las constelaciones se dibujan con toda perfección, y donde la vía láctea se extiende cuajada de nebulosas, palio de luz, lechosa y espesa, como vivero de mundos. El agua tan serena lo refleja todo, y el aire parece inmóvil para no interrumpir la contemplación.

Se extiende la paz solemne por el campo de paisajes grandiosos. Cierran el horizonte las montañas de la *Arrabida*, en las que existen ruinas de monasterios antiguos y grutas formadas en estalactitas. A la desembocadura del río el Castillo de Outao, que parece tallado en la roca de la montaña que lo corona, tiene aspecto de castillo fuerte, de ciudadela, el encanto de la construcción irregular y de la soledad que lo rodea y una plataforma desde donde se goza un panorama espléndido. En este castillo tiene su escena una de las novelas revolucionarias e interesantes de Antonio de Alburquerque, *O Marquez da Bacalhôa*. Este castillo, inexpugnable, fortaleza militar, tentó al rey D. Carlos para hacer de él una residencia de invierno. Están preparadas algunas de las habitaciones que se le destinaban y que no llegó a habitar.

Hoy el castillo está convertido por la República en sanatorio de niños tuberculosos. Es conmovedor el espectáculo de los cientos de criaturas que viven al aire

libre en sus terrazas y bajan hasta la orilla del agua para chapotear en ella y jugar en la arena. Los que no pueden dejar la cama están expuestos a la clemencia de las brisas y muchos de ellos, cubierto el cuerpo por la capa de yeso que sostiene la debilidad de sus miembros, se asemejan a muñecos. Apena ver su inmovilidad, verlos cómo viven dentro de esa capa blanca; parecen cuerpos muertos, embalsamados, cuya vida toda se reconcentra en los ojos. Algunos están envueltos así por completo en esa masa blanca, sepultura anticipada, de la que se espera verlos resucitar. Tienen cubierta la cabeza, el pecho, la espalda, las piernas. Cuando el médico golpea sobre esa cubierta hay un eco de sepulcro, de estar la envoltura vacía. En los rostros infantiles se ven, sin embargo, resignación y sonrisas; miran ávidos, curiosos, con ojos claros; entre esa tierra que los rodea y entre esos vendajes que ocultan la lacería del terrible mal de Pot que los corroe. Cuánto bien debe hacerles este aire. ¡Su único bien! Se ve que el castillo tiene al fin un destino regio al darse así a esas criaturas míseras.

Guardo un recuerdo confuso de todos estos parajes recorridos en automóvil y cuyos nombres no conservo. Es esta tierra la rival de Sintra; ella ha sido la Sintra del siglo xv y está sembrada de pala-

cios ya ennegrecidos y abandonados. Hay castillos fundados por los Felipes de España que conservan su nombre; se ven las ruinas del soberbio señorío de Palmella; se hallan ruinas de iglesias góticas y de torres moriscas; en algunos puntos la playa deja ver siluetas de agujas, como monolitos egipcios, semejantes a las piedras encantadas de la playa de *María Esquelha*. Encontramos huertas donde las flores, las hortalizas y los árboles frutales se mezclan en un concierto admirable. Las ventanas de las quintas, tapizadas de jazmín y madreselva; las enredaderas de flores rosa enlazándose a los perales cargados de fruta madura; la flor roja del granado, abierta como una grana, confundiéndose con las uvas de oro. Las hojas amplias, que parecen de planta cuática, de los melones, cubren el suelo de los bancales de regadío, enseñando las moles del melón y de la *melancia* (sandía) como botijos naturales, rezumantes de jugo de la tierra, que invitan a apagar la sed. Se mezcla el olor de la savia de la higuera con el olor de las ciruelas maduras; cuelgan racimos de capullos de fusia entre las rosas de todos colores, desde el granate hasta el aurora; hay jazmines azules y campanillas moradas y blancas; las varas de nardos y azucenas se alzan como un milagro de floración virginal en los tallos

escuetos y los *cravos* (claveles) se abren reventones, en los ribazos, como en la tierra de Andalucía.

Al correr del coche vemos campos de mies madura, maizales que ocultan las panojas de granos amarillos, como princesas que sólo dejan ver la cabellera rubia bajo el sayal de estameña que las cubre; alcornoques, cuyo tronco sangrante envuelve piadosa la yedra; olivares, viñedos, pinos... Toda la riqueza de los campos portugueses.

A veces, desde las cumbres, vemos los ríos, el mar y la silueta de Lisboa lejana, que se ofrece como una promesa. Hay barrancos umbríos, profundidades en cuyo fondo se ríe el agua; cimas altas con paredes cortadas a pico, y laderas que bordeamos. Se recuerda Tenerife con su belleza tropical y africana.

CAPITULO LXIX

Carolina Coronado.

Hay figuras de grandes españoles cuyo recuerdo nos persigue en Portugal. Nuestros grandes románticos han tenido predilección por este suelo. Es sabido el viaje de Espronceda, emigrado político, que hizo célebre la anécdota de arrojar al Tajo su única moneda de dos pesetas «por no querer entrar en ciudad tan grande con tan poco dinero». Esta tierra acogedora protegió al gran poeta y fué la cuna de aquel amor cruel y turbulento que sintió por Teresa Mancha y que tanto influyó sobre toda su vida.

Herido de amor nuestro gran Mariano José de Larra, visitó esta ciudad de Lisboa, preso ya de la mortal melancolía y del amor desdichado que lo llevaron al sepulcro. Larra escribió aquí, en Mayo

de 1835, su poesía *Recuerdos*, en la que hay una vibrante invocación al río:

«Río Tajo, río Tajo;
El de la corriente undosa;
El de las arenas de oro,
El que padre España nombra».
.....
«Tú que fecundante bañas
Las regiones españolas,
Desde el alcázar de Reyes
Que Aranjuez rico decora,
Hasta las playas de Luso,
Archivo de tantas glorias,
Deja un punto para oirme
Sus venerandas memorias».

Después lamenta sus desventuras y al no poder amar a las bellezas lusitanas que merecen su admiración.

«Diles que tan sólo un voto
La amistad para ellas forma:
¡Plegue a Dios que no amen nunca
Las que aun el amor ignoran!

Y acaba de aquella manera tan sentida y suplicante a nuestro río español:

«Haz que tus ondas me traigan
el nombre de mi Señora».

Pero el río guarda el secreto de ese nombre tan celosamente como lo guardó *Fígaro*, que debió pronunciarlo al morir sin que nadie lo escuchara.

La gran poetisa romántica Carolina Coronado vino a encerrarse en Portugal y vivió aquí como una especie de embajadora de España que tenía un prestigio antiguo y valetudinario, semejante al de la Emperatriz Eugenia. Yo me he complacido en evocar su memoria ante estos paisajes románticos, en estas noches maravillosas de Portugal, y poco a poco he ido delineando su figura, como quien, distraído, bosqueja en el papel que encuentra a mano la silueta que le es familiar.

Ninguna figura de mujer tan interesante en la literatura española como la de Carolina Coronado. Ella legitimó la inclinación literaria de la mujer hasta el límite que hoy tiene; fué intrépida, decidida y se apasionó del arte con una pasión literaria y fervorosa.

La característica de los libros de esta mujer es la exuberancia, la ilusión, el transporte lírico. Todo en ella fué espontáneo, lleno de frescura, un perfume de originalidad encantadora, un perfume que en casi todas las obras de las otras mujeres ha perdido intensidad. Era la improvisadora. Cuando la iluminaba una idea, cuando una cosa la deslumbraba o la ensombrecía, se sentaba ante el papel y escribía unos versos. Aun hemos oído hablar con asombro a algún viejo superviviente de su época de aquella condición

rápida y maravillosa de Carolina Coronado, de aquellas improvisaciones hechas a la vista de todos. Se sentaba y de una vez escribía una poesía perfecta, como un Beethoven que repentizase en el piano una sonata original. Verdaderamente era un cerebro privilegiado, construído definitivamente por la Naturaleza con toda la fatalidad de su estro poético.

Toda la vida de Carolina Coronado estuvo henchida de una pasión honesta, pero fervorosa por la vida. Fué como una heroína de novela, que al no poderse revelar completamente en la vida hubiera escrito la heroicidad lírica y fastuosa de su alma, revelando de vez en cuando en sus hechos la bravura de heroína que había en ella.

Espronceda tuvo la revelación de su temperamento admirable y le dedicó la sabida poesía:

Dicen que tienes trece primaveras
Y eres portento de hermosura ya,
Y que en tus grandes ojos reverberas
La lumbre de los astros inmortal.
Juro a tus plantas que insensato he sido
De placer en placer corriendo en pos,
Cuando en el mismo valle hemos nacido,
Niña gentil, para adorarnos dos.
Torrentes brota de armonía el alma;
Huyamos a los bosques a cantar,

Denos la sombra tu inocente *palma* (1)
Y reposo tu virgen *soledad* (2).

Carolina Coronado fué, sobre todo, una mujer en la más profunda acepción de la palabra, en sus amores y en sus empresas. Por ser tan mujer se atrevió, cuando no había influenciado todavía la gazmoñería de su época, a escribir *El paralelo de Santa Teresa y Safo*, esa obra a la que después rechazó, pero de la que no pudo extirpar la memoria del título, que se conserva en la galería de los grandes aciertos del pensamiento. Sólo una mujer podía haber visto con tanta claridad ese paralelo tan excesivamente humano.

En sus amistades fué terrible. Salvó a sus amigos cien veces de los peligros. Los revolucionarios de aquella época tenían amparo en su casa y alguna vez se interpuso en el despacho de un ministro, entre la crueldad de la justicia y la grandeza de algún reo.

Por sus hijos tuvo un cariño febril e inusitado. Ella consiguió salvar a sus hijos muertos y más tarde a su marido del olvido de una fosa, manteniendo sus cadáveres bajo su guardia. Cerró su casa de la calle de Alcalá sin tocar a un mue-

---

(1) Alude a poesías de la autora.
(2) Idem, ídem.

ble, abandonándolo todo tal como estaba cuando murió allí una de sus hijas, y fué a esconderse en una quinta, cercana a Mafra, entre los árboles y las flores de esta tierra portuguesa que ofrecieron morada digna a la gran artista.

Yo no puedo recordarla sin la obsesión de esas anécdotas fuertes y fervorosas de sus muertos. La veo llevándolos consigo, abrazada a ellos, transportándolos con un romanticismo invencible que no se resigna con lo inevitable y sabe triunfar de la misma muerte.

El ambiente aristocrático en que la envolvieron todos los homenajes, el ambiente severo y distinguido en que la retuvo el haberse casado con el secretario de una embajada tan importante como la de los Estados Unidos, fué lo único que la perjudicó reteniéndola lejos de la vida dura, real y verdadera. Carolina Coronado más en medio de esa vida hubiera encontrado para su temperamento una demostración más directa, más viva, más esencial. En vez de contener su talento y su genio, los hubiera revelado empeñándose en el deber más serio de exaltar la vida entrañable y violenta que vive libremente y con más carácter y más firmeza lejos de esos medios cerrados en que vivió Carolina Coronado. Ella no pudo faltar a una prudencia a la que esto la obli-

gaba y sin embargo lo que había en ella de íntimo, más fuerte que lo impuesto por la mojigatería lució bastante, lució con una intensidad que antes que en ella no había lucido tan vivamente en ninguna mujer.

Carolina Coronado merece por eso un constante recuerdo. Es la figura de mujer más brillante y más amada de su tiempo, y la precursora de la mujer que ha de manifestar su alma con valentía en lo porvenir. Es como el tipo legendario de la heroína de la novela meridional. Los retratos que de ella nos quedan, uno pintado por Madrazo, y sobre todo los retratos de su juventud, revelan el encanto de esa figura poética que no sólo cantó, sino que fué cantada por los poetas de su tiempo, que le ofrendaron sus triunfos, y soñada por los pintores. Es el ideal de mujer de corazón sensible y alma fuerte, de la que se enamoran reyes sin vencer su virtud. Su figura esbelta, de ojos negros y grandes, llenos de ensueño, con sus largos tirabuzones, es la figura de una heroína de Lamartine.

Esa figura se ha perpetuado en nuestro recuerdo siempre juvenil, porque Carolina Coronado se murió para nosotros en plena juventud, a pesar de haber muerto tan anciana en su retiro de flores. Ella se alejó, se perdió, se ocultó aquí en Portu-

gal, vivió ya muerta para nosotros y para el Arte. Así es que tanto por su vida como por su obra, Carolina Coronado es la encarnación más representativa del romanticismo de su tiempo y la evocamos al recorrer este país encantador cuya alma supo comprender y de estos paisajes que amó hasta el punto de hacer de Portugal la patria verdadera, porque fué la tierra elegida, libre y espontáneamente, para vivir y para morir en ella. Así la figura de esta mujer española es para mí como la gran figura de una mujer portuguesa.

FIN

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

PARTE QUINTA

Alemania.

		Págs.
CAP. XLI	—A través de Alemania	9
» XLII	—La ciudad del Elba	17
» XLIII	—A orillas del Alster	25
» XLIV	—Hacia el Norte	29
» XLV	—Al volver	33
» XLVI	—El peligro de los cabellos negros	44
» XLVII	—Prisioneras	52
» XLVIII	—Días de guerra	58
» XLIX	—A bordo del «Ciscar»	65
» L	—El mar del Norte	73

PARTE SEXTA

Inglaterra.

CAP. LI	—Superioridad inglesa	81
» LII	—La ciudad grandiosa	85
» LIII	—Observaciones	96
» LIV	—Museo viviente	107
» LV	—La Torre de Londres	115
» LVI	—Bichos	125
» LVII	—Vuelta a España	131
» LVIII	—La tristeza del mar	137

PARTE SÉPTIMA

Portugal.

		Págs.
CAP. LIX	—El solar de Coimbra	149
» LX	—Eça de Queiroz	155
» LXI	—Los castillos de Sintra	173
» LXII	—Figuras de la República	186
» LXIII	—Museo de coches	214
» LXIV	—Las grandes plazas	221
» LXV	—Panteón de Reyes	229
» LXVI	—En el Tajo	240
» LXVII	—10 bravos touros, 10	247
» LXVIII	—Setúbal	254
» LXIX	—Carolina Coronado	262

ÚLTIMAS NOVEDADES PUBLICADAS

	Pesetas
Felipe Sassone: «La Espuma de Afrodita» (Novela) (2.ª edición)	3,50
Id.: «La Princesa está triste...» (Dramas y comedias) (2.ª edición)	3,50
Id.: «El miedo de los Felices» (Dramas y comedias) (2.ª edición)	3,50
Id.: «El Intérprete de Hamlet» (Dramas y comedias)	3,50
Id.: «La Canción del Bohemio» (Poesías)	3,50
Enrique de Alvear: «De Sociedad» (Comedias rápidas)	3,00
Fernando Gil Mariscal: «En Villabravía» (Novela)	3,00
«El Caballero Audaz»: «El Pozo de las Pasiones» (Cuentos) (2.ª edición)	3,50
Id.: «Lo que sé por mí» (Interviús con celebridades contemporáneas) (1.ª serie) (2.ª edición)	3,50
Id.: «Lo que sé por mí» (Interviús con celebridades contemporáneas) (2.ª serie) (2.ª edición)	3,50
Id.: «Lo que sé por mí» (Interviús con celebridades contemporáneas) (3.ª serie)	3,50
Id.: «Desamor» (2.ª edición)	3,50
Id.: «La virgen desnuda» (2.ª edición)	3,50
Id.: «El Breviario de Blanca Emeria»	3,00
Id.: «El libro de los toreros»	2,00

Pesetas.

Juan Gómez Renovales: «Mujeres desnudas» (Historias íntimas de mujeres conocidas.) (Prólogo de D. Jacinto Benavente)..... 3,00
Alberto Ghiraldo: «Carne doliente» (Cuentos argentinos)..... 3,50
Id.: «El peregrino curioso»..... 3,50
Francisco Villaespesa: «La Maja de Goya» (Drama)..... 3,50
Id.: «Paz» (Poesías)..... 3,50
R. Cansinos-Assens: «La nueva literatura» (Estudios críticos; 1898-1900-1916)..... 3,50
Idem íd. (Volumen 2.°)..... 3,50
Antonio de Hoyos y Vinent: «Novelas aristocráticas»..... 3,50
José Francés: «Mientras el mundo rueda...» (Glosario sentimental)..... 3,50
Joaquín Dicenta: «Juan José»..... 3,50

COLECCION POPULAR SANZ CALLEJA

En tomos de espléndida presentación:

Una peseta volumen.

B. Morales San Martín: «Eva inmortal» (Novela)..... 1,00
Carmen de Burgos (Colombine): La hora del amor» (Novela)..... 1,00
Enrique de Alvear: «Gente bien» (Teatro rápido)..... 1,00
Felipe Sassone: «Bajo el árbol del pecado» (Novelas)..... 1,00
Emilio Carrère: «El encanto de la Bohemia» (Novela)..... 1,00

COLECCION SANZ CALLEJA

1,50 *pesetas volumen.*

Todos los tomos de esta colección constan de 250 a 300 páginas y están elegantemente encuadernados en tela.

	Pesetas
N.° 1.—**Emilio Carrère:** «La Voz de la Conseja». (Selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos). Firmas del volumen 1.°: Galdós, Benavente, Condesa de Pardo Bazán, Unamuno, Palacio Valdés, Rubén Darío, Baroja, Dicenta, Ricardo León, Nogales, Répide, Arturo Reyes y Pedro Mata.....	1,50
N.° 2.—**Francisco Villaespesa:** «Judith» (Tragedia en tres actos).....	1,50
N.° 3.— **Carmen de Burgos (Colombine):** «Confesiones de artistas» (Interviús con celebridades contemporáneas. (Tomo 1.°) (Actrices españolas).....	1,50
N.° 4.— **Id.:** «Confesiones de artistas» (Interviús con celebridades contemporáneas. (Tomo 2.°) (Artistas extranjeras)	1,50
N.° 5.—**Francisco Villaespesa:** «Andalucía» (Cantares y poesías).....	1,50
N.° 6.—**Carmen de Burgos (Colombine):** «Mis viajes por Europa» (Tomo 1.°) (Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega).....	1,50
N.° 7.—**Id.:** «Mis viajes por Europa» (Tomo 2.°) (Alemania, Inglaterra y Portugal)....	1,50

Pesetas.

N.° 8.—**Emilio Carrère:** «La Voz de la Conseja». (Selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos). Firmas del volumen 2.°: Bernardo Morales San Martín, Diego San José, Concha Espina, W. Fernández-Flórez, J. Ortega Munilla, V. Blasco Ibáñez, F. Trigo, José Echegaray, Alvarez Quintero (S. y J.), Alvaro Retana, Gutiérrez Gamero y Antonio de Hoyos y Vinent 1,50

N.° 9.—**Max Nordau:** «El derecho de amar». (Comedia dramática en cuatro actos)..... 1,50

COLECCION ECONOMICA SANZ CALLEJA

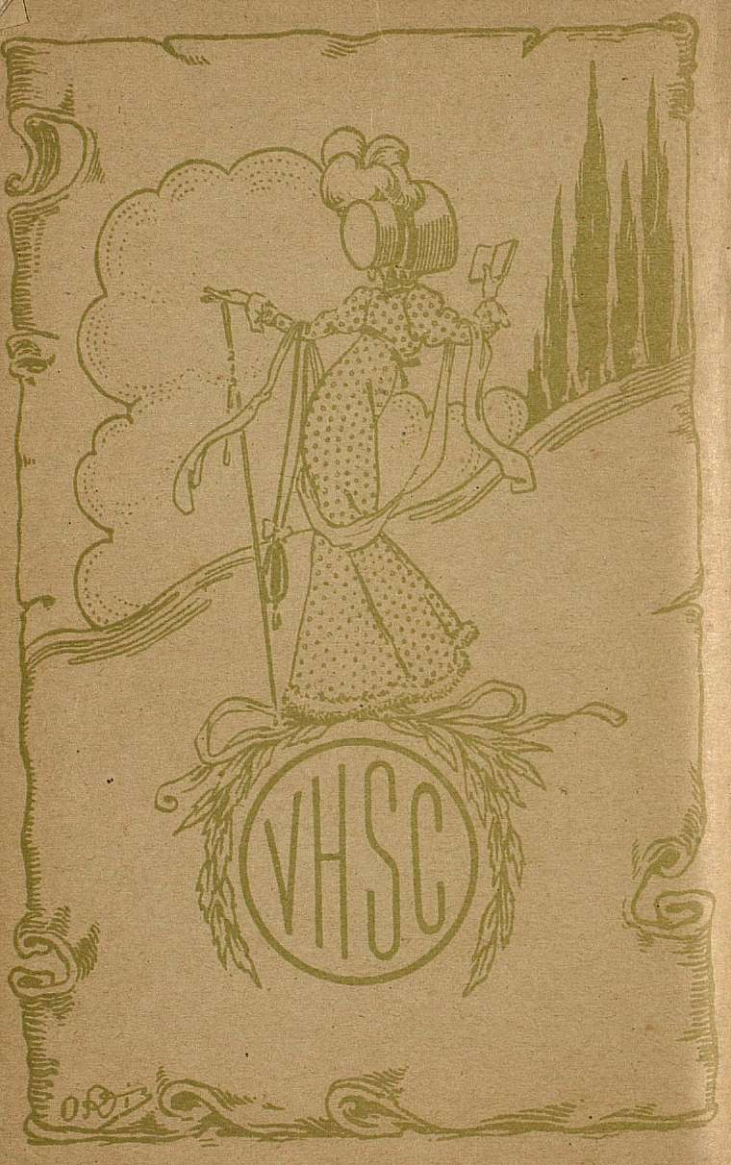
2 *pesetas volumen.*

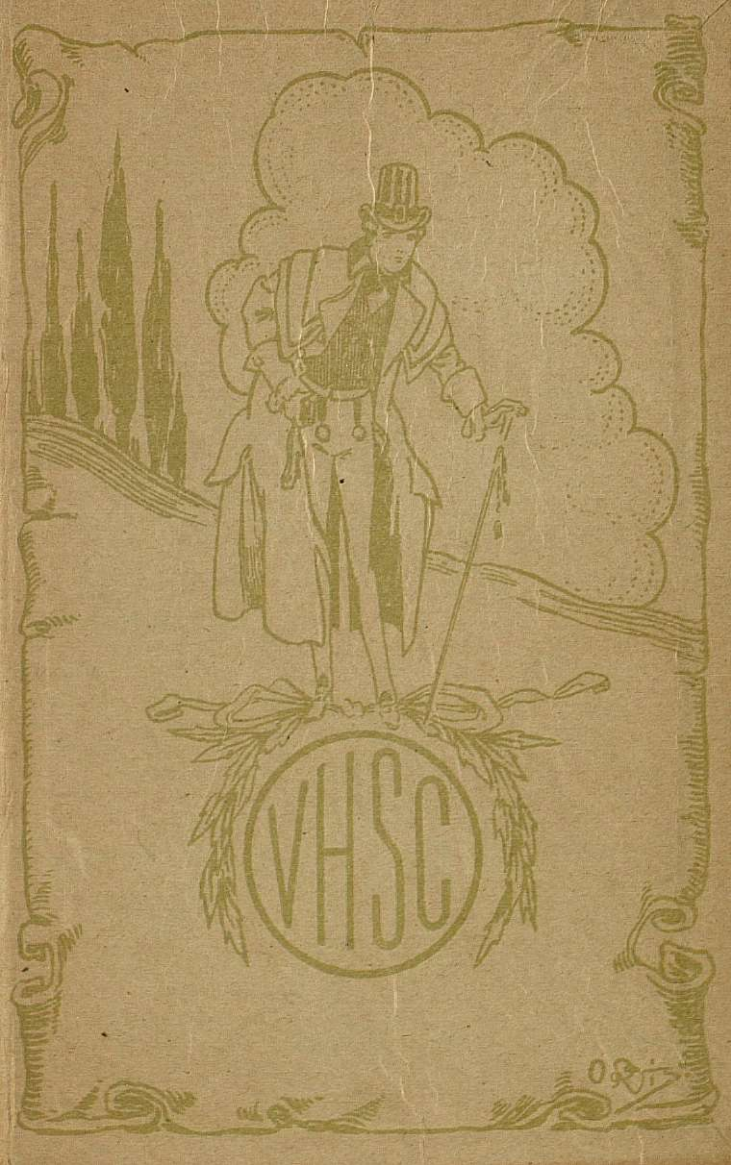
Manuel A. Bedoya: «La feria de los venenos». (Novela) 2,00

Felipe Sassone: «Vórtice de amor» (Novela). 2,00

José Francés: «La peregrina enamorada» (Novela)..... 2,00

Federico G.ª Sanchíz: «Champagne» (Diario de un bohemio mundano)..... 2,00


VHSC


VHSC

COLECCIÓN
SANZ CALLEJA

CARMEN DE BURGOS

MIS VIAJES
POR EUROPA

VHSC
2122

914
BUR
mis

CARMEN DE BURGOS

MIS VIAJES
POR EUROPA

VHSC

COLECCIÓN SANZ CALLEJA